
UTPL
UNIVERSIDAD TÉCNICA PARTICULAR DE LOJA
LITERATURA DEL SIGLO XX (II)
ENRIQUE GIL GILBERT
DEMETRIO AGUILERA MALTA
JOAQUÍN GALLEGOS LARA
JOSÉ DE LA CUADRA
BIBLIOTECA BÁSICA
DE AUTORES ECUATORIANOS

El realismo social irrumpe en la literatura ecuatoriana a partir de la década de 1930 con la publicación de *Los que se van*, libro que marcó un antes y un después en la historia del relato de nuestro país; libro plural que recoge la obra inicial de tres escritores guayaquileños: Enrique Gil Gilbert, Demetrio Aguilera Malta y Joaquín Gallegos Lara. A ellos se unió luego José de la Cuadra.

Según Juan Valdano: «Estos creadores sabían que estaban abriendo surcos en tierra aún no roturada, se sentían fundadores de una tradición, Robinsones solitarios que debían inventarlo todo, desde el lenguaje». El crítico norteamericano Seymour Menton acertó cuando dijo «con este libro ya no hay temas prohibidos para la literatura».

Este volumen, junto con fragmentos de la emblemática novela *Los Sangurimas*, de José de la Cuadra, trata de dar una visión compendiada de la obra de estos escritores.



Literatura del siglo XX (II)



BIBLIOTECA BÁSICA
DE AUTORES ECUATORIANOS



UNIVERSIDAD TÉCNICA PARTICULAR DE LOJA
Proyecto editorial de la UTPL (2015)

Literatura del siglo XX (II)
Primera edición 2015
ISBN de la Colección: 978-9942-08-773-7
ISBN-978-9942-08-758-4

COMITÉ DE HONOR UTPL:
José Barbosa Corbacho M. Id.
Rector
Santiago Acosta M. Id.
Vicerrector
Gabriel García Torres
Secretario General

AUTORÍA Y DIRECCIÓN GENERAL:
Juan Valdano
Miembro de número de la Academia Ecuatoriana de la Lengua
y miembro correspondiente de la Real Española

COORDINACIÓN:
Francisco Proaño Arandi
Miembro de número de la Academia Ecuatoriana de la Lengua
y miembro correspondiente de la Real Española

REVISIÓN DE TEXTOS:
Pamela Lalama Quinteros

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN:
Ernesto Proaño Vinueza

INVESTIGACIÓN Y ASESORÍA EN DISEÑO GRÁFICO:
Departamento de Marketing de la UTPL, sede Loja

DIGITALIZACIÓN DE TEXTOS:
Pablo Tacuri (UTPL, sede Loja)

IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN: EDILOJA Cía. Ltda.

URL: http://autoresecuatorianos.utpl.edu.ec/

Loja, Ecuador, 2015

Literatura del siglo XX

Enrique Gil Gilbert
Demetrio Aguilera Malta
Joaquín Gallegos Lara
José de la Cuadra

Estudio introductorio:
David Choin

Aclaración: En la presente edición se conservó la versión original de los textos literarios seleccionados.

Índice

Estudio introductorio

Estudio introductorio

A inicios del siglo XX, la literatura ecuatoriana no contaba aún con una tradición asentada que guiara a los escritores nacionales como podían tenerla España con la generación del 98 y la escuela naturalista-realista, y Francia con Stendhal, Balzac, Flaubert, Zola y Proust. Es más, la literatura ecuatoriana se debatía en una búsqueda de estilo que oscilaba, por un lado, entre el culto a los movimientos decimonónicos representados por los mordaces ensayos de Juan Montalvo, el costumbrismo de José Antonio Campos, la narrativa romántica de Juan León Mera, el modernismo de la generación decapitada, encabezada por Medardo Ángel Silva; y, por otro lado, acogía las nuevas influencias literarias venidas de Europa, caracterizadas por las obras modernistas de Pablo Palacio (*Un hombre muerto a puntapiés* y *Débora*), el realismo de índole social de Luis A. Martínez en *A la costa* (1905) y la novela indigenista, cuyo primer hito se halla en *Plata y bronce* (1927), de Fernando Chaves. Esta indeterminación genérica se debe, en gran parte, a la escueta narrativa de la joven nación que estaba todavía buscando su identidad cultural, después de haber conseguido la independencia política el 13 de mayo de 1830. Por tanto, es en el incipiente despertar de las letras modernas ecuatorianas donde debemos situar a los autores de *Los que se van* y *Los Sangurimas*.

Joaquín Gallegos Lara (1909-1947) —hijo de un guayaquileño escritor y político liberal que peleó en el bando alfarista en la revolución de 1895— experimentó en carne propia la vida en el campo y, por esto mismo, siempre se sintió muy cercano a la gente humilde: «Vivió en el monte la plenitud campesina. Iba a caballo por las sabanas. Iba en canoa por los tembladerales y por los esteros»[1]. Conocemos al exitoso narrador Gallegos Lara, pero muchos ignoran que el joven autodidacta destacó primero con poemas como «Al Potro», «Vieja Despedida», «A Matilde», «Campanas de mi Barrio», «Mamá-Jijí», «La Cadena», «En el Monte, en la Huerta y el Río» y «Despedida del Hogar», publicados a partir de 1926 en las páginas de las principales revistas literarias de la época: *Páginas Selectas*, *Variedades*, *Letras y Números*, *Cosmos* e *Ilustración*[2].

Joaquín Gallegos Lara empezó a escribir en una época de fuertes convulsiones históricas y sociales, que veía desaparecer el viejo enfrentamiento entre las oligarquías conservadoras y liberales para dar paso al capitalismo y al desarrollo de la industria ecuatoriana. El contexto histórico resultaba de las promesas incumplidas de una revolución esperanzadora, los problemas sanitarios de la gran ciudad porteña (pestes bubónicas de 1907, 1913, 1918 y 1930 y nuevos asentamientos precarios), la crisis económica producto de la especulación financiera, la caída en la exportación del cacao, el encarecimiento de los artículos de primera necesidad, la congelación de los salarios y las plagas en los cultivos agrícolas. Indudablemente, el acontecimiento que conmovió a todo el país fue la matanza del 15 de noviembre de 1922 en Guayaquil. Desde 1895, los trabajadores se habían organizado en gremios y sociedades, pero solo fue a partir de 1920 cuando la clase obrera se congregó con la creación de los primeros sindicatos. Fueron estos los que convocaron la huelga del proletariado duramente

reprimida por el ejército. La masacre sería inmortalizada por nuestro autor con su novela *Las cruces sobre el agua* (1946).

Gallegos Lara siempre estuvo al lado de los nuevos actores sociales, esto es, los campesinos que se proletarizaban y la clase obrera, apoyándolos en sus reivindicaciones y en las numerosas huelgas que ritmaron la vida política y social del Ecuador de los años 30-40. Totalmente opuesto a la concepción burguesa según la que el intelectual debe estar al servicio del liberalismo económico, Gallegos Lara, en las reuniones y tertulias que lideraba, insistía incansablemente en el papel del proletariado y del Partido Comunista Ecuatoriano para acabar con la explotación del hombre por el hombre.

Un gran compañero seguidor de Gallegos Lara fue, sin duda alguna, Enrique Gil Gilbert (1912-1973), quien, por sus convicciones y acciones políticas a favor de un gobierno popular compuesto por campesinos y obreros, sufrió persecuciones políticas durante la dictadura de Federico Páez, hasta tal punto que perdiera su empleo en el colegio Rocafuerte. En efecto, este desató su ira contra las izquierdas y sus intelectuales a nivel nacional, realizando una purga de funcionarios, empleados y miembros de organizaciones políticas contrarias a su presidencia.

Nacido en el seno de una familia burguesa, Gil Gilbert no se identificaba con estos valores. En 1935, poco antes de nacer su primogénito, le dedicó un poema titulado «Canción de Nuestro Hijo» en el que cantaba:

> No son de mi clase los de mi sangre
> las gentes de mi clase son aquellas
> que con las manos cerradas sobre la hoz, la pica y el martillo
> hacen encima de la tierra lo que no hizo el Génesis
> Son gentes de mi clase los que llevan pecho adentro

la cicatriz madura del amor hambriento y dolorido
los que no pudieron ensanchar su espíritu frente al firmamento
porque estaban llenos de llanto desde antes de nacer...[3]

La confraternidad con el hombre sencillo y trabajador fue el motor del accionar político de Enrique Gil Gilbert. Al igual que sus camaradas, se propuso en su literatura dar voz a los marginados.

Demetrio Aguilera Malta (1909-1981) nació en Guayaquil en el seno de una familia de comerciantes, propietarios de fábricas y fincas, que vivía en una isla del golfo de Guayaquil. En la quinta[4] de su infancia, el joven Demetrio se codeó con cholos y montuvios[5]. Tuvo la oportunidad de observarlos, conocerlos y entenderlos, permitiéndole, unos años más tarde, describir con maestría y corazón lo que veían sus ojos y lo que sentían sus almas. Como sus compañeros de oficios, militó desde muy joven en el partido comunista y ejerció como corresponsal periodístico para el Ecuador en los conflictos del canal de Panamá y la Guerra Civil Española (1936-1939).

José de la Cuadra Vargas (1903-1941) fue un abogado, político, profesor y escritor enamorado de su patria. Sin este dato no se podría entender la trascendencia de su existencia. A los 18 años, después de graduarse como bachiller, ingresó en la carrera de derecho, que fue truncada por la influencia que ejercería en él la Revolución Juliana de 1925. A partir de este hito, José de la Cuadra se apasionó por las ideas socialistas y sus alcances para conseguir una democratización de la sociedad. En este sentido, fundó la Universidad Popular con cursos gratuitos para las clases pobres en 1925 y presidió la Federación del Sur de Estudiantes Ecuatorianos.

José de la Cuadra era un amante de la tradición y de la naturaleza, aficiones que combinaba con su oficio de abogado, río

Daule para arriba, que le servía para acumular notas sobre las historias que sus clientes le contaban y, por supuesto, esbozar los perfiles físico-psicológicos de los personajes de sus obras. Aquí está la materia literaria que formaría las páginas de *El amor que dormía* (1930), *Repisas* (1931), *Horno* (1932), *Guásinton* (1938) y *Los monos enloquecidos* (1941). Consciente de su arte, De la Cuadra afirmó: «Siendo más regional se es más mundial, como siendo más inmediatamente humano se es universal»[6]. Lastimosamente, el genio creador del escritor se vio mutilado por un alcoholismo creciente y, a los treinta y seis años de edad, falleció de un derrame cerebral, dejando en la orfandad a sus dos hijos. Cuando se sepultaba a De la Cuadra en febrero de 1941, Gil Gilbert expresó:

> Éramos cinco, como un puño. ¡Fui uno de ellos! Por haberlo sido, pude tener la certidumbre de que, en aquellos días grávidos de entusiasta creación, yo era parte, más que de la pequeña sociedad de cinco jóvenes, cuya amistad fraterna habíase hecho y persistía por sobre la literatura, de una generación, de un síntoma de crisis colectiva, de una necesidad de cambio; parte, actor y espectador, todo en uno, de una causa reajustada por lo subjetivo del ánimo a los grandes problemas de la realidad social y humana que nos circundaba [...] Por otro lado, la misma época y su pujante ansiedad por expresarse han de explicar a satisfacción el sobrante de factores externos, la exageración y la proclividad por las escenas sexuales. Trópico encendido y rijoso, de altas voces y malas palabras, llenó su aire; y valiente nobleza para denunciar el crimen social. Unid ambos ingredientes al sacudimiento crítico de pasar de una a otra edad histórica y sabréis muy bien por qué se hizo la literatura de esos años y a qué necesidades legítimas del alma respondía[7].

Joaquín Gallegos Lara, Enrique Gil Gilbert, Demetrio Aguilera Malta y José de la Cuadra son nombres imprescindibles en la historia de la literatura ecuatoriana, pero, muy a menudo, los lectores y los críticos literarios tienden a limitar el impacto de una generación a una serie de reducciones conceptuales que no

rinden justicia al esfuerzo emprendido y, sobre todo, a los propósitos anhelados por esta. Junto con Alfredo Pareja Diezcanseco, esta nómina de escritores perteneciente a la generación del 30[8] se dio en llamar «Grupo de Guayaquil»[9], porque eran oriundos de la ciudad portuaria y se reunían en la buhardilla del mentor del grupo: Joaquín Gallegos Lara. Estos cincos amigos, adelantándose al grito de Jean Paul Sartre[10], estaban convencidos de que su quehacer literario debía serle útil al país y a la sociedad. La modernidad de su propuesta residía en que con su literatura pretendían interpretar el país desde un hado de manifestaciones (costumbres, paisaje y lenguaje) que hace que sus textos gocen de un dinamismo inusitado hasta ahora en la literatura ecuatoriana.

En un texto programático de 1934, que se asemeja al manifiesto del Grupo de Guayaquil, José de la Cuadra enunció: «Es imprescindible que esta realidad de fondo exista y vaya unida, en cuanto exista, a la expresión... Solo así la literatura será un arma terrible... la realidad y nada más que la realidad, es suficiente. Hasta es, con frecuencia, más que suficiente»[11]. Frente a la incapacidad de las élites de resolver la crisis y desarrollar el país, los intelectuales de las izquierdas (nacionalistas, socialistas, comunistas) se hacen cargo de encabezar la revolución cultural y filosófica. Ellos abogan por una identidad múltiple, diversa e igualitaria, acabando con el viejo modelo jerárquico que estructuraba la sociabilidad ecuatoriana desde el siglo XIX. De esta manera, para el Grupo de Guayaquil, la denuncia está en la presentación cabal de los sucesos y de la injusticia social, sin eufemismos ni exageraciones. Es una literatura veraz, cuya característica principal es el terrigenismo frente al universalismo[12].

Nuestros cinco escritores, seres privilegiados, se alzaron en contra de la explotación social de la mayoría de la población y se esforzaron, mediante la pluma y la expresión de los tormentos

del alma, en retratar la vida de la manera más exacta posible para criticar la realidad ecuatoriana de aquellos años. Por esa razón *Los que se van*:

> [...] fue mal recibido. Se acusó a la obra de excesiva crudeza, de lenguaje brutal y de exageración de la pintura de los caracteres y de las pasiones. La visión que presentaba del campo costeño... pareció convencional y abultada. De inmediato se tildó a la literatura que hacían los autores del discutido libro, como el producto de un plan político, que buscaba producir el escándalo internacional, el desprestigio de nuestro medio retrasado, revelando imprudentemente detalles vergonzosos de la explotación del hombre campesino y describiendo a éste como a una especie de subhombre movido por la lujuria, los celos, el alcohol, y a ratos, por el instinto homicida[13].

Los que se van. Historias del cholo y del montuvio nació del ensueño creador de tres espíritus hermanados: Demetrio Aguilera Malta, Enrique Gil Gilbert y Joaquín Gallegos Lara. Como tal, cada autor escribió ocho de los veinticuatro cuentos que integran la obra en la que se descubre la vida e idiosincracia del montuvio y del cholo con un lenguaje breve, repleto de repeticiones y muletillas, y una fonética que retranscribe a la perfección el habla de sus protagonistas. Se da voz y protagonismo al cholo y al montuvio, personajes que hasta la fecha eran secundarios en la narrativa ecuatoriana. En efecto, en la época casi todos los escritores se centraban en la explotación del indio. Solo unos guayaquileños podían poner el grito en el cielo y decir: «nuestra gente también está siendo explotada salvajemente».

Así, con Gallegos Lara, Gil Gilbert y Aguilera Malta se da un giro completo: lo subalterno pasa a ocupar el centro. Y es más, no solo es que el cholo y el montuvio sean personajes de las obras, sino que nos hablan como si estuviéramos con ellos en su pueblo; están frente a nosotros con sus glorias y desaciertos. Ahora bien,

el principal objetivo de los autores no es interpretar la realidad vigente sino mostrarla de la manera más cruda y descarada posible. No es todavía una literatura francamente revolucionaria, pero se prepara a serlo con la protesta ante las injusticias de la organización que rige la vida social: se denuncia la injerencia del blanco en la vida tranquila de los cholos, la modernización salvaje que excluye a los más débiles y la corrupción moral que provoca el dinero.

Los que se van presenta este mundo virgen, original, todavía no contaminado por los excesos del liberalismo económico y del materialismo anterior a la globalización que, poco a poco, acabó con las tradiciones autóctonas. Se oponen por tanto dos mundos antagónicos: el de los cholos y montuvios «inmaculados» por la modernidad y la incipiente globalización y el de la sociedad mercantilista que asomaba en las grandes ciudades del Ecuador de los años 30. Los cuentos que integran *Los que se van* poco hablan de trabajo, se enfocan más bien en descubrir la vida de personas sencillas, sus penas y alegrías, sus miserias y orgullos.

El título del libro es revelador de tres tipos de partidas: el exilio a Guayaquil (la ciudad del anonimato donde no se es nadie pero quizá se es todo a la vez), la social (el encarcelamiento o la privación de libertad) y la definitiva (la muerte). Los que se van son estos cholos y montuvios que se revelan a sí mismos, sin la consabida mediación de narradores burgueses o de clase social media. Este es el hito de este libro de cuentos, los personajes nos hablan sin tapujos, como dos compadres reunidos en torno a una botella de curado o de caña manabita.

¿Quiénes son *Los que se van*? Son los cholos y los montuvios que abandonan su hábitat natural, la playa y el monte, para emigrar casi siempre a la gran ciudad del momento, Guayaquil. Las fuertes

mutaciones sociales cambiaron su corazón y su alma. Estos ya no se reconocen en estas raíces: la naturaleza y su cultivo diario, los caprichos del terrateniente y el chismorreo de los vecinos. En los años 30 se empieza a creer que quizá «afuera» haya algo mejor y, a la primera decepción, se van en busca de una quimera: un trabajo bien pagado, el reconocimiento social o una muerte reconciliadora con su destino.

Con este libro ya no hay temas tabúes en la literatura ecuatoriana: la crueldad, el asesinato violento, la violación, la orgía, el amor sádico, amor lésbico, la castración, la violencia desenfrenada, etc. Se exponen los hechos más sórdidos sin compasiones ni sentimentalismos. La indecencia de la vida hace que, con el tiempo, se diluyan el afecto y la reflexión sobre los actos realizados. En la cabeza de estos protagonistas no hay lugar para la duda ni el remordimiento: a lo hecho, pecho. En los veinticuatro cuentos hay once violaciones o venganzas por celos, siete asesinatos a machetazos, tres muertes por accidente, un suicidio arrojándose al agua, un arrancamiento de ojos con un cuchillo y una castración.

En *Los que se van,* los autores han conseguido una sabia unión de costumbrismo, naturalismo y realismo. Página tras página, nos adentramos en los modales de un mundo donde los objetos, el qué dirán y las apariencias rigen la conducta y determinan las acciones de los personajes. Los autores nos proponen una comunidad imaginada, la de los cholos y los montuvios, que se torna representativa de las tradiciones y costumbres de una parte de la ecuatorianidad. El naturalismo[14] de la obra es fácilmente identificable en la veneración que prestan cholos y montuvios a la naturaleza, en la presentación de lo patológico y morboso (individuos con aberraciones sexuales, maniáticos, criminales),

y en la apología del instinto, verdadero vector de la conducta del individuo, más allá de los principios morales y sociales de la burguesía.

Aunque, en un principio, un destino arrollador pese sobre los personajes, estos lo combaten para buscar su liberación, esto es, se rebelan (Don Guayamabe), se van de su hábitat natural («El cholo que se vengó», entre otros) o se suicidan. Lógicamente, el realismo bebe de estas fuentes y asoma ante nuestros ojos como una instantánea fotográfica. Los del Grupo de Guayaquil no contravinieron al dictamen de Pablo Palacio según el que el realismo ajeno se alejaba de la realidad. El realismo de la obra no solo está en las minuciosas descripciones sino que se completa con la fundación de los perfiles psicológicos de los personajes que, en este sentido, se alejan de los simples tipos presentes hasta ahora en la literatura ecuatoriana.

Gallegos Lara, Gil Gilbert y Aguilera Malta trabajan por la liberación del ser humano en una sociedad anquilosada en la que los que poseen el capital luchan para tomar el poder y aplastan sin piedad ni consideración a los que, diariamente, se agotan para apenas sobrevivir. Con estos cuentos, se nos demuestra que los cholos y montuvios también son hombres de carne y hueso y, como tal, son capaces de experimentar el amor en todas sus manifestaciones: pasión, deseo, ternura, erotismo, sexo y posesión.

En *Los que se van* no hay arquetipos sino una gama de individualidades que, unidas las unas a las otras, presentan un panorama de la costa y del agro montuvio muy cercano a lo que es. La dureza del trabajo no está presente en los cuentos, salvo en «Los madereros», pero todas las crisis individuales o tienen sus raíces en él, o son consecuencias de la deshumanización laboral que viven cholos y montuvios, considerados sub-hombres por el patrón que, muy a menudo, es un blanco racista y clasista. Otras veces,

las crisis individuales son originadas por la mujer. Los cholos y montuvios, embrutecidos por su arduo trabajo y el maltrato, son hombres de modales violentos. Consideran a la mujer como un objeto de placer egoísta, una manera de saciar su instinto bestial y poco más. Aun así, los autores no tratan de idealizar la realidad o de embellecerla, procuran presentar las banalidades de una vida monótona en la que el espíritu del hombre se ve alienado por la repetición de las tareas y el aislamiento social. En cualquier caso, el compromiso ético de Gallegos Lara, Gil Gilbert y Aguilera Malta se sustenta en una estética (belleza formal) cuidadosamente elaborada que lleva indudablemente a la verdad.

En esta realidad del cholo y del montuvio tres elementos son indispensables: la fauna y la flora de la costa y del monte («El guaraguao», «Montaña adentro») que, al fin y al cabo, les acompañan en todo momento; una cosmovisión marcada por la superstición («Er malo», «El tabacazo»), el maniqueísmo y la vigencia de lo mítico-mágico («El cholo del tibrón»; «Juan der diablo»); y el machete, objeto-emblema del montuvio, prolongación metonímica de una justicia natural que absuelve siempre al más fuerte o al más astuto. La presencia del machete anuncia siempre desgracia o muerte porque su uso fuera del trabajo es para reparar agravios, agredir o defenderse de un ataque ajeno: «El machete viejo, carcomido, manchado a partes de sangre, a partes oxidado, negro, a partes plateado, por no sé qué misterio de luz, parecía reírse»[15].

Otro objetivo de esta colección de cuentos es la salvaguardia de la identidad para la que se acude a la memoria colectiva fundamentada en la tradición oral. Por eso, tanto importa la voz del pueblo personificada en las fórmulas «contaban» o «así lo llamaban» y se repite frecuentemente en las historias narradas las expresiones: «se susurraba», «se afirmaba», «decíase alguna vez que».

En muchos cuentos, como en «El cholo de la atacosa» de Demetrio Aguilera Malta, es la voz popular que empuja al protagonista a cometer un acto irreparable. Nemesio Melgar se enamora de una prostituta llamada la Atacosa, pero tiene que salir a Guayaquil para trabajar. Allá, unos amigos le comentan que participaron en una orgía con una mujer que «por poco nos mata»[16] y Nemesio enloquece. Se dirige al pueblo para pedirle cuentas. La única respuesta que recibe es: «—¿Y qué? ¿Cres vos que me hacés fiero? Si así es mejor. Si así debiéramo ser toditas las mujeres... Lárgate pues... Nunca me ha hecho farta naide»[17]. Ante el sentimiento de inutilidad y un amor no correspondido que acaba con todas sus esperanzas futuras, el cholo, ayudado por la naturaleza («Se dijera que el viento lo pateaba. Por todas partes. ¡Con patadas tan fuertes! Y como el agua estaba tan cerca...»[18]), se lanza al mar.

En «Por guardar el secreto», de Enrique Gil Gilbert, la trama se estructura en torno a un desliz amoroso. La Zoila tuvo una aventura de una noche con don Pablo Briones y salió embarazada. Sin embargo, nunca le dijo a su hijo quién era su padre pero, por las casualidades del destino, Manuel Briones pasó a trabajar al servicio de un rico hacendado. Nuevamente, la insistencia de la voz popular y del chisme hace que Manuel odie a su patrón y, empujado por el miedo, lo mate a sangre fría. Finalmente, y aunque se guardara el secreto, el silencio y la incomunicación hicieron su obra: Manuel Briones fue sentenciado a dieciséis años en la penitenciaría de Quito por haber matado a su padre biológico.

Quizá «¡Era la mama!», de Joaquín Gallegos Lara, sea el cuento más lírico de la colección. La narración empieza *in medias res* con la persecución de un negro por los policías rurales. Estos lo consiguen alcanzar y lo linchan hasta matarlo. Todo por la borrachera del capitán que lo hizo discutir con el primer hombre con el que se encontró. Sosegados los ánimos, los rurales llegan

a una casita y piden posada a una señora, que, junto con su hija, los atiende de buena gana. De noche, el capitán de la policía rural se mete al cuarto de la hija, Petita, y la posee salvajemente. Mientras tanto, sus subordinados le obsequiaron al chancho de la casa, el cadáver todavía caliente del negro que «los había fregado». Al día siguiente, la señora y su hija descubren con horror que el maldecido es Ranulfo, el hijo y hermano, con el cuello medio comido y las costillas descubiertas.

Otro cuento de *Los que se van* es «El tren», de Enrique Gil Gilbert en el que se enfrentan dos mundos opuestos: el progreso de la civilización personificado en el tren y el mundo campesino que poco entiende de esto y más se preocupa por la expropiación de tierras que les da de comer. Los montuvios no tienen las mismas prioridades que los gringos: no les importa el avance de las obras del tren y les trae sin cuidado si habrá o no inauguración; lo que a ellos les importa es que los gringos y los blancos dejen de tocarles sus tierras y sus mujeres y no vengan a envenenarlos con sus cosas del diablo. Cuando llegó el tren por primera vez, los montuvios sintieron esta vacuidad que nos invade cuando nos enfrentamos a algo nuevo, pero se espabilaron rápidamente porque el tren arrolló a un niño del pueblo. Simbólicamente, el tren pisoteó el campo y se robó los terrenos de los montuvios para el progreso.

La tarea emprendida por los autores de *Los que se van* culmina con la publicación de *Los Sangurimas* (1934), de José de la Cuadra. *Los Sangurimas* se compone de tres partes: «El tronco añoso», «Las ramas robustas», y «Torbellino en las hojas». Lo que vertebra el libro es la teoría del Matapalo, por tanto, De la Cuadra no podía sino atenerse a este esquematismo. Las dos primeras partes son inseparables de la tercera, dado que sin ellas, no se podría entender el nudo de la acción y su desenlace: la violación

y asesinato de María Victoria, la incursión de la policía rural en la hacienda y la locura de Ño[19] Nicasio. Si en *Los que se van*, los temas fundamentales son el exilio, la muerte, el encarcelamiento o la marginación social, los protagonistas de *Los Sangurimas* no emigran a la ciudad en busca de unas mejores condiciones de vida. Están vinculados a su padre —como el matapalo, el árbol emblemático del litoral—, a la tierra.

Esta vez, el escenario se reduce a la hacienda de Ño Nicasio Sangurima, quien, en la primera parte, nos va contando algunas anécdotas que lindan con la enunciación de lo real maravilloso de Alejo Carpentier en su prólogo a *El reino de este mundo* (1949). El narrador-testigo de *Los Sangurimas* nos relata, retomando la memoria popular, casos prodigiosos, historias y leyendas que son difícilmente explicables desde una postura racional. Por tanto, más que leer una historia, la escuchamos como si estuviéramos reunidos alrededor de una fogata campestre. Nos adentramos entonces en la expresión originaria de la cultura montuvia para, paulatinamente, desplazarnos hasta la irrupción de la modernidad en el campo con el enfrentamiento entre el clan Sangurima y un elenco compuesto de policías rurales y policías de Guayaquil. Conforme avanza la novela, el cacicazgo de Ño Nicasio en su hacienda La Hondura y su mundo mítico chocan contra las incursiones de la civilización urbana personificadas en el cura Terencio, el letrado Francisco y las tres Marías.

En *Los Sangurimas*, como en *Los que se van*, la violencia es omnipresente. Es la única respuesta que estructura las relaciones sociales en las que la expresión del amor y de la ternura es tenida como innecesaria, para no decir cursi. Las leyes y normativas estatales no se conocen en La Hondura. En ella, impera la ley del más fuerte y la del Talión (ojo por ojo, diente por diente), que se han transmitido de generación en generación para terminar

formando costumbres arcaicas que estructuran la cosmovisión montuvia en la que el crimen y el incesto son moneda corriente.

Ahora bien, las tres generaciones actuantes en la novela —abuelo, hijos y nietos— presentan una evolución desde el pensamiento mítico-mágico arcaico del patriarca hasta una progresiva racionalización de la vida de los hijos en persona del cura Terencio y del letrado Francisco. El cambio de mentalidad familiar se evidencia en la radical oposición entre los Rugueles, los violentos y despiadados nietos engreídos de Nicasio Sangurima y las Tres Marías, hijas de Francisco, educadas en la capital del Ecuador y portadoras de la «civilización». Es por eso que Rut Román afirmó en su artículo «Dualidad y ambivalencia en *Los Sangurimas*» que: «Sin negar la oscuridad de las pulsiones del montuvio De la Cuadra las somete a un proceso de socialización con el que pueda ingresar a la historia»[20].

Así, en un contexto de crisis total (económica, política, cultural y, por consiguiente, identitaria), De la Cuadra cuestiona los fundamentos de la nación, por lo que se vuelve necesaria la búsqueda de una identidad que funcione como referente para todos los ecuatorianos. Nuestros escritores, y los de la generación del 30, se las ingenian para encontrar el cauce de una cohesión nacional que solo puede derivar de una identidad común que reúna a todos los ecuatorianos. Su propuesta se basa en la elección de personajes humildes, relacionados con los sectores populares: el cholo, el indio, el negro, el montuvio. En este sentido, frente a la hegemonía burguesa blanca y extranjera, el Grupo de Guayaquil eleva un grito contrahegemónico, colocando al mestizo como *la figure de proue* de la construcción del Ecuador moderno, único modo de superar la estructura social actual. En su ensayo sobre el montuvio ecuatoriano, De la Cuadra indicaba: «A pesar de todo, se debe confiar en el montuvio. Es capaz de engendrar el futuro»[21].

Concluiré este prólogo afirmando que *Los que se van* es el testimonio sociológico de unos escritores comprometidos con su medio y decididos a que la desigualdad social y la explotación laboral cesen. Toda obra artística es un grito desaforado emitido para comprender su época, muy a menudo considerada mediocre, burocratizada y anquilosada en la ceguera ideológica; y todo discurso supone una reconstrucción de la identidad. Es según estas referencias, querido lector, que debe emprender una lectura curiosa para re-descubrir una parte de su historia que, sin duda alguna, no los decepcionará.

Los que se van inicia la literatura de protesta social en consonancia con los nuevos intereses intelectuales, sociales, políticos, económicos y culturales de un país que se abre al mercado internacional y a la globalización. Sus autores intentan hacer conciencia; procuran que cale en el lector la idea de que llegó el tiempo de la justicia social; elaboran el marco de una literatura de arenga social, que será válido hasta comienzos de los años sesenta.

Por todas estas razones, *Los que se van* y *Los Sangurimas* son obras de lectura imprescindible para todo ecuatoriano porque hablan de dos de los pueblos del Ecuador: el cholo y el montuvio y, en este sentido, son una respuesta a la búsqueda y definición de la identidad ecuatoriana. La violencia y la marginalidad de los protagonistas abren el cauce para la literatura de protesta y denuncia posterior. Sin estas, no se puede entender a las obras posteriores de Alfredo Pareja Diezcanseco, Joaquín Gallegos Lara, Enrique Gil Gilbert, Demetrio Aguilera Malta y José de la Cuadra. Con una lectura atenta de este tomo, podrán apreciar y disfrutar los relatos naturalistas de *Yunga* (1933), el indigenismo de *Huasipungo* (1934), el realismo mágico de *Don Goyo* (1933) y *La isla virgen* (1942), el realismo crítico de los *Relatos de Emmanuel* (1939) y *Nuestro pan* (1943), la lucha tesonera por la

supervivencia de la mujer con *Baldomera*, de Pareja Diezcanseco, y el tremendismo de *Las cruces sobre el agua* (1946).

Finalmente, cabe señalar que solo fue después de la revolución del 28 de mayo de 1944 y del ascenso del Populismo tres años después, cuando el país aceptó el realismo social. Durante quince años, las burguesías se resistieron a su enseñanza en las escuelas[22] y colegios porque no era tenido por «buena literatura», debido a la dureza de las escenas presentadas y la crudeza del lenguaje. Conviene entonces mantener vigente la tradición y celebrar con la lectura dos obras maestras de la literatura ecuatoriana.

NOTAS:

[1] De la Cuadra, José. *Doce siluetas: escritores y artistas ecuatorianos.* Quito: [s. e.], 1934, pág. 47.

[2] Para un panorama completo sobre la vida y obra de Joaquín Gallegos Lara, se recomienda la consulta del excelente artículo de Alejandro Guerra Cáceres, titulado «Joaquín Gallegos Lara. Biografía», disponible en http://www.efemerides.ec/1/abril/0409_1.htm

[3] En Pérez Pimentel, Rodolfo. Disponible en http://www.diccionariobiograficoecuador.com/tomos/tomo3/g5.htm

[4] Casa de recreo en el campo, cuyos colonos solían pagar por renta la quinta parte de los frutos.

[5] En la vigesimosegunda edición del DRAE (2001) se mantiene aún montubio, -bia como adjetivo, dicho de una persona montaraz, grosera. En Colombia y Ecuador se tiene como campesino de la Costa. Es el significado que se maneja en el contexto socioeconómico y cultural de nuestras realidades geofísicas. En cambio, en la vigesimotercera edición del DRAE (2014) se mantiene montubio, -bia como derivado de monte (por esto lo de montaraz), y se ingresa la ortografía montuvio, -via como derivación de montubio, con la entrada de «habitante de la costa».

[6] De la Cuadra, José. «Personajes en busca de autor». En *El Telégrafo*. Guayaquil, 25 de junio de 1933.

[7] Pareja Diezcanseco, Alfredo. «El mayor de los cinco». En *Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien, numéro consacré à l'Équateur,* Vol. 34, 1980, pág. 117.

[8] Según José Ortega y Gasset: «Una generación no es un puñado de hombres egregios ni simplemente una masa: es como un nuevo cuerpo social íntegro con su minoría selecta y su muchedumbre, que ha sido lanzado sobre el ámbito de la existencia con una trayectoria vital determinada». En Ortega y Gasset, José. *El tema de nuestro tiempo*. Madrid: Taurus, 2004, pág. 563.

[9] José de la Cuadra se incorporó al grupo en 1932 y Pareja Diezcanseco en 1933. Posteriormente, se integraron al Grupo de Guayaquil el lojano Ángel Felicísimo Rojas, el guayaquileño Pedro Jorge Vera y el esmeraldeño Adalberto Ortiz.

[10] El filósofo Jean Paul Sartre pronunció en 1946 su conferencia «El existencialismo es un humanismo», en la que terminaba con la concepción burguesa de la literatura que admitía la irresponsabilidad del escritor con la sociedad. Desde la literatura, Sartre abogaba por el cambio de la condición social del hombre y la concepción que este tenía de sí mismo. En 1948 daba a luz su teoría sobre el compromiso de la literatura con el arte, la vida y el hombre en su famoso ensayo *¿Qué es la literatura?*

[11] De la Cuadra, José. Ob. cit., pág. 36.

[12] Donoso Pareja, Miguel. «De La Cuadra: Obras completas, realismo mágico y una discutible reivindicación». En *Kipus. Revista andina de letras*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, 2003, pág. 96.

[13] Rojas, Ángel F. *La novela ecuatoriana*. México: Fondo de Cultura Económica, 1948, pág. 185.

[14] En el *Diccionario de términos e ismos literarios* se dice que José Ortega Gasset considera el naturalismo como un movimiento literario que surge en el siglo XIX y que tiene como fundamento principal el tratamiento científico de la naturaleza y de los condicionantes sociales y subjetivos del ser humano. En este sentido, el naturalismo significa la aplicación de los principios científicos del determinismo en la obra literaria.

[15] Gallegos Lara, Joaquín, Gil Gilbert, Enrique y Aguilera Malta, Demetrio. *Los que se van*. Quito: Campaña Nacional Eugenio Espejo por el Libro y la Lectura, 2004, pág. 96.

[16] Ibíd., pág. 110.

[17] Ibíd., pág. 111.

[18] Ibíd., pág. 111.

[19] Por sonido y significado —fonética y fonología—, este «ño» es un síncope en vez de «niño» que se aplica no en función de edad sino por terminología de castas. Se utiliza para marcar la diferencia y superioridad con los ricos, nobletones, hacendados y gamonales.

[20] Román, Rut. «Dualidad y ambivalencia en *Los Sangurimas*». En *Kipus. Revista andina de letras*, n.° 16. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, 2003, pág. 127.

[21] De la Cuadra, José. *El montuvio ecuatoriano*. Buenos Aires: Imán, 1937, pág. 61.

[22] Piénsese en *Plata y bronce* (1927), de Fernando Chaves, novela en la que lujuria, poder, dinero, compromisos de respeto, mentira, maledicencia, amor, abuso, venganza y justicia están presentes. *Plata y bronce* es más que una novela romántica; es una mirada profunda de la realidad ecuatoriana, especialmente con el choque de clases, así como de la lucha por su integración. Uno de los rasgos más significativos de la novela está dado por el carácter humano de sus personajes, por sus (naturales) contradicciones y por la manera de afrontar sus relaciones con los demás.

Bibliografía sobre los autores:

De la Cuadra, José. «Personajes en busca de autor». En *El Telégrafo*. Guayaquil, 25 de junio de 1933.

De la Cuadra, José. *Doce siluetas: escritores y artistas ecuatorianos*. Quito: [s. e.], 1934.

De la Cuadra, José. *El montuvio ecuatoriano*. Buenos Aires: Imán, 1937.

Donoso Pareja, Miguel. «De La Cuadra: Obras completas, realismo mágico y una discutible reivindicación». En *Kipus. Revista andina de letras*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, 2003, págs. 89-102.

Gallegos Lara, Joaquín, Gil Gilbert, Enrique y Aguilera Malta, Demetrio. *Los que se van*. Quito: Campaña Nacional Eugenio Espejo por el Libro y la Lectura, 2004.

Guerra Cáceres, Alejandro. «Joaquín Gallegos Lara. Biografía». Disponible en http://www.efemerides.ec/1/abril/0409_1.htm

Jara, René; Ortega, José; Vargas, Juan y Lertora, Juan Carlos. *Diccionario de términos e ismos literarios*. Madrid: José Porrúa Turanzas, 1977.

Ortega y Gasset, José. *El tema de nuestro tiempo*. Madrid: Taurus, 2004.

Pareja Diezcanseco, Alfredo. «El mayor de los cinco». En *Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien, numéro consacré à l'Équateur,* Vol. 34, 1980, págs. 117-139.

Pérez Pimentel, Rodolfo. Disponible en http://www.diccionariobiograficoecuador.com/tomos/tomo3/g5.htm

Rojas, Ángel F. *La novela ecuatoriana.* México: Fondo de Cultura Económica, 1948.

Román, Rut. «Dualidad y ambivalencia en *Los Sangurimas*». En *Kipus. Revista andina de letras*, n.° 16. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, 2003, págs. 125-142.

Demetrio Aguilera Malta
Enrique Gil Gilbert
Joaquín Gallegos Lara

Los que se van[1]
Cuentos del cholo i del montuvio[2]

Selección

El malo

Enrique Gil Gilbert

Duérmase nimio, duérmase por dios; duérmase niñito que allí viene el cuco ¡ahahá! ¡ahahá!

Y Leopoldo elevaba su destemplada voz meciéndose a todo vuelo en la hamaca, tratando de arrullar a su hermanito menor.

—¡Er moro!

Así lo llamaban porque hasta muy crecido había estado sin recibir las aguas bautismales.

—¡Er moro! ¡Jesú, qué malo ha de ser!

—¿Y nuá venío tuabía la mala pájara a gritajle?

—Iz que cuando uno es moro la mala pájara pare...

—No: le saca los ojitos ar moro.

San José y la virgen
fueron a Belén
a adorar al niño
y a Jesús también.
María lavaba

San José tendía
los ricos pañales
que el niño tenía,
¡ahahá! ¡ahahá!

Y seguía meciendo. El cuerpo medio torcido, más elevada una pierna que otra, solo la más prolongada servía de palanca mecedora. En los labios un pedazo de nervio de res: el «rompe camisa». Más sucio y andrajoso que un mendigo, hacía exclamar a su madre:

—¡Si ya nuai vida con este demonio! ¡Vea: si nuace un ratito que lo hei vestío y ya anda como de un mes!

Pero él era impasible. Travieso y malcriado por instinto. Vivo; tal vez demasiado vivo. Sus pillerías eran porque sí. Porque se le antojaba hacerlo. Ahora su papá y su mamá se habían ido al desmonte. Tenía que cocinar. Cuidar a su hermanito. Hacerlo dormir, y cuando ya esté dormido, ir llevando la comida a sus taitas. Y lo más probable era que recibiera su cueriza. Sabía sin duda lo que le esperaba. Pero aunque ya el sol «estaba bastante paradito», no se preocupaba de poner las ollas en el fogón. Tenía su cueriza segura. Pero ¡bah! ¿Qué era jugar un ratito?... Si le pegaban le dolería un ratito y... ¡nada más! Con sobarse contra el suelo, sobre la yerba de la virgen...

Y viendo que el pequeño no se dormía se agachó; se agachó hasta casi tocarle la nariz contra la de él. El bebe, espantado saltó, agitó las manecitas. Hizo un gesto que lo afeaba y quiso llorar.

—¡Duérmete! —ordenó—.

Pero el muy sinvergüenza en lugar de dormirse se puso a llorar.

—Vea ñañito: ¡duérmase que tengo que cocinar!

Y empleaba todas las razones más convincentes que hallaba al alcance de su mentalidad infantil. El mal bebe no hacía caso. Recurrió entonces a los métodos violentos.

—¿No quieres dormirte? ¡ahora verás!

Cogiólo por los hombritos y lo sacudió.

—¡Si no te duermes verás!

Y más y más lo sacudía. Pero el bebe gritaba y gritaba sin dormirse.

—¡Agú! ¡Agú! ¡Agú!

—Parece pito, de esos pitos que hacen con cacho e toro y ombligo de argarrobo.

Y le parecía bonita la destemplada y nada simpática musiquita. ¡Vaya! Qué gracioso resultaba el muchachito, así, moradito, contrayendo los bracitos y las piernitas para llorar.

—¡Ji, ji, ji! ¡Como si ase! ¡Ji, ji, ji!

Si él hubiera tenido senos como su mamá, ya no lloraría el chico, pero... ¿Por qué no tendría él?... ...Y él sería cuando grande como su papá... Iría...

—¡Agú! ¡agú! ¡agú!

¡Carambas si todavía lloraba su ñaño! Lo bajó de la hamaca.

—¡Leopordo!

—Mande.

—¿Nuás visto mi gallina fina?

—¡Yo no hei visto nada!

Y la Chepa se alejaba murmurando:

—¡Si es malo-malo-malo-como er mesmo malo!

¡Vieja majadera! Venir a buscar gallinas cuando él tenía que hacer dormir a su ñaño y cocinar... Y ya el sol «estaba más paradito que endenantes».

—¡Agú! ¡agú!

¡Qué gritón el muchacho! Ya no le gustaba la musiquita. Y se puso a saltar al rededor de la criatura. Saltaba. Saltaba. Saltaba. Y los ocho años que llevaba de vida se alegraron como nunca se habían alegrado. Si había conseguido hacerlo callar, lo que pocas veces conseguía... Y más todavía, se reía con él... ¡con él que nadie se reía!

Por eso talvez era malo.

¿Malo? ¿Y qué sería eso? A los que les grita la lechuza antes de que los lleven a la pila, son malos... ¡Y a él dizque le había gritado!

Pero nadie se reía con él.

—No te ajuntes con er Leopordo. — Había oído que le decían a los otros chicos. —¡No te ajuntes con ese qués malo!

Y ahora le había sonreído su hermanito. ¡Y diz que los chiquitos son angelitos!

—¡Güio! ¡Güio!

Y saltaba y más saltaba a su alrededor.

De repente se paró.

—¡Ay!

Lloró. Agitó las manos. Lo mismo había hecho el chiquito.

—¿Y de ónde cayó er machete?

Tornaba los ojos de uno a otro lado.

—¿Pero de onde caería? ¿No sería er diablo?

Y se asustó. El diablo debía estar en el cuarto.

—¡Uy!

Sus ojos se abrieron mucho... mucho... mucho... Tanto que de tan abiertos se le cerraron. ¡Le entró tanto frío en los ojos! Y por los ojos le pasó al alma. El chiquito en el suelo... y él viendo: Sobre los pañalitos... una mancha como de fresco de pitahaya... no... si era... como de tinta de mangle... y salía y salía... ¡qué colorada! Pero ya no lloraba.

—¡Ñañito!

No, ya no lloraba. ¿Qué le había pasado? ¿Pero de dónde cayó el machete? ¡El diablo!

Y asustado salió. Se detuvo apenas dejó el último escalón de la escalera.

¿Y si su mamá le pegaba? ¡Como siempre le pegaban...! Volvió a subir... Otra vez estaba llorando el chiquito... ¡Sí! Sí estaba llorando... ¡Pero cómo lloraba! ¡si casi no se le oía!

—¡Oí! ¡Cómo se ha manchao! ¡Y qué colorao! ¡Qué colorao questá! ¡Si toíto se ha embarrao!

Fue a deshacerle el bulluco de pañales. Con las puntas del índice y del pulgar los cogía: ¡tanto miedo le daban! Eso que le salía era como la sangre que le salía a él cuando se cortaba los dedos mientras hacía canoítas de palo e balsa. Eso que le salía era sangre.

—¿Cómo caería er machete?

Allí estaba el diablo... El diablo. El diablo. El diablo.

Y bajó. No bajó. Se encontró sin saber cómo, abajo. Corrió en dirección «al trabajo» de su papá.

—¡Yo no hei sío! Yo no hei sío.

Y corría. Lo vio pasar todo el mundo. Los hijos de la Chepa. Los de la Meche. Los de la Victoria. Los de la Carmen. Y todos se apartaban.

—¡Er malo!

Y se quitaban.

—¿Lo ves cómo llora y cómo habla? ¡Se ha gorbido loco! ¡No se ajunten con él que la lechuza lo ha gritao!

Pero él no los veía. El diablo... su hermanito... ¿cómo fue? El diablo... El malo... El... ¡El que le decían el malo!

—¡Yo no jui! ¡Yo no jui! ¡Si yo no sé!

Llegó. Los vio de lejos. Si les decía le pegaban... No: él les decía... Y avanzó:

—¡Mamá! ¡Taita!

—¿Qué quieres vos aquí? ¿No te dejé cuidando ar chico?

Y lloró asustado. Y vio: el diablo, su hermanito, el machete.

—Si yo no jui... ¡Solito no más se cayó! ¡Er diablo!

—¿Qué ha pasao?

—En la barriguita... ¡pero yo no jui! ¡Si cayó solito! ¡Naiden lo atocó! ¡Yo no jui!

Ellos adivinaron. Y corrieron. Él asustado. Ella llorosa y atrás. ¡Leopoldo con un espanto más grande que la alegría de cuando su hermanito le sonrió! Para todos pasó como algo inusitado ver corriendo como locos a toda la familia. Algunos se reían. Otros se asustaban. Otros quedaban indiferentes. Los muchachos se acercaban y preguntaban:

—¿Qué ha pasao?

Hablaban por primera vez en su vida al malo.

—¡Yo nuei sío! ¡Jué er diablo!

Y se apartaban de él.

¡Lo que decía!

Y subieron todos y todos vieron y ninguno creyó en lo que veía. Solo él —el malo— asustado, tan asustado que no hablaba —cosa rara en él— desgreñado, sucio, hediondo a sudor miraba y estaba convencido de que era cierto lo que veían. Y sus ojos interrogaban a todas los rincones. Creía ver al diablo. La madre lloró. Al quitarle los pañales vio con los ojos enturbiados por el llanto lo que hubiera querido ver... ¿Pero quién había sido?

Juan, el padre, explicó: como de costumbre él había dejado el machete entre las cañas... él, nadie más que él, tenía la culpa. No.

Ellos no lo creían. Había sido el malo. Ellos lo acusaban.

Leopoldo llorando imploraba:

—¡Si yo no jui! Jue er diablo.

—Er diablo eres vos!

—¡Yo soi Leopordo!

—Tu taita ej er diablo, no don Juan.

—Mentira —gritó la madre ofendida—.

Y la vieja Victoria, bruja y curandera, arguyó con su voz cascada:

—Nuasido otro quer Leopordo, porque er ej er malo. ¡Y naiden más quer tiene que haber sido!

Leopoldo como última protesta:

—¡Yo soi hijo e mi taita!

Todos hacían cruces. Había sido el malo. Tenía que ser. Ya había comenzado. Después mataría más.

—¡Hay que decirle ar político er pueblo!

Se alejaban del malo. Entonces él sintió repulsión de ellos. Fue la primera vez que odió. Y cuando todos los curiosos se fueron y quedaron solos los cuatro, María, la madre lloró. Mientras Juan se restregaba una mano con otra y las lágrimas rodaban por sus mejillas. María vio al muerto... ¡Malo Leopoldo, malo! ¡Mató a su hermanito, malo! Pero ahora vendría el Político y se lo llevaría

preso... Pobrecito. ¿Cómo lo tratarían? Mal porque era malo. Y con lo brutos que eran los de la rural. ¡Pero había matado a su hermanito! Malo, Leopoldo, malo... Lo miró. Los ojos llorosos de Leopoldo se encontraron suplicantes con los de ella.

—¡Yo no hey sío, mama!

La vieja Victoria subió refunfuñando:

—¡Si es ques malo de nación: ¡es ér, er malo, naiden más que ér!

María abrazó a su hijo muerto... ¿Y el otro? ¿El Leopoldo?... ¿No, no podía ser?

Corrió, lo abrazó y lo llevó junto al cadáver. Y allí abrazó a su hijo muerto y al vivo.

—¡Mijito! ¡Pobrecito!

—Le gritó la lechuza...

El machete viejo, carcomido, manchado a partes de sangre, a partes oxidado, negro, a partes plateado, por no sé qué misterio de luz, parecía reírse.

—¡Es malo, malo Leopordo!

El guaraguao

Joaquín Gallegos Lara

Era una especie de hombre. Huraño, solo. No solo: con una escopeta de cargar por la boca y un guaraguao. Un guaraguao de roja cresta, pico férreo, cuello aguarico, grandes uñas y plumaje negro. Del porte de un pavo chico. Un guaraguao es, naturalmente, un capitán de gallinazos. Es el que huele de más lejos la podredumbre de las bestias muertas para dirigir el enjambre. Pero este guaraguao iba volando alrededor o posando en el cañón de la escopeta de nuestra especie de hombre. Cazaban garzas. El hombre las tiraba y el guaraguao volaba y desde media poza las traía en las garras como un gerifalte. Iban solamente a comprar pólvora y municiones a los pueblos. Y a vender las plumas conseguidas. Allá le decían «Chancho-rengo».

—Ej er diablo er muy pícaro pero siace er Chancho-rengo...

Cuando reunía siquiera dos libras de plumas se las iba a vender a los chinos dueños de pulperías. Ellos le daban quince o veinte sucres por lo que valía lo menos den. Chancho-rengo lo sabía. Pero le daba pereza disputar. Además no necesitaba mucho para su vida. Vestía andrajos. Vagaba en el monte.

Era un negro de finas facciones y labios sonrientes que hablaban poco. Suponíase que había venido de Esmeradas. Al preguntarle sobre el guaraguao decía:

—Lo recogí de puro fregao... Luei criao dende chiquito, er nombre ej Arfonso.

—¿Por qué Arfonso?

—Porque así me nació ponerle.

Una vez trajo al pueblo cuatro libras de plumas en vez de dos. Los chinos le dieron cincuenta sucres. Los Sánchez lo vieron entrar con tanta pluma que supusieron que sacaría lo menos doscientos. Los Sánchez eran dos hermanos. Medio peones de un rico, medio esbirros y «guardaespaldas». Y, cuando gastados ya diez de los cincuenta sucres, Chancho-rengo se iba a su monte, lo acecharon. Era oscuro. Con la escopeta al hombro y en ella parado el guaraguao, caminaba. No tuvo tiempo de defenderse. Ni de gritar. Los machetes cayeron sobre él de todos lados. Saltó por un lado la escopeta y con ella el guaraguao. Los asesinos se agacharon sobre el caído. Reían suavemente. Cogieron el fajo de billetes que creían copioso. De pronto Serafín, el mayor de los hermanos chilló:

—¡Ayayay! ¡Ñaño me ha picao una lechuza!

Pedro, el otro, sintió el aleteo casi en la cara. Algo alado estaba allí. En la sombra. Algo que defendía al muerto. Tuvieron miedo. Huyeron.

Toda la noche estuvo Chancho-rengo arrojado en la hojarasca. No estaba muerto: se moría. Nada iguala la crueldad de lo ciego

y el machete meneado ciegamente le dejó un mechoncito de hilachas de vida. En el frío de la madrugada. Una cosa pesaba en su pecho. Movió —casi no podía— la mano. Tocó algo áspero y entreabrió los ojos. El alba floreaba de violetas los huecos del follaje que hacían encima un techo. Le parecía un cuarto. El cuarto de un velorio. Con raras cortinas azules y negras. Lo que tenía en el pecho era el guaraguao.

—Ajá ¿eres vos Arfonso? No... No... me comas... un... hijo no... muesde... ar padre... loj otros...

El día acabó de llegar. Cantaron los gallos de monte. Un vuelo de chocotas muy abajo: muchísimas. Otro de chiques, más alto. Una banda de micos de rama en rama cruzó chillando. Un gallinazo pasó arribísima. Debía haber visto. Empezó a trazar amplios círculos en su vuelo. Apareció otro y comenzó la ronda negra. Vinieron más. Como moscas. Cerraron los círculos. Cayeron en *loopings*. Iniciaron la bajada de la hoja seca. Estaban alegres y lo tenían seguro. ¿Se retardarían cazando nubes? Uno se posó tímido en la hierba a poca distancia. El hombre es temible aun después de muerto. Grave como un obispo, tendió su cabeza morada. Y vio al guaraguao. Lo tomaría por un avanzado. Se halló más seguro y adelantóse. Vinieron más y se aproximaron aleteando. Bullicio de los preparativos del banquete.

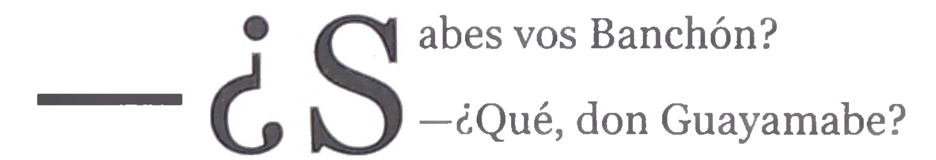
Y pasó algo extraño. El guaraguao como gallo en su gallinero atacó, espoleó, atropelló. Resentidos se separaron, volando a medias, todos los gallinazos. A cierta distancia parecieron conferenciar: ¡qué egoísta!, ¡lo quería para él solo! Encendía la mañana. Todos los intentos fueron rechazados. Un chorro verde de loros pasó metiendo bulla. Los gallinazos volaron cobardemente más lejos. Al medio día la sangre del cadáver estaba cubierta de moscas y apestaba. Las heridas, la boca, los ojos, amoratados. El olor

incitaba el apetito de los viudos. Vino otro guaraguao. Alfonso, el de Chancho-rengo, lo esperó cuadrándose. Sin *ring*. Sin cancha. No eran ni boxeadores ni gallos. Encarnizadamente pelearon. Alfonso perdió el ojo derecho pero mató a su enemigo de un espolazo en el cráneo. Y prosiguió espantando a sus congéneres. Volvió la noche a sentarse sobre la sabana.

Fue así como... Ocho días más tarde encontraron el cadáver de Chanchorengo. Podrido y con un guaraguao terriblemente flaco —hueso y pluma— muerto a su lado. Estaba comido de gusanos y de hormigas; no tenía la huella de un solo picotazo.

El cholo que odió la plata

Demetrio Aguilera Malta



—¿Sabes vos Banchón?

—¿Qué, don Guayamabe?

—Los blancos son unos desgraciaos.

—De verdá..

—Hey trabajao como un macho siempre. Mei jodío como naide en estas islas. Y nunca hey tenío medio.

—Tenés razón.

—Y no me importaría eso ¿sabes vos? Lo que me calienta es que todito se lo llevan los blancos... ¡Los blancos desgraciaos!...

—Tenés razón.

—¿Vos te acordás?... Yo tenía mis canoas y mis hachas... Y hasta una balandra... Vivía feliz con mi mujer y mi hija Chaba...

—Claro. Tey conocío dende tiempisísimo...

—Pues bien. Los blancos me quitaron todo. Y —no contentos con esto— se me han tirao a mi mujer...

—Sí, de verdá. Tenés razón... Los blancos son unos desgraciaos...

Hablaban sobre un mangle gateado, que clavaba cientos de raíces en el lodo prieto de la orilla. Miraban el horizonte. Los dos eran cholos. Ambos fuertes y pequeños. Idéntico barro había modelado sus cuerpos hermosos y fornidos...

Banchón trabajó. Banchón reunió dinero. Banchón puso una cantina. Banchón —envenenando a su propia gente— se hizo rico. Banchón tuvo islas y balandras. Mujeres y canoas... Compañeros de antaño peones suyos fueron. Humillólos. Robóles. Los estiró como redes de carne, para acumular lisas de plata en el estero negro de su ambición...

Y un día...

—¿Sabe usté don Guayamabe? Don Banchón se está comiendo a la Chaba, su hija. La lleva pa er Posudo... Creo que la muchacha no quería... Pero er le ha dicho que si no lo botaba a usté como a un perro...

Y otro día...

—¿Sabe usté don Guayamabe? Aquí le manda don Banchón estos veinte sucres. Dice que se largue. Que usté yastá muy viejo. Que ya no sirve pa naa... ¡Y que ér no tiene por qué mantener a naide!...

—Ajá. Ta bien...

Meditó.

No eran malos los blancos. No eran malos los cholos. Él lo había visto: Banchón. Su compadre Banchón, lo bía ayudao antes. Se

bía portao como naide con él... Pero... La plata. ¡La mardita plata! se le enroscó en el corazón, tal que una equis rabo de hueso. ¡Ah la plata!

Y después de meditar se decidió... Para que Banchón —su viejo amigo— no lo botara más nunca. Para que Banchón se casara con su hija. Para que Banchón no tuviera más plata. Para que Banchón fuera bueno... Le prendió fuego a sus canoas y balandras. A sus casas y sus redes...

Y cuando en Guayaquil —ante un poco de gente que le hablaba de cosas que no entendía— le pidieron que se explicara balbuceó:

—La plata esgracia a los hombres...

La blanca de los ojos color de luna

Enrique Gil Gilbert

...¡Porque iba a venir la blanca! ¡La blanquita!... ¿Y cómo vendría ahora...?

—¿Ti acordás de cómo era?

—Blanquita... Esa sí que era blanca... Er pelito amarillito, amarillito... Pero bien amarillito, así como las naranjas maduras... Y los ojos der color de las noches de luna... Y así como las noches de luna medio que alumbraban, medio que no alumbraban.

Y Rodolfo pensaba: «¿La blanquita se acordaría de él? Cuando iban a coger nidos allá en las arboledas y a veces con el papá de ella, hasta los bosques de maderas. Y siempre era él quien subía —porque era ágil como un mono— hasta la copa de los árboles... ¡Solo porque la niñita lo quería!

—¿Cómo vendría ahora la blanquita?

Debía tener veinte años... Y con lo linda que era...

Y llegó. Ojos que la vieron de niña y que la vieron crecer, ¡cuántas lágrimas de gozo derramaron! ¡Cómo se había hecho bonita, más bonita en Guayaquil! Las viejas que la habían criado y tenían el

ascendiente de poder llamarla Lolita solamente, se frotaban las manos. Hubieran querido abrazarla... Estrecharla como cuando la arrullaban... ¡Pero ellas estaban tan sucias...! La rodearon todos. Mientras ella besaba a sus padres, esperaban como quien espera el advenimiento de algo sublime, una mirada sonreída de los ojos color de luna.

Y abrazó a todas:

—¡Chepa! ¡Ven! ¡Ay! ¡Qué vieja estás! ¿Y tus hijos?

—Bien, niñita. Solamente quel Roberto se me murió.

—¿No digas? ¡Ah! ¡Qué pena!

—Así es, blanquita. Ya moriremos todos.

En los ojos color de luna la profecía de la vieja fue como una nube.

—¡Ya moriremos todos!

Rodolfo atrás del grupo la miraba. Y sus ojos negros y vidriosos que vieron troncharse al empuje de su mano los plazartes y gemir bajo su golpe los gelíes, se tornaron centelleantes y en su centelleo había una sombra.

—¡Eso será pa un blanco desos!

El día se estrangulaba en la maraña verdinegra de los mangles. El violeta invadía con su tono dulce el ambiente. La brisa era la queja del día que agonizaba. Algún alacrán paseó su asquerosa figura sobre las tablas de caña. Las ranas entonaron su monorrítmica y cansada canción.

—Petra, prende las linternas.

—Güeno niña.

—Mama Chepa, cuéntenos cómo murió el Roberto.

—¡Ay, Lolita, si hubieras visto!

Y mientras la Chepa narraba, todos escuchaban con atención. «¡El Roberto! Ese pobre hijo era maldecido porque un día siendo muy pequeño había insultado a su abuela».

—No diga eso mama Chepa.

—No, blanquita. ¡Así ej! Vea: cuando insurtó a su agüela pa la media noche vino a gritajle un bujío.

—¿Y usted cree en eso?

La buena vieja se santiguaba.

—Güeno.

Y narraba: «Er pobre Roberto tenía su mal carácter. Por la nada se calentaba. Y hasta mala alma tenía. Por eso era que la Chepa no lo quería. Andaba siempre sin corvas cuando iba a la montaña y las culebras no le picaban. ¡Como él era malo y las culebras son er diablo...!».

—Esas son las der pecao.

—¡Ya vé! Güeno: como lej iba diciendo...

Y continuaba: «El Roberto tenía mala alma. Un día vio dos palomitas santa cruz y las mató de un horquetazo. Y cuando las jue a

coger una equis rabo e güeso le picó en la mano. En er dedo er corazón mismamente. Como la palomita era santa cruz y venía der cielo ¡hasta er diablo se había puesto bravo! ¡Por eso lo mató!». Rodolfo, que nunca estaba lejos de donde estaba Lolita, argüyó.

—Y por la manga onde trabajaba pena. Yo luei visto cuando a la oracioncita paso por ahi. Me llama siempre...

—Entonce tú también tienes mala alma. Averna...

Las lámparas de kerosene se apagaron. La voz chillona de mama Chepa dijo:

—Rodorfo mardecido, el Roberto viene onde vos.

Desde aquella noche Rodolfo fue puesto al margen. Solo Lolita lo miraba plácidamente. Pero la blanca Lolita llevaba en sus dedos un aro y Rodolfo ya no lo miraba como siempre. Ella que no creía en penaciones lo miraba con pena. Trató de disuadir a la gente.

—«¡Pero no! El Rodolfo hablaba con el Roberto. ¡Vaya! ¿Que no? Pero sí el Rodolfo hablaba solo, sin nadie —ellos lo habían visto— y afilaba su machete». «Se iba solito, solito, a la manga donde le picó la culebra al Roberto y hablaba». Pero había quienes comentaban:

—¿Sabes pa qué va allá?

—No. ¿Pa qué?

—Pa ver la ventana e la blanca.

—Mentira.

—Si supiera er niño que izque es er novio e la blanca.

—Cuando los ve juntos es que habla.

—¡Ah! Entonce no es por eso sino con el ánima e Roberto que se trata. ¿Ti acuerdas que ahi jue que mataron a Roberto?

—Lo mató er diablo hecho culebra.

—Sí.

—¡Entonces Rodorfo tiene pacto con er malo!

—No. El ánima que se la vendió.

Dos años más tarde. Ya Lolita era señora y madre.

—Don Raúl, no deje que er Rodorfo coja ar niñito.

—¿Y por qué?

—Porque Rodorfo esjtá mardecido por mama Chepa y le vendió el arma ar diablo.

Raúl reía bonachonamente de la sencillez de la gente. Rodolfo gustaba de coger siempre que podía al bebecito. Y con sus manos toscas lo acariciaba, procurando ser lo que nunca fue: delicado. Cuando nadie lo veía lo besaba mezclando a su beso un poco de pasión y de ternura. Otras veces lo miraba. Cómo hubiera podido cogerlo y estrangularlo. Majarlo así como majan melcocha. Acabar con él y destruirlo para siempre. Pero los ojos —de luna— lo miraban —como los de la madre— así como alumbrando, así como no alumbrando.

Pero nunca sufrió más que un día... No, no quería recordarlo. Don Raúl inclinado sobre ella y ella dejándose y sonreída... Ese beso... Y él lo había visto. «Y lo pior... Tener que hacerse er que no

veía...». Entonces sí relampagueron sus ojos. E instantáneamente se sintió malo. Ahora sí que le había vendido el alma al diablo. Ya no fue más a la casa de hacienda. No trabajó. Solo moraba en las cantinas. Y su aliento aguardentoso lo respiró la noche, lo absorbió el día. Siempre huraño. Siempre hosco. Afilaba y afilaba su machete.

Madrugada. Un bulto junto a la casa de la hacienda. Arrastrado casi contra el suelo. Se detiene, contiene la respiración. Escucha. Avanza. Un brillo. Un machete en la mano.

—Raúl... Papá...

Ya el bulto no se arrastra. El ladrido de los perros viola el silencio de la madrugada. El machete se alza dos veces y los perros callan. Ya no ladran. Ahora aúllan. Sube la escalera.

—Raúl... Papá... Siento pasos.

Y la sombra está en el corredor. Quiere caminar. Se bambolea. Está borracho. Se abren las puertas. Raúl y el patrón salen.

—Alto, ¿quién va?

—Yo, soy yo.

La voz era aguardentosa.

—¿Quién es usted?

—¿Y a usted qué l'importa carajo?

—Si no dice quién es, disparo.

—A mí nengún blanco me dispara. Porque er diablo esjtá conmigo. ¡Viva er diablo, abajo Dios! ¡Viva er cholo, abajo er blanco!

—Silencio.

—A hacer silencio a su casa.

Raúl y el patrón se miran.

—Está borracho.

Ya los peones han llegado. En sus manos hay machetes.

—Cójanlo.

—A mí naiden me coge porque lo jodo.

—¡Calla borracho!

—Borracha esjtará tu mama.

La voz de Lolita sonó:

—Raúl, ¿qué pasa?

—¿Ónde esjtá Raúl y ónde esjtá Lolita? ¡Porque yo los mato!

La linterna eléctrica de Raúl alumbró el rostro de Rodolfo congestionado y desfigurado por el alcohol. El brillo del machete en alto hirió la nerviosidad. La voz de Lolita:

—Rodolfo.

—Onde esjtás vos perra pa matarte a vos y a tu marío. Raúl alzó las manos y se oyeron dos tiros.

—¡A mí no me matas vos desgraciao!

Quiso moverse pero ya estaba cogido. Sus manos se agitaron. Querían coger y cogieron un cuchillo. Cuando todos se acercaron para verlo. Y cuando él vio de cerca, muy de cerca el rostro de

Lolita alzó el cuchillo. Todos cerraron los ojos porque nunca habían visto lo que vieron. Al abrirlos, estaba tendido en el suelo... Sobre la cara una baba. Una baba sanguinolenta que le salía de los ojos. Un líquido viscoso brotando a torrentes. De adonde habían estado los ojos. Y la sangre saliendo y desbordándose como una catarata. De la boca le manaba una baba aguardientosa y hedionda. Estaba cubierto de sudor. Se movió y con una carcajada estúpida dijo:

—Ya vido don Raúl, me saqué los ojos pa no verla más.

—¿Y vos viste?

—Yó'staba allí.

—¡Bará! Pero qué malo es pegársela. ¡Lo que es yo, ni otra! ¡Más que me la paguen!...

—¡Pero qué bruto! ¡Enamorarse e la blanca!...

—¡Así esj, er cristiano es loco!

¡Era la mama!

Joaquín Gallegos Lara

I

No supo cuántas cuadras había corrido. A pie. Metiéndose en los brusqueros. Dejando tiras de carne en los grises y mortales zapanes de las alambradas.

—¡Para, negro mardecido!

—Dale vos la vuerta por ahí.

—Ha sido ni venao er moreno.

Jadeaba y sudaba frío. Oía tras él los pasos. Y el casco bronco del caballo del capitán retumbaba en el muelle piso del potrero.

—Aquí sí que...

El viento se llevaba las palabras. Al final del potrero había una mancha de arbolillos. Podría esconderse. ¡Aunque eran tan ralas las chilcas y tan sin hojas los guarumos!

—Riss... Riss...

En las orejas se le reían los balazos. Y el golpe de la detonación de los *mánglicher* le llegaba al pecho: porque eran rurales.

Más allá de los árboles sonaba el río. Gritaban unos patillos.

—Er que juye vive...

¿Se estaban burlando de él?

—En los alambres me cogen...

El puyón del viento le zumbaba en las orejas.

—Manque deje medio pellejo, yo paso...

Metió la cabeza entre los hilos de púas. Una le rasgó la oreja. Las separó cortándose los dedos. Le chorreaba tibia la sangre por las patillas, por las sienes. Se le escapó el hilo de arriba cerrando la cerca sobre él. De un tirón pasó el torso dibujándose una atarraya de arañazos en las espaldas negras.

—Deje er caballo pa pasar —advertían atrás al montado—. Una patada en las nalgas lo acabó de hacer pasar la cerca. Se fue de cara en la hierba.

—¡Ah! Hijo de una perra...

Esta vez la bota del rural le sonó como un campanillazo al patearlo en la oreja. En la ya rasgada. Se irguió de rodillas. La culata del rifle le dio de lleno en el pecho. Las patadas lo tundían.

—Ajá, yastás arreglao...

Pero era un mogote el negro. Rugía como toro empialado. Y se agarró a las piernas del otro fracasándolo de espaldas. Quiso alzarse y patear también. Veía turbio. Se culebreó sobre el caído. Forcejeaban sordamente.

—Ajá.

Lo tenía. Le había metido los dedos en la boca. El otro quería morder. El negro le hundía las manos abriéndole la boca sin

sentir el dolor de los dientes. Y súbito tiró. Las mejillas del rural le dieron un escalofrío al rasgarse. Chillaron como el ruán que rasgan las mujeres cosiendo. Al retirar las manos sangrientas oyó que la voz se le iba. No tenía boca. Raigones negruzcos de muelas y de dientes reían. Se llevaba las manos a la cara recogiendo las piltrafas desgajadas.

—¡Ah! Hijo de una perra...

De todos lados las culatas y las botas le llovían golpes. Giró el negro los ojos blanqueantes. Agitó la bemba. Quería hablar. Los miró a todos en torno allí de rodillas. Recordó ¡que todo había sido por el capitán borracho y belicoso! Se cubrió la cara con el brazo y cayó otra vez.

—¡Ah! ¡mardecido!

—Lo ha fregao a Rangel... —Démosle duro.

—¡Negro mardito! Bailaban sobre el cadáver.

II

—Hey señora.

Del interior de la casa respondían. Se oían pasos.

—A ver... ¿Qué jue?

—Una posadita...

—¿Son rurales?

—Sí. ¿Y qué?

—Bueno, dentren nomás.

Brilló un candil sobre la cabeza de la vieja negra. El grupo kaki claro al pie de la casucha semejaba una hoja de maíz entreabierta. Hablaban entre ellos:

—Déjenlo ahí guardao adeabajo er piso.

—Era de habeslo enterrao allá mesmo todoi... Onde cayó.

—Mañana lo enterramo. Anden. Cuidao se asusta la vieja.

Subieron ruidosamente. El cuerpo del negro muerto a patadas hizo una pirueta y cayó montado en el filo de los guayacanes horizontales del chiquero. Bajo el piso. Apoyaban los rifles cañón arriba en las paredes. El capitán se sentó en la hamaca. Ya se le había pasado la borrachera que lo hizo disputar con el negro. Los otros se acomodaban en bateas boca abajo. En el baúl. Donde pudieron.

—¿Han comido?

—Ya señora.

—Pero argo caliente ¿un matecito e café puro con verde asao?

—Si usté es tan güeña...

—Petitaa... ¿Ta apagao er fogón?

Del cuarto interior salió la muchacha.

—No tuavía, mama.

—Entonce vamo asar unos verdes y un poquito e café puro pa los señores...

La muchacha había hecho encenderse los pai-pais de los ojos del capitán.

—Oye «Pata e venao», trai la damajuanita e mayorca. Pa ponesle un poquito en er café puro e la señora y de usté tamién niña... niña Petita ¿no? No pensaba habesme encontrao po aquí con una flor de güeñas tardes como ella... Petita reía elevando el traje rosado con la loma de su pecho duro, al respirar. E iba y venía con un ritmo en las caderas que enloquecía al rural. Después del café puro hubieran conversado un rato con gusto. La vieja negra cortó:

—La conversa ta mui güeña... pero ustedes dispensarán que nos vayamo pa adentro a acostarno yo y mi hija... Penemos que madrugás... Porque tarbés amanezca aquí mijo que llega e Manabí mañana. Ahí les dejo er candil.

La puerta de ocre oscuro, de viejas guadúas latilladas, se cerró. Sus bisagras de veta de novillo chirriaron. Los rurales la miraban con ojos malos. El capitán los detuvo con el planazo de su mirada:

—Naiden se meta... la fruta es pa mí. Y pa mí solo ta que se cai de la mata...

Ella le había guiñado el ojo. Apagó el candil. Por la caña rala de las paredes salían ovillos de amarillenta claridad. Pegó la frente febril a las rendijas frías.

—Se está esvistiendo...

Miraba, tendida atrás la mano deteniendo a los otros. Cruzó en camisón la vieja hasta la ventana con un mate en la mano. A verterlo afuera. Y ágil metió por la puerta entornada la cabeza el hombre. Una seña violenta y breve: vendré. Espérame. La Petita apretó púdica el camisón, medio descubierto, contra el seno. Sonrió: sí. La vieja sin darse cuenta de nada se metió bajo el toldo colorado de la talanquera del frente. Apagando su candil. Una hora más tarde crujía la puerta. Y crujía la talanquera de Petita.

La vieja roncaba. Los rurales soñaban en la cuadrita con la suerte de su jefe.

III

—Señora, muchísimas gracias. ¡Y nos vamo que hay que hacer en er día!

Perita se sonreía con el capitán a espaldas de la vieja. Uno dijo:

—¿La joven es casada u sortera?

—Ta separada el esposo —aclaró la madre—.

—Y, una cosa señora pa saber a quién agradecesle, ¿cómo es su gracia?

—¡Panchita e Llorel!

Petita ve al herido —al de la cara desgarrada en la lucha de ayer— y pregunta:

—¿Qué jue eso, capitán?... Como anoche no lei visto...

—Jue antier una pelea...

—¡Pero qué bruto er que se lo hizo! Sería con navaja...

—No, con los dedos...

—¡Jesús! Lo han dejao guaco pa toda su vida...

Bajaron. Ya era claro. La manga húmeda brillaba como si hubiera llovido del sereno. Cantaban caciques en los ciruelos de las cercas. Las dos mujeres empezaban sus quehaceres. A Petita le dolían las caderas: ¡es que tres veces!...

—Oíte Petita... Baja a ver ar chancho que ha estao moviéndose y como hozando toda la noche...

Bajó Petita y la oyó gritar la madre:

—Mama, mama, estos marvaos le han echao un muerto ar chancho... Venga... Eso es lo que ha estao comiendo toda la santa noche... ¡Jesús! ¡San Jacinto lindo! Venga.

—¡Ar fin rurales! Son la plaga: con razón nuei dormido naditita: y antes que no han querido argo pior con vos...

Acudió. Como cluecas rodearon el chiquero. No sabían de donde empuñar el cuerpo mancornado con la cara sumergida en el lodo. Comido por el cuello. Por el pecho. Descubiertas las costillas.

—¡Pero qué mardecidos!... De adeveras: ar fin rurales... ¿Y quién será er pobre hombre este?

Por un brazo lo pudieron alzar. La camiseta tenía mucha sangre. Pero el pantalón ¿lo conocían? Con un canto de la falda limpió Petita el prieto embarrado hediondo de la cara. El cuerpo descansaba a medias en la vieja, a medias en el filo del chiquero.

Fue un grito corto el de Petita:

—¡Ay mama! Si es Ranulfo, mi ñaño...

La vieja no dijo nada. Su cara negra —arrugada como el tronco leñoso de un níspero— se hizo ceniza, ceniza.

A petita le dolían los besos del rural —los besos de la noche oscura— como si hubieran sido bofetadas...

El cholo del tibrón

Demetrio Aguilera Malta

I

Melquíades. —Tengo frío.

Nerea. —La noche ta oscura como boca e lobo... Melq. —Los muchachos no vienen...

Nerea. —Er trabajo no tiene hora fija...

Melq. —Tenés razón...

Nerea. —Siempre la hei tenío.

El viento mueve el candil como una castañuela. De vez en vez se empinan los camellos oscuros de las islas y se arropan con vaporosas túnicas de nubes...

Melq. —¿Te acordás?

Nerea. —¿De qué?

Melq. —Hambre de amor me encendía la sangre. Traía enredaderas ñangas en la lengua, ¡Quería matar pa gozarte! Nerea. —¡Cállate!

Melq. —Venía de po arriba. Con andar de relámpago. Sintiendo llamaradas en er cuerpo. ¡Desiando morir o hacerte mía!

Nerea. —¡Cállate !

Melq. —Y te vide venir con er. A bañarte en la sombra e la noche negra. Temblando. Te vi acercar a la orilla. Te vi hundir en el agua tu prieto cuerpo e pechiche. Te vi coger bejucadas de espumas en la mano... Er también bajó. Y er también tembló. Yo incendiaba la noche con la llamarada e mi odio.

Nerea. —¡Cállate!

Melq. —Salté de mi canoa. Sembré de espumas el arpón de mi rabia. Hice ruido, Un ruido extraño que me asustó a mí mismo. Ustedes gritaron: ¡er tibrón! ¡er tibrón!

Nerea. —¡Por Dios cállate!

Melq. —Er quiso huir. Pero er mar con sus dedos de olas le apretó todo er cuerpo. Y fue mío. Y ar no vorver ér más nunca a la vida, fuiste mía vos también.

Nerea. —¡Ah! ¡Desgraciao! ¡No me lo habías dicho nunca, desgraciao!

Se oye un rumor de remos que se acerca. Un canto. Se empinan más los mangles. Los viejos se miran.

Melq. —Ya vienen...

Nerea. —¡Sí desgraciao! Ya vienen tus hijos... Y ellos no saben...

Melq. —No deben saber...

II

Caslo. —Viejo. ¿Pa qué nos habés tirao al agua? ¿Pa qué nos hacés bañar a esta hora y con esta noche tan negra?

Melq. —¿Pa qué? Yo mesmo no lo hei sabio... Argo me jala esta noche.

José Isabel. —Yo tengo sueño, viejo. Me vo pa arriba. Además hace mucho frío. Yo me vo.

Melq. —... No, ¿sabés vos?... Ya farta poco... Siento que ya farta poco...

Nerea. —Yo sí que me largo. No sé cómo hei bajao... ¿Te habís vuerto loco?

Melq. —¿Yo? ¿Yo? ¿Vuerto loco?... No. Mira... Mira... Aquí cerca... ¿No ves? Ahí viene er tibrón...

Nerea. —No lo veo...

Melq. —¿No lo ves? Yo sí. Tiene los ojos llameantes. Me contempla. Me llama... Sí, ya vo...Casio. —Er viejo se ha vuerto loco. Llevémoslo p'arriba. Melq. —Sí... Ya vo... Ya vo...

Nerea. —¡Dios mío! Se hunde... Se va... Cógelo Caslo.

Caslo. —Se ha largao. ¡Y quién lo halla en esta noche mardita!

Nerea. —Er tibrón... er tibrón.

Hace más frío. Y el candil escupe una alegría injusta sobre las cañas tristes de la casa choluna.

¡Lo que son las cosas!

Enrique Gil Gilbert

a Gume!

—¿Qué?

—¡Ña Gume er niño tá heŕio!

Como si nada le hubieran dicho. Se quedó pensativa con las manos sobre el abultado vientre. Le acababan de decir. ¡Ah! Primero pondría a secar la ropa... No, mejor era ir... El Manuel con el sombrero en las manos la miraba estúpidamente.

—¡Qué! Si él le había dicho creyendo que se iba a volver loca... ¡y nada!

Ni se había dao por entendida. ¡Pero si no parecía la misma niña Gume!... ¡Ella, que cuando se hería uno de ellos, o un animal que fuera, se desvivía por atenderlo, como si nada le hubieran dicho! Se miraban ambos sorprendidos. Ambos anonadados por el algo imprevisto.

—¿Y a dónde está?

¡Caracoles! ¡Era lo fuerte!

—Allá.

—Vamos.

Salieron. En el pueblo se había extendido ya la noticia. Todos la sabían. Y lo que era peor... Habían llevado a Fatillo... ¡Bueno...! Ellos no querían decir. Que lo dijera otro. Allá solamente aumentarían la historia con un poquito más de embrollo.

Y cuando pasaba la voluminosa Gume con acelerado paso tropezando las piedras, se codeaban y en voz baja decían:

—¡Güeña la que se va a armar!

—¿Y quién lo llevó allá?

—¡Yo qué sé!

—Pero eso no debían haber hecho, ¿verdás?

—Eso mesmo digo yo.

—¿Verdás Petita?

—Sí comadre.

Era como cuando se presentan las nubes negras. Se presagiaba un algo terrorífico.

—¿Y cómo jue la esgracia?

—Cabalmente no lo sé...

Y contaba algo de lo que sabían. Izque había estao con la mujer der chino Eustaquio. Izque hacían tiempos andaban en enredos.

Y ahora le habían dicho ar chino. Lo ciertamente seguro era que el chino le había dado un botellazo «en toíta la cruz de la oreja mismamente». En seguida lo había atacado a patadas.

—¿Y don Lucho qué ha dicho?

—¡Como con candao se ha quedao!

—Vea usté.

Cuando la Gume pasaba, hubieran querido seguirla... «Pa ver la que se armaba». Pero como hoy pocas veces estaba el sol: había que aprovecharlo. Sudaban mientras lavaban para tender. Solamente descansaban cuando pasaba la Gume, para mirarla y comentar. Y al darse cuenta de que las miraba, le ponían la cara más compungida que podían. La Gume pasó calles. En las calles subió y bajó tropezando con las paredes, resbalando sobre las cáscaras, ensuciándose con el lodo de la tierra y el agua de los aseos. Pasó sin mirar dónde tenía puestos los ojos.

Torció cuatro esquinas. Cruzó la plaza, siempre siguiendo a Manuel. Cuando Manuel se mostró nervioso y miraba y más miraba hacia la mitad de la calle en el costado de una casa, Gume sospechó:

¡Esa casa!... Esa casa... Y ardió su sangre, por sus venas corrió rabia... Esa casa... Esa casa...

No caminó más. Con las manos puestas en jarras miró a Manuel. A manera de interrogación insultante.

—¡Bah! ¡Bonita cosa! Como sier sí tuviera la curpa...

Pero no se atrevía a mirar de frente a Gume. «Viéndolo bien ér no tenía la curpa. Pero como ér había ido avisar...». Entonces

la Gume indiferente, la Gume fuerte, la Gume que se afanó por todos, sintió no supo qué. Cuando miraba la casa, como se mira la madriguera de un tigre, vio entrar al Político y al Curandero.

Los muchachos curiosos, mientras se rascaban la barriga, la cabeza o las nalgas y sorbían la mocosidad, miraban a la que venía.

—Oite Caslo, ¿ésa no es ña Gume?

—Déjame aguaitar.

Se escondían el uno tras del otro hechos grupo.

—La mismita.

Corrían unos a avisar a sus casas y los otros a mirar a Gume. Gume caminaba muy despacio. Como queriendo llegar y como queriendo no llegar. «Allí en esa casa estaba su hijo. Su Fatillo. Al que había herido el bandido del Eustaquio. Pero esa casa era de la otra...». Se encendían sus ojos. Se contraían sus labios. Se estremecía. «Pero ¿sería posible? ¿Su hijo estaría allí de verdad? No. Ella no debía subir. Por nada. Pasara lo que pasara...». Intentaba regresarse. Pero: «Su hijo... Su Fatillo. ¿Cómo lo habrían herido? ¿Dónde serían las heridas? Con lo enconosas que son las heridas de vidrio... ¡Y también lo había pateao! Y diz que cuando patean en la boca del estómago o adonde no se debe, se muere la gente...». Fue como un impulso. Y subió.

En el margen de una puerta se paró. Vio: sobre la cama su hijo. ¡Pobrecito! Parecía muerto. Pero cuánta gente. ¿Acaso su hijo era pájaro raro, para que vinieran a mirarlo?... Fato, Fatillo, pobrecito ¡cómo estaba! ¡Maldecido chino Eustaquio! ¡Maldecidos todos los

de su casta hasta la cuarta parición de las mujeres! Quiso acercarse. El Político se informaba. El Curandero hacía preparaciones con pucho y sebo de borrego. Con eso se había curado el marido de la Zoila Rosa. Unos curiosos se codeaban por lo que iba a pasar. Afuera, las mujeres llamadas por sus hijos habían salido a las ventanas.

—¿Y tuabía no se oye nada?

—Tuabía no.

Esperaban algo. La Gume veía. En la cama su hijo y sobre su hijo, cuidándolo, acariciándolo, *ella, la otra*, la querida de su marido... No. No era posible. Su hijo no. Aunque su marido —el Lucho— no importaba. Pero Fato, Fato no... No. Y no. Y no. La otra se irguió. Bajó la cabeza como resignada. Se alejó de la cama. ¡Tanto que quería al Fatillo! Como al Lucho lo quería. Lucho sentado en una mesa, con la boca abierta, se golpeaba nerviosamente con los nudillos de la mano semicerrada, los dientes. La otra salió del cuarto. Llorosa, apenada. Pero tenía que ser. La Gume era la madre. Más que ella lo quisiera. Avanzó Gume. Se arrodilló junto a la cama. ¡Ah! ¡Ah! ¡Ay Fato!

—Fatillo de mi alma, hijito...

Fato quiso abrir los ojos. Quiso sonreírse y una mueca horrible contrajo su rostro. Se diría que un frío, intenso, penetrante, cruzó por la estancia.

—Padre nuestro questás en los cielos...

Por la boca derruida y torcida de las viejas silbaba la oración. Gume lloró sobre su hijo. La otra. La que lo amaba como a hijo, no pudo abrazarlo y lloró desde el marco de la puerta.

Abajo, cuando bajó la Mariana, los muchachos y las mujeres la rodearon. Y estiraban como garzas sus pescuezos. Y se estrujaban para estar más cerca y oír mejor.

—Pa que vean. En lo que han venío a parar.

—Así esj, quién hubiera creío.

La Mariana todavía asustada no cesaba de repetir lo que dijo el Político.

—¡Lo que son las cosas!... Cuando uno menos piensa.

—Sí hija, así esj...

Un muchacho bullanguero invitó a jugar al trompo. Y, sonreído, cuando perdió el primer quiño, también dijo:

—A mí que no me falla... Lo que son las cosas...

Cuando parió la zamba

Joaquín Gallegos Lara

Era un hecho. Estaba preñada. Andrés no había vuelto por la casa de ella desde que se lo dijo. ¡Le daban tanto asco las mujeres así!

—Ej abusión que tengo pa mí: la mujer embarazada ej pior quer muerto di amaliadora: lo pone pujón a uno.

¡Era todo eso! Y era también la imagen gentil de su negra que se le deformaba. ¡Cómo se perderían esas caderas y ese talle en el montón de carne templada!

—¿Pa qué vesla hecha una botija?

Había también... El pensar si fuera suyo el hijo que estaba en la barriga de Lucha. El negro Manuel —el marido— por su parte lo creía de él. Andrés dudaba.

—Yo monto al anca... ¿Pero cuár la empreñó?

Porque sabía que no era posible que fuese de los dos, como burlonamente decían. Del uno o del otro.

—Si es mío sale amestizao... Si es dér carbón entero... vamo a ver.

La zamba Lucha se vio con Jacinto, el amigo más próximo de Andrés. Era Jacinto un blanco venido a menos. Antes, en la ciudad, fue alguien. Ahora era vaquero en una hacienda cercana al pueblo. Ahora era «Er Colorao»; sobrenombre traído por el pelo, de un rubio llameante. Se vieron en la pulpería. «El Colorao» había dejado el macho romo que montaba, amarrado a una argolla del portal. Al ir entrando se enredó la uña del dedo grande del pie en la herradura clavada en el umbral «pa que dentre la suerte».

—¡Mardecida sea! —dijo y entró.

Entonces, entre el olor penetrante de los víveres metidos en las perchas o apilados en sacos entreabiertos —olor de sebo, de cacao, de panamitos y mallorca— la vio. Estaba al pie del mostrador. Sin zapatos, los polvosos pies apoyados inquietamente en las tablas del piso. Con una bata colorada, sucia de mugre en las prominencias breves de los pechos y en la gran loma de la barriga. Jacinto se susurró:

—¡Qué preñadota questá!

La pereza de las largas siestas y las ojeras del mucho vomitar se veían en la cara de la zamba. Y en su pelo casi sin peinar, que parecía escarbado de gallinas. «El Colorao» venía a llevar arroz a la hacienda donde trabajaba. Ella hacía su comprado. Se saludaron:

—Güeñas tarde Lucha ¿comostá? ¿Y mi compadre Manuer?

—Er ta güeno ¿y usté?

—Así así; de usté nada le pregunto porque la veo medio embuchadita... ¿De qué jue el empacho?

Lucha se rio y callaron. La miraba. Si el pasado estuviera escrito en la cara de las gentes ¡cómo se correrían los dos! No se decían nada. La pulpera preguntó:

—¿A ver, qué jue?

—Una cuartilla di arroz.

Lucha bajando la voz le dijo de pronto:

—¿Qués de su amigo Andrés?

—Ahí está.

Volvió a quedar silenciosa un instante.

—Ígamele que qué le ha pasao... Que por qué no va. Que vaya...

—Bueno.

Y fue todo. Ella recogió la hoja de maíz en que le habían despachado su manteca, la unió en la vieja canasta serrana al resto de la compra. Pesada, pipona, salió de la pulpería.

El negro Manuel estaba encantado con la preñez de su mujer. Le blanqueaban los ojos de gusto. Y pelaba el coco de los dientes en carcajadas de muchacho.

—Ja, ja, ja... ¡Va a ser como er padre un negrazo güen mozo!

Y se miraba el torso áspero de guayacán quemado. Los hombros y los brazos como raíces nudosas.

De noche en la talanquera se revolvía sobre el cuero e venao y ponía su mano calluda, que quería ser ligera, encima de la barriga levantada, y le decía:

—¡Negra, quiero que te acuides pa que no me albortes a mijo!

Desde que tuvo los tres meses Manuel, que antes no dejara pasar una noche sin caer sobre ella, con ardientes ansias, cesó de molestarla. Cuando el calor del cuerpo próximo o el roce de sus pechos o de sus nalgas lo enardecía, escapábase afuera. Con pretexto de orinar. Lucha encontraba a veces —y se reía— manchas pegajosas como de mullillo, en la parte baja de las cañas de la pared. En la cocina.

¡Ay! ¡Ay! Manuer, andavete, tráite a ña Pancha, ¡ay!, yo me muero, yo soy primeriza... Corrió e hizo correr también a la vieja curandera que sabía hacer parir. Se cerró la puerta. Fue un rato. En el cuarto casi a oscuras solo se oía quejarse a la zamba. Y la voz velada del negro Manuel:

—Pare nuestro questás en er cielo...

Otro amigo se lo contó esa misma tarde a Andrés. En la chingana de la plaza del pueblo. Entre chicha y chicha. El día bejuqueaba de amarillo las casas de enfrente yéndose. Un chancho roncaba en el polvo, en media calle, como un cantor borracho carraspea limpiando el pecho. Andrés oyó la historia viendo turbio. Cual si mirara todo tras el cristal ochavado de los vasos.

—¡Izque jue la der diablo en esa casa!

—Ajá, cuenta, vos.

—Er negro rezando, creo que hasta hincao. Ella abiesta e patas y la vieja Pancha jalándole ar chico. ¡Cuando Lucha dejó e berriar y la vieja lavó a la criatura vino la güeña! Manuer dice: A ver ña

Pancha. Empriésteme pa ver a mijo. Y ér que lo coge: ¿Pero qués esto? No es negro como er padre esta criatura... Na Pancha izque le dijo quer crestiano ej mismamente como er ratón y como er zorro, que nace pelao y colorao y más después güerve a la color natural...

Andrés pensó: Es mío. La iré a ver. Conoceré a mi chico. Las chichas le bailaban adentro. Veía adelante muchas cosas. Se sentía padre.

—¿Entonce er chico nués negro? ¿Ej de color montuvio? ¿Ej amestizao?

—No. Er muchacho nués negro ni amestizao tampoco. Ej blanco como potrillo talamoco. Y er pelito catiro. Como el único blanco e po aquí amigo e la zamba y catiro ej er colorao Jacinto dér tiene que ser er bendecío chico.

—Ajá... ¿Y qué cara pondría la zamba? ¡Caracho! ¡Eso tiene er ser perra!

El sol se había ido. La ropa de la tarde se rompía en andrajos de claridad. Soplaba un viento que olía a aguacero. Los platanales que estaban a la entrada del pueblo, curvos ante la racha sonaban. Andrés anchó las narices respirando la lluvia. Y de allá del monte vino un sonido. Un sonido de punta áspera rayando un vidrio. Largo de un solo aliento de cinco o diez minutos que de pronto avienta las orejas de un empellón en la poza del silencio.

—La cigarra pide agua. Va a llover. Va a llover... ¡Y eso tiene er ser perra! ¡Eso tiene er ser perra!

Juan der diablo

Enrique Gil Gilbert

I

«Juan der diablo»...

¡Qué tonta la gente! Si él se llamaba Juan de Dios. ¡Pero en fin! Así lo llamaban y se dejó llamar. Una mañana fue al pueblo.

—¡Diablo qué hembrota!

Atractiva y corpulenta, movediza y coqueta, pasó la hija de don Cato.

—¿Cómo se llama? ¿ah?

—¡Eudosia!

—¡Qué güeña qués!

La miró como cuando chico las frutas de la chacra.

—Sabrosa ha de ser...

Ella miró sobre el hombro. Diríase que lo invitaba.

—Parece que resurta ¿ah?

—Asígala, que de aónde sabe... por siaca la palanca esté floja y se caiga la ropa...

La siguió. Eudosia se dio cuenta y se movió más que de costumbre. Miraba a cada instante. Y a cada mirada sacaba la lengua para mojarse los labios. Tal que culebra. Los vericuetos de las calles permanecieron sin llamar la atención a su paso.

La noche murmuraba un secreto a las cosas. Estaba llena de vacío negro. El ruido del silencio absoluto, vibraba. Como un vértice de sombra era la figura de Juan. Estaba cantando al pie de la casa de Eudosia. Su voz se torcía de inseguridad. Es que «había tirao puro ni descosido». Adentro fingió un relincho de potranca, con su risa, Eudosia.

—Si ha dispertao...

Se contentó. Montó el brazo sobre la guitarra y comenzó a tejer con sus pies —fingían agujas— la tela del camino del regreso.

Un aguacero de orines lo abrazó como beta que se enreda al bramadero.

...¡Y era er temo blanco, er nuevo de ir a Guayaquil!

—¡Mardecida sea la vieja y su mama que la parió! Me ha fregao la parada.

—Va que echa chispas —dijo la vieja—, arrebujándose en la sombra, mientras se cubría los senos, de rubor la noche.

Llegó la siguiente noche. Fingiendo el retrato de la anterior. Negra como todas. También «Juan der diablo» fue a berrear. Dos cuerdas de la guitarra se congestionaron de bulla y rompieron su vida. El no lo sabía. La ducha de orines iba a caer otra vez, sobre él.

—Arza la gran flauta... Vieja bruta paría a brincos...

Teodoro, el hermano de Eudosia —valiente y machetero— se imaginó insultado. El machete brilló en su mano negra como la fosforescencia del mar en la noche: estela del barco de la rabia.

—Oíte... ¿A quién insurtas vos?

—A tu mama y a vos tamién.

Ya estaba abajo. Casi junto a él. Sus ojos blancos resaltaban tal que garzas en la poza de la cara.

—¿Querés jalarte ar jierro?

—A naiden l'hei tenío miedo...

—Entonce... Guarda allá...

El poncho casi no envolvió el brazo. La noche oyó cantar, gemir, llorar, gritar a los machetes. La mano de Juan dibujaba estelas en la pizarra de la noche. Las estelas se encontraban. Teodoro era más torpe. Juan avanzaba. Su brazo era más fuerte. Más ágil. Y avanzaba. Su machete bailaba cerca de la cara, del pecho, de la barriga de su contendor. Teodoro se cansaba más y más. Los machetes se entretejían. Con lascivia de sangre, agotados de gritar se arrimaban uno a otro. Al fin el machete de «Juan der diablo» cayó terrible, cortando, casi bajando el cuello de Teodoro. El miedo se hizo voz en la garganta de las gentes:

—¡Lo jodiste! ¡Andavete pronto!

Corrió largo, hasta que el cansancio lo embargó tal que una fiebre.

Cuando se detuvo estaba el machete riéndose en su mano. Con una risa de sangre coagulada. Lo lamió saboreando. Ahora sí que no lo cogían. Recostó su cabeza contra el suelo y se arropó de frío.

II

«Juan der diablo»...

Como er descabezao... Los caballos de la sabana... la viuda der tamarindo... La de la canoíta... Así... Evocación del tiempo viejo, pero realidad. Era como decir muerte. ...Cuando gritaban las valdivias era seguro que «Juan der diablo» aparecía. En el fundo de los López. Seis de la tarde. La tarde se diluía en la noche. Los hombres hechos grupos eran tal que los dedos crispados de una mano. Detrás de ellos el sol lanzaba su último rayo rojo.

—¿Qué te parece la úrtima?

—La e «Juan der dieblo», puesj.

—¡Ah! ¿Qué ha hecho?

—Asartó la hacienda e los Pareja. Y se robó toíto. No dejó nada. Er solito y cuatro más.

—¡Qué bruto!

La noche seguía extendiendo los brazos. Estaban junto al barranco. El río pasaba cantando. Se retorcía refregándose contra la tierra.

—¿Y la rural no le ha echao mano?

—¡Qué va! ¡Esos son flojos y le tienen miedo!

—Ahá.

—Pero oye ¿y la Eudosia?

—Iz que se jue par Guayas.

—¡Güeña era!

—¿A vos te gustaba?

—A mí sí ¿y a vos?

—Tamién puesj, ¿acaso no soy hombre?

—Si supiera Juan.

—Como yo no la enamoro...

La noche estaba entre ellos. Un viejo la rompió con la luz de un candil.

III

—Juan, ¿vas a sartar?

—Claro puesj, ¡qué cará!

—¿Pero aquí en Guayaquil...?

—Sí.

Y diciendo hizo. El río se deshacía en la vaciante. Los vapores y las balandras dormían emborrachados de tranquilidad. El malecón se hastiaba de estar solo. Saltó. Allá a lo lejos un reloj saludó con diez gritos a la noche. Se halló en el barrio del Conchero. Una victrola cantaba. Cholos balandreros borrachos regresaban a sus balandras. Serranos sentados o durmiendo en los portales. Un *paco* —envuelto en su capa gris— pitaba de rato en rato. En una pianola de un titulado bar, chillaban pasillos de moda. Siguió por la Tahona. Por un callejón salió a Eloy Alfaro. En el centro y señalado por los focos eléctricos se sintió acobardado. Por otra parte el terno almidonado y planchado. Y los zapatos... Tres automóviles lo asustaron con su grito.

—¡Desgraciaos! ¿Pa qué los inventarían?

Se había puesto cuello y le estorbaba. Se rieron unos cuando pasó al lado de ellos. Por la avenida Olmedo se dirigió a las afueras. Caminó varias cuadras. Llegó, silbó y salió ella. Lo hizo entrar al zaguán.

—¿Y qué milagro has venío?

—Quería verte.

—Yo sabía que ibas a venir.

—¿Quién te lo dijo?

—Adivina...

—¡Ah! Er Julio que vino antier...

—Sí, cuando yo estaba en la plaza comprando...

Después sus dedos fueron tal que potros desbocados. Galoparon sobre la sabana aceitunada de su cuerpo. Sondeaban, elásticos y atrevidos. Seguían todas las ondulaciones. Ella lo dejó hacer. Después le tocó a ella. Lo acarició. Lo hizo gozar. Cuando el día despertó lo vio irse, agotado y malhumorado. Los lecheros gritaban.

—Lechee... Lechee.

Y tamboreaban los zaguanes.

De lejos una voz madura gritó.

—Panaderoo...

IV

—¡Mardita sea!

—¿Qué?

—Nada. ¡Que la perra esa me ha jodio!

—¿Qué te ha hecho?

—Me ha enfermao

—¿Con qué?

—Creo qués...

—¡Te fregó!

—¡Yo no me quedo con esta! ¡Mardecida sea!

V

En la *Josefina*.

El grito de la selva besaba el silencio. El río —en su corriente— era una culebra enorme que avanzaba. Chis-chas chis-chas... El secreto de una canoa violando el agua. Lo único que hace bulla en la noche. Y el salto de algún pescado. O el rayado veloz de un tiburón pequeño. La canoa ascendió a la playa. Un bulto. Despacio. Haciéndose un atado. Caminando como un mono, con pies y manos. Procurando ocultarse. Por entre las malvas rastreando. Llegó a una casita y subió. Habló quedo, y susurrante.

—¡Eudosia! ¡Eudosia!

—¿Qué? ¿Eres vos, Juan?

—Sí. Ven.

—Espera prender luz...

—No. Ven así.

—¿Te acuerdas de esas noches en Guayaquir? Me fregaste y ahoritita me la vas a pagar...

Alzó el machete.

—No... Pol Dio... Ju

Le partió el cráneo. Ella habló con un gemido último:

—¿Ju... án... pol... qué... me matas... ?

¡Pobrecita! La cabeza partida. Sangrante, con los sesos salidos. En la cara una mueca de espanto. La miró. La miró tanto que sufrió un mareo de muerte. Y se quedó dormido. Una garza morena pasó volando muy cerca al infinito.

El tabacazo

Joaquín Gallegos Lara

Icen que Mateo ha regresao ar pueblo.

—Ajá, ¿no?

Se lo contaban tal vez malignamente. Pa vesle la cara...

—¿Y a tú qué te paece, Manuela?

—Nada.

—¿Ti acuerdas?

—Tarbés...

La dueña de la chichería no delataba emoción alguna por la vuelta del antiguo amante. Algo sin embargo, muy remoto, muy rápido, en los negrazos ojos, pasó... Ya se habían ido los últimos borrachos. En la calle del pueblo que cerraba los ojos de sombra se apagó un amorfino. Un amorfino de un dejo hondo y largo. Un amorfino aguardentoso:

Mañana me voy pa Quito
a comprar paper sellao
para escribisle una cartita
a la hembrita que mi ha orvidao...

No eran nada las palabras. Lo que en las almas sacudía cosas viejas era esa voz estremecida de temblores de puro que se arrastraba con ganas de llorar. Y Manuela vio venir entonces a Mateo. Saliendo de la noche. De la noche que olía a monte con aguacero.

—¿Ti acuerdas, negra?

—...Claro...

El candil bamboleaba sus trazos amarillos en las cañas violadas de humo. El tufo de kerosén hacía toser a Mateo. Por otra parte sonaban en el silencio los manotazos con que ambos se mataban los mantablancas. Y no hablaron más.

—Ya hei regresao...

Y era todo. El pasado se borraba. Las manos se enlazaron comunicando la vibración caliente. Se buscaron las bocas. Los duros senos de ella entre el vestido colorado se aplastaron contra la cotona de él. Los grillos saltaban en extravagantes *raids*. Un murciélago aleteó. Afuera las ranas tejían un toldo de sonidos sobre la noche de invierno. Las cañas crujieron cuando los dos cuerpos como dos cogollos se doblaron meneándose.

Al día siguiente tenía en la boca todavía el sabor de los besos de él. No sé por qué los asociaba con las ausencias. Le sabían a lo que ella suponía era Guayaquil. ¿...Volverían a unirse? No lo sabía. Después del loco estrechón, ella, limpiándose adentro, con un canto del traje arrugado, lo empujó:

—Andavete... Cuidao con mi mama... Masque vos eres er padre e mi chiquita. Tarbés no le guste...

Y de prisa había cerrado las puertas anchas de la chichería. Que eran el último ojo de claridad en la cara negra del pueblo en sueños.

Dejó la chichería a cuidado de la madre. Pretextando ir a lavar una ropa al estero.

—Yo no m'embromo. No vo a lavar con jabón que se corta en el agua e río. Con cabuya se friega más la ropa es cierto pero es más breve. Ya vengo mama...

Y cruzó con paso veloz las calles donde empezaba a encender la mañana. Lavó de apuro. Agachada en la balsa. Al pie de ella saltaba como un puñado de chispas blancas y brillantes la chautiza. Un raspabalsa crujía abajo. Era una mañana clarísima. Los patos cuervos bailaban en la corriente. A ras de agua partían con un vuelo, derecho, alas inmóviles, y de improviso se sumergían. Distraída acabó de lavar y quiso bañarse. Con una bata sucia por todo traje, habiéndose desvestido sin miedo, cubierta como estaba de las miradas del pueblo por el barranco, entró al estero frío. La bata se le pegó al cuerpo. Era casi transparente. Se veían los gruesos botones de sus pechos levantar su vértice en la cima. Y la negrura de los sobacos y su bajo vientre se llenaban de finas gotitas de agua resplandecientes como chaquiras en terciopelo. De regreso, bañada, fresca, se encontró con él en la plaza. En el banco de la peluquería.

—Anda a la casa... Quiero hablar con vos...

—¿Y tu mama?...

—Ta cocinando adentro. Ven nomás.

La siguió de lejos. Un instante después que hubo entrado penetró él en la chichería.

Ella lo esperaba apoyada de espaldas en el mostrador.

—Mateo vos vas a sejme franco... ¿Piensas vos vorver conmigo?

La limpia mirada de Manuela lo turbó. Buscaba evasivas. Ella fruncía los labios finos. Se pasó la mano apartando un churo de pelo mojado de la frente.

—Anda, contesta... ¿Erej er mesmo di antes? ¿Me quieres tuavía como me lo juraste? ¿Le darás argo a tu hijita? Masque ella no necesita con er favor de Dios, pero siempre er cariño er padre...

Quiso abrazarla. Tendió la mano y le cogió la barbilla. Sonreía sabiendo que ella lo amaba.

—Ve... Tarvez me tenga que largas... Tarvez tamién me quede... Si me quedo claro que me vendré con vos y la chiquita...

Y le metió la mano por el descote, abarcando con ella toda uno de sus pechos, elástico y grande, cuya punta estrujaba despacio. La empujó adentro al cuarto. Los cueros de chivo se mullieron para recibirlos.

Y bruscamente lo supo.

¿Er Mateo? ¿Onde ha llegado ices? A la casita er compadre Bolívar Carrión onde está dende que llegó, con la blanca que trujo der Guaya... El piso se le hizo como el puente de una balandra en el mar —se acordaba de una vez que fue al Morro— y hasta los ojos se le cerraron del mareo. No dijo nada. Quedó pálida tal que si viera al muerto.

—Manuela ¡er desprecio es más mejor! ¡No t'enjurescas y no te apenes! ¡Aguajda!

—¡Ej un perro! ¡Un perro!

Las cejas negrísimas se unían en un solo rasgo duro. Era una mujer hecha; no era una niña. Ni cuando la abandonó la primera vez babía llorado. Supo vender prenditas que le dejó la abuela y puso la chichería con la madre. Se había sabido mantener. No temía. Pero qué odio le causaba el mal hombre.

—¡Se sabe burlar de las mujeres! ¡Se ha reído e muchísimas pobres! ¡A cuenta de güen mozo!

La amiga asentía. Con un ligero ímpetu de deseos en lo íntimo. Con esa aureola de odio que tienen ciertos hombres y que tan fácil es convertir en amor.

—¡Pero mujer!

—¡Figúrate Petita! Yo era una muchacha inocentona, cándida. Y era niña. ¡Er me perdió! Jue en Taura, en la haciendita que tenía er finadito mi agüelo. ¡Qué cangreja jui! Le abría er zaguán toititas las noches... Cuando me nació la chiquita y er viejo quiso hacer bulla jue tasde... Er se largó... Ahora izque se ha traído engañada una pobre blanca... ¡Si ej un perro! ¡Un perro! Y teniendo mujer viene y yo, ¡qué bestia! Mei dejao...

—¿Vos has estao con ér?

—Sí, anoche y todoi...

—Pero ¿por qué? Habiéndote dejao botada antes...

—Pues... ¡Porque lo quiero!

—Güeno don Mateo. Yo, su comadre, quiero tomar esta copita por er santo y por las paces...

—Güeno comadre Petita, sírvete vos eso sí tamién Manuela.

—Salú.

Lo dijeron todos tres y bebieron. Era víspera del santo de Petita.

¿Er puro ta argo juerte, no? Pa mañana téngase unas cuantas damajuanas de chicha. La chicha es mejor.

Así hicieron las paces esa tarde asoleada y clara. Guando ya se venía el verano. Calando el pueblo hervía por correr San Pedro. Se alistaban los parejeros. Había un palo ensebao. Y de Guayaquil había venido un carrusel.

—Va tar güeña la fiesta... ¡Yo vo a correr San Pedro hasta por gusto!

Del patio venía un humo acre. Era humo de las candeladas donde se cocinaba la jora. En el fogón hervía una paila de mazamorra. Y arremangados los brazos arriba del codo ellas dos trabajaban. Cuando Mateo salió, y su albarda fue sonando al compás del trote del caballo por la calle en siesta, las dos mujeres se miraron. Y Manuela dejó caer como una piedra despacio estas palabras:

—¡Y ér que piensa correr San Pedro!

Esperaban el momento de la bulla. No debía tardar. ¡Ah!

—Y ar fin no mi has dicho como jue que te dijo ella que hicieras...

—Cuando jui taha dando e comer a un armadillo... Mizo dentrar pa dentro er cuarto... ¡Había yerbas y olía di una manera! ¡Tenía argo e canillera yo! Más pior cuando vide a la cabecera e la

talanquerita e la vieja una calavera. Y más pior tuavía cuando salió arrastrándose una rabo e güeso di adebajo e la cama... Grité y quise correr recogiéndome las polleras... Pero la vieja mizo alentar.

—Yo nunca hei tao onde una bruja. Jesús Ma...

—Aguajda. Ar fin acabó e darle e comer al armadillo y me dijo: Güeno, hija, ¿vos qué quieres? Que vuerva con vos u hacesle daño. Me quedé entonces quedita. Y le dije: Este... ¿Qués mejor?

—Lo que vos quieras.

—Deme e las dos maneras que yo le pago er doble.

Pa pagaslo hei tenío que vender mi gallo giro er fino y la gallineta americana. Y me enseñó dos porquerías desas...

—¿Y cuáles jueron?

—¡La una: pa traeslo e nuevo es puerquisísima! ¡Me dasta vergüenza!

—Dila hombre, anda. ¿Qué jué?

—No... Pero güeno... Vos eres de confianza... Hay que lavarse todita la cosa y dasle di argún modo esa agua. Y tamién quemar tres pelos de la cabeza, tres der sobaco y tres di abajo... y er porvito u cenicita esa se le echa en chicha u en fresco... Así es que vuerve con una el hombre más emperrao...

—¿Y la otra cosa qué jue?

—Ej argo menos puerco... Pero más piorsísimo... En una botella e puro se pone media libra e tabaco. Se deja ar sereno una noche. Y después se ciesne... Er puro ese...

—Güeno y vos ¿cuál li has dao?

—¿Pa qué jue perro? Lei dao er tabacazo... ¡Pa que se revuerque con más ganas con la blanquita esa!

—¿Y qué le va a pasar?

—Vai a veslo vos mesma...

—¡Manuela! ¡Venga! ¡Venga!

—¿Qué ice ña Chepa?

—Venga a ver ar Mateo. Si ha caído der caballo. Y se ha gorvido loco. T'aullando, pior que perro y revorcándose en er porvo echando espuma por la boca. Venga pronto. En la esquina e la chichería.

Sucio de polvo. Caído de rodillas. Hirsutos sus cuidados rizos de hombre de mujeres. Apagados los ojos. Como vidrios de botella empañados. Riendo a carcajadas estúpidas. Así vio Manuela al Mateo, que un tiempo tuvo en sus brazos.

—Negro, negro ¿qué ti ha pasao?

Ella no sabía cuál era ese arranque. La gente hacía círculos. Causaba cierto horror y no se acercaban a auxiliarlo.

—Pero ve...

—Vayan, avisen pa la casa dér. Onde la blanca...Cruzó ante todos abriéndose paso. Se echó de rodillas junto a él.

—Ahí viene la blanca —decían—.

Qué baba apestosa a mallorca le escurría de los labios. ¡Cómo estaba sucio de tierra! Los ojos vidriosos le bailaban. En medio de un aullido chilló:

—Ajá ¡erej vos so pedazo e puta! Anda a tirar con er perro que tengendró.

Ella le apartó con su fina mano el pelo sudado sobre la frente. Con dulzura exquisita. Inclinó la cabeza y le besó los ojos.

—¡Que venga mi blanca! íganle que la hei visto revorcándose con er mono, pero que no importa... Que venga con er miquito pa que me los lama cuando me la atranque... ¡Mardita sea! ¡Er miquito! ¡Er miquito! Seguía:

—¿Y vos quién eres? ¿Vos eres la Manuela? ¡Ajá perra, anda a la ñoña! Yo toi especha e mujeres... Pero no puedo ser maricón... Apreúntenle ar cura ques maricón si es güeña esa pendejada...

Dijeron:

—La blanca.

Manuela le dejó descansar la cabeza suavemente en el polvo. Y lloró.

El cholo que se vengó

Demetrio Aguilera Malta

—Tei amao como naide ¿sabes vos? Por ti mei hecho marinero y hei viajao por otras tierras... Por ti hei estao a punto e ser criminal y hasta hei abandonao a mi pobre vieja; por ti que me habís engañao y te habís burlao e mí... Pero mei vengao: todo lo que te pasó ya lo sabía yo dende antes. ¡Por eso te dejé ir con ese borracho que hoi te alimenta con golpes a vos y a tus hijos!

La playa se cubría de espuma. Allí el mar azotaba con furor. Y las olas enormes caían, como peces multicolores sobre las piedras. Andrea lo escuchaba en silencio.

—Si hubiera sío otro... ¡Ah! ... Lo hubiera desafiao ar machete a Andrés y lo hubiera matao... Pero no. Er no tenía la curpa. La única curpable eras vos que me habías engañao. Y tú eras la única que debía sufrir así como hei sufrió yo... Una ola como raya inmensa y transparente cayó a sus pies interrumpiéndole. El mar lanzaba gritos ensordecedores. Para oír a Melquíades ella había tenido que acercársele mucho. Por otra parte el frío...

—¿Te acordás de cómo pasó? Yo, lo mesmo que si juera ayer, dábamos chicos; nos habíamos criao juntitos. Tenía que ser lo

que jue. ¿Te acordás? Nos palabriamos, nos íbamos a casar... De repente me llaman pa trabajá en la barsa e don Guayamabe. Y yo, que quería plata, me jui. Tú hasta lloraste creo. Pasó un mes. Yo andaba por er Guayas, con una madera, contento de regresar pronto... Y entonce me lo dijo er Badulaque: vos te habías largao con Andrés. No se sabía nada e ti. ¿Te acordás? El frío era más fuerte. La tarde más oscura. El mar empezaba a calmarse. Las olas llegaban a desmayar suavemente en la orilla. A lo lejos asomaba una vela de balandra.

—Sentí pena y coraje. Hubiera querido matarlo a ér. Pero después vi que lo mejor era vengarme: yo conocía a Andrés. Sabía que con ér solo te esperaban er palo y la miseria. Así que er sería mejor quien me vengaría... ¿Después? Hei trabajao mucho, muchisísimo. Nuei querido saber más de vos. Hei visitao muchas ciudades: hei conocío muchas mujeres. Solo hace un mes me ije: ¡andá a ver tu obra!

El sol se ocultaba tras los manglares verdinegros. Sus rayos fantásticos danzaban sobre el cuerpo de la chola dándole colores raros. Las piedras parecían coger vida. El mar se dijera una llanura de flores polícromas.

—Tei hallao cambiada ¿sabés vos? Estás fea; estás flaca, andás sucia. Ya no vales pa nada. Solo tienes que sufrir viendo cómo te hubiera ido conmigo y cómo estás ahora ¿sabés vos? Y andavete que ya tu marido ha destar esperando la merienda, andavete que si no tendrás hoy una paliza...

La vela de la balandra crecía. Unos alcatraces cruzaban lentamente por el cielo. El mar estaba tranquilo y callado y una sonrisa extraña plegaba los labios del cholo que se vengó.

Los madereros

Joaquín Gallegos Lara

—Ejta madera se la robamos a una viuda pa otra viuda...

—¿Y vos crees que la der tamarindo no se calienta?

—Tarvez...

—Puede pasarnos argo malo... Atacarnos er tigre u llevarnos argún hombre la sarvaje...

Fumaban para hacer humito pues el güitife ardía sobre ellos en densas masas. Y ni ese humo los contenía. Eran las doce. El calor llenaba la montaña de madera de un gran silencio. Pasaron los últimos loros hacia el oeste:

—Guerre... Guerre...

No había una nube en el azul. El río correntoso no reflejaba el cielo. Se veía blanco y estriado por el andar del agua. Los madereros callaron chupando sus cigarros. Tan grande era el silencio a ratos que solo se oía el garraspear de sus uñas en la piel rascándose. O abajo, al pie del playón de vaciante, el brusco chapuzón de algún guanchiche. Con placer contemplaban los dos hombres, tendidos ante ellos en el playón, a sus tiburones de

vientre rojizo —las alfajías—. Lama babosa nacida al beso de las mareas las cubría. En la cáscara se adherían cangrejitos. Y en las puntas, en la herida collar que abre el hacha para sujetarlas, se incrustaban caracoles. Unos delicados caracoles de agua dulce y de lodo.

—Oíte Liberato...

—¿Qué?

—¿Vos viste la marca er tigre?

—La hei visto, Casio... ¿Y vos?

—Yo tamién... ¡Er tigre ese es malo!

—Y ya todos se han fijao en que me pisa la güeya. Y te juro Casio que yo no le tengo miedo... Y sin embargo cuando er tigre le pisa la güeya a uno es porque ese le tiene miedo y ar fin se lo yeva... ¡A mí me va a yevar!

—¡No seas pendejo hombre! ¿No ices que vos no le tienes miedo?

—Pero ar que le pisa la güeya se lo lleva... ¡Y tamién a mí me ha gritao la viuda!

Por entre la pelambre de un verde sombrío de los árboles pasó el fijazo de un sonido. Era un cacho. Al apagarse fue surgiendo muy lento un canto largo. Un canto de amorfino. Cuya letra se perdía, pero cuyo dejo cuando se oye no se borra nunca de los oídos. Porque es tal que el zumbido del güitife o el grito de los aguajes. Y se apaga con el mismo dejo que el chillido del perico ligero.

—¿A vos ti ha llamao la viuda er tamarindo, Liberato?

—Mi ha llamao Caslo... Por mi nombre e Liberato Franco...

Las yuntas desembocaban por la vuelta de la manga. En la pampita del playón. Los peones a caballo cantaban aún. Dirigiendo con sus palancas puntonas el andar de los bueyes. Un rumor sordo de truenos vagos y una polvareda se alzaban tras las alfajías. En medio corría el hilo de chirriar de las toscas ruedas de rodaja de tronco de árbol. Los bueyes gigantes de petral de montaña y pezuñas de hierro tiraban con un impulso continuo de los tiburones de palo, de barriga roja medio descascarada.

—A mí me ha llamao la viuda... A mí er tigre mi ha pisao la güeya...

Todos los zambos eran así. Parecían sacados de las mismas prietas alfajías. Eran de cueros ásperos, curtidos, que solo el pinchazo mínimo del mosco traspasa. Con la yunta que acababa de llegar Liberato y Carlos estaban contentos. Eran figueroas y nigüitos. Arboles que tienen trescientas capas de fibra, viejos —cada capa es un año— viejos hasta haber visto pasar al pie suyo a los huancavilcas.

—Con una yunta más tenemo pa dos barsas... Pasao mañana comenzamo a barquiar...

—¿La una barsa es par Pailón, no?

—Sí, y la otra e nigiiito pa la viuda e por la calle El Oro.

—Hasta mañana e mañana no vorvemo pa dentro. La montaña e noche es medio jodida; mejor es pasar cerca er río...

La gente pasó la tarde acomodando las alfajías para facilitar la próxima barqueada. Cuando uno de aquellos palmeros descansaba en los hombros de ocho morenos, alzado en el aire, nadie respiraba. Se movían cubiertos de sudor, desnudas por completo, a pasos cortos. El peso no los dejaba desligarse bien de la tierra. Hacía volverse a cada uno un retoño. Un retoño clavado por las

dieciséis raíces de sus piernas al tronco del suelo. Y que reptaba como un lento cientopiés.

—Up... Up...

Las gargantas contraídas por la tensión de todo el cuerpo daban un tono especial al grito de ánimo:

—Up... Up...

Y con la rapidez de su peso dinamizado, la alfajía resbalaba sobre las otras alfajías. Con un salto de bufeo. A las cinco refrescó el día. Ya los palos estaban muy abajo en el playón. En orden para el amarre de las balsas. Los hombres se acercaban a la candelada. Uno de ellos cocinaba. Muchos pelaron verdes y los metieron a asar en las brasas. Se sentaron rodeando la olla de la que se elevaba un olor a pescado. Liberato y Carlos vinieron.

—¿Ta ya?

—Vo a servís.

Oscurecía. Una lluvia de tierra parecía caer. O más bien un vaho negro se alzaba de la manga, de los brusqueros, del mismo río.

—Patrón, ta mañana hemos visto ar tigre...

—¿Sí? ¿Onde?

—Tábamo amarrando la yunta... Tarvez quería asustajno los güeyes... Pero yo dende que sentí quedarse callaos a los micos y salir volando una paba e monte le ije a estos: ¡er tigre! Y aunque era e día hicimos una candelada... Lo vimo e lejos... Agazapao. Solo li alumbraban los farolotes en lo oscuro er monte. Intervino otro:

—Benavide ¿y vos creés en lo que icen que le pisa la güeya ar que le tiene miedo y ar fin se lo yeva...? ¿ah?

—Claro, yo luei visto...

—¿Cómo jue?

—A un longo... Un longo medio loco... La viuda er tamarindo lo llamaba...

Carlos dio un salto. Lo mismo que su amigo.

—Tábamo barquiando mangle... Pa abajo. Onde los cholos. Teníamo una ramadita arta. Er nunca quiso dormir abajo. Y er tigre le empezó a poner la pata en la pisada. ¡Dende ahí le cogió un miedo! A la oración no más y taba ya trepao en la ramada.

—¿Y lo llamó la viuda er tamarindo?

—¡Qué va!

Benavides sonrió como quien conoce.

—Yo luei oído...

Acaso todos tenían un escalofrío en el espinazo. Y la oscuridad venciendo ya en su pelea con las latigueantes lenguas del pelo de la candelada. El río era de tinta. Una chaguiz gritó y encima graznó una lechuza. Se lo comía seguro.

—Yo luei oído... Ej una voz tar como e vieja. Medio como er grito er patillo u de las *marías*... Y toítas las nochos no fartaba er grito... Argo como: Juan ven p'acá...

—¿Y ér qué hacía?

—Taba pior. S'enjuermó der miedo. ¡La diarrea lo mataba! Se puso amarillisísimo. Y una noche, víspera e regresar par Guayas er tigre se lo llevó. Di arriba e la ramada mismamente y tando nojotro abajo. Tuavía me paece oír er grito que pegó. ¡Y como había

prendió un candivi er bruto er tigre llevándolo en er jocico! En la cara del hombre espejeaba el fulgor de la candela. El que había cocinado recogió los mates vacíos.

Liberato arrojó lejos un pedazo de verde asado frío y sonrió:

—¿Er murciélago ej er mesmo quer vampiro?

—No, er vampiro es más grande...

—Ven a ver este quei matao. Taba chupándome el dedo grande der pie.

—Entonce es vampiro.

Carlos separó la frazada y se sentó en los cueros de chivo. La luz del candil movía agigantadas a las sombras de los dos y las hilachas colgantes de la paja del techo, sobre el follaje cercano de los nigüitos. Fue hasta su amigo. Se agachó sobre el murciélago.

—¿Luás matao der todo?

—Fíjate. Creo que sí. ¿Ices p'haceslo jumar cigarro, no?

Al ir a tocarlo con un palito el vampiro aleteó y zigzagueó dos saltos. Ellos retrocedieron. Como el bicho estaba cojo se volvió a quedar inmóvil. Como estúpido. Entonces lo amarraron de las dos puntas de las alas, templándolo, con dos zapanes. Liberato extendió su cigarro y antes de que se lo pudiera impedir Carlos lo hizo fumar al murciélago.

—Ah pendejo... Ya te jodiste...

—¿Por qué?

—Li has dao tu cigarro. Y cuando er murciélago juma un cigarro empezao trai esgracia pa er que lo jumó más primero. Ya no les

divertía ver la punta del cigarro dauleño como un carbón encendido. Ni los gestos del bicho.

—Hácele la contra...

—¿Cuar?

—Méatele encima...

Liberato cubrió con el chorro salino a la bestezuela apagando el cigarro. Y no podían dormir.

Amarraron los caballos y los bueyes. Un peón se puso a cuidarlos. Espantaba los tábanos. Y con un bejuco golpeó la yerba para hacer salir las culebras o los gusanos pachones. Los tumbadores empuñaban las hachas, blancas del feroz Filo, no de nuevas. Y comenzó el trabajo. No sudaban todavía. ¡Como hacía tanto fresco! Y los gavilanes de las hachas le daban claras chispas de regalo al sol mañanero. Todos estaban alegres. Al día siguiente navegarían. Y pasado mañana en Guayaquil. Ya se veían en el Malecón por el Conchero. Tomando cerveza en cualquier salón. Porque si bien ellos no despreciaban el puro preferían la cerveza.

—Ajuma meno y hasta alimenta.

Benavides se había cogido con su figueroa medio cortado. Después de poco rato podía gritarles:

—¡A ver! ¿Tan bien puestos los cabos? Va a caer...

Se apartaron expectantes. Del lado que le dictaba su cálculo de maderero viejo el hombrón esgrimió el hacha en los postreros golpes.

—¡Guarda abajo!

Cayó con estrépito impensado. Rozaba follaje contra follaje. Tropezaban las ramas contra las ramas quebrándose con un brutal crujido. Y el trueno grande del tronco que hacía temblar la tierra y repercutía en los ecos de la soledad. Se sentían sordos pero corrían al ramaje. Solían haber huevos de pava o de gallina de monte. O miel de mosquiñaña. Uno vio a tiempo:

—Cuidao los cubos...

Benavides le contestó saltando adelante entre las temibles avispas que se habían alzado zumbando en dorada nube:

—¡Yo dentro: qué ñoña! ¡Pero la miel es mía!

—Si es quiai...

Otro saltó también:

—Ajá. Ya sé por qué dentras sin miedo: sabes la contra: morderse la punta e la lengua...

Con las cotonas espantaron a los cubos. Pero no había miel.

Delante del ramaje del nigüito caído le nació la idea. ¡Verán que podía!

—¡Ah! ¡Pa eso soy hombre!

Un arranque y:

—¿Y si es verdás? ¿Si toi maliao? ¿Si er murciélago y la viuda er tamarindo y la pisada e la güeya? ¿Y si toi pa morís núes lo mesmo en la ramada que acá?... Güeno pue; suejte u tripa...

Con el machete cortó la rama. Una rama de nigüito derecha como la voluntad. La peló y gozó en palparla. Era un trazo blanco. Una palanca redondita, no muy gruesa, en cuya punta amarró, con

recios zapanes del mismo árbol, su tetillera, fino relámpago de acero.

—Vo a sacajte Taima... Pa que vayas a ecisle a la viuda er tamarindo que me cago en ella y en la perra que la jaló e las patas...

Se había quedado atrás de las yuntas, esa tarde. Montado en su rosillo-parejero. Carlos le había visto la palanca hecha lanza:

—¿Qué vaj a hacer? No te quede atrás...

—Vos verás. No tengas cuidao...

Y el socio que atornillaba superticiones contra Liberato sonreía cuando se quedó atrás mascando insultos contra el tigre.

¿Cuánto tiempo lo esperó? No sabía: perdió la cuenta de las horas. Le tenía el caballo puesto de cazonete. Amarrado pastando por allí. Y él —sin arma de fuego— lo acechaba a poca distancia. Porque le había nacido en el pecho un odio feroz contra esa bestia que lo insultaba. Que le hacía la afrenta de llamarlo cobarde pisándole la huella. Estaba inquieto; el corazón le pateaba, cierto; pero eso no era miedo. Si tuviera miedo no lo esperara. La mano le sudaba trincando el pescuezo liso de la palanca. La apretaba de tal modo que parecía querer hacerle sangre o asfixiarla.

Una hora de mediodía. Las dos y media. Las tres acaso. Los animales callaban hacía rato; tal vez del calor, tal vez del tigre cercano. En un brusquero de raíces. Con manchas de sol filtrado, encima, se agazapaba Liberato Franco esperando a su enemigo. Lo consideraba como a un hombre. Como a un hombre odiado —el que nos roba la mujer por ejemplo—. Se entretuvo: vio por un hueco un chorro de hormigas guataracas. En una pocita de

agua saltaban peje-sapos. Una ardilla lo miró con sus ojos dulces, en medio de la carrera, y de pronto quedó inmóvil. Único indicio. En seguida vio los dos globos glaucos y fosforescentes frente al caballo. Metidos en el suelo casi. Foco a poco distinguió su contorno gracioso de gato grande. Divisó el rabo que como un bejuco silencioso brincaba resortescamente sobre los flancos. Así tendido, bajo, bajo, se alargaba hasta verse larguísimo.

—¡Langaruto!

Liberato también tenía los ojos con luz. El cuerpo tenso. Y la palanca que en el minuto aquel alucinado vio tan blanca y luminosa como cualquiera de los rayos de sol filtrado del ramaje, estaba recta, quieta. ¡Ah! Estaba seguro de su pulso. No lo perdía de vista. Iodos sus poros atendían y se alistaban limpiamente. El corazón le bailaba terribles pasillos. Se le había subido al pescuezo: allí lo sentía; pero ¿qué importa que salte el corazón si el cuerpo está quedito? Lo malo era que el tigre podía oír los saltos del corazón. Porque en verdad era una pelota: ¡cómo brincaba! Llegó el tigre al límite del brusquero y se detuvo. Pasó una ráfaga tumbando ramas secas y frutas de pan viejas. Soplaba del tigre al hombre. No del hombre al tigre. Era favorable. Y después decían que la viuda del tamarindo lo había llamado. Si ella lo odiara soplaría viento contrario con el abanico de sus toquillas. ¡Qué lindo era el pecho de la bestia! ¡Blanco como el Guayas al mediodía! ¡Parecía de cola de garza! ¡Y le esponjaba tan fuerte como el suyo!

—Si a vos te nada er cuero a mí tamién —se susurraba Liberato.

Lo demás fue breve. Saltó simultáneo al tigre porque lo tenía así de cufiado. Al tigre le falló el salto —¡hasta bruto era!— y en lugar de caer en el anca cayó al lado rasgando solo apenas al caballo.

Miró el tigre al hombre pero no tenía tiempo de calcular bien. Le saltó encima fallando de nuevo. Los dos empujes se unieron matemáticamente. Y se fue toda la tetillera fulminante —él creyó que se ahogaba en el rugido— y se fue adentro con ella una cuarta de la punta de la palanca. Liberato sudaba frío y se figuraba que de un momento a otro iba a escupir el corazón. El parejero rosillo con el tigre cruzado al anca —el mismo tigre que lo había hecho relinchar de espanto y encabritarse y corcovear— dejó una polvareda en las vueltas de la manga.

—¡A Benavide, por ahi viene ño Liberato!

—¡No juegue hombre! Ño Liberato ta en la barriga er ti...

Cuando Liberato saltó del parejero y desamarró el cuerpo del tigre, haciéndolo caer como saco de papas, todos lo rodearon.

—¿Vieron? ¿Vieron? Er murciélago se jumó mi pucho e cigarro y er tigre er pucho e mi lanza... Jue a ér quien le gritó la viuda er tamarindo y yo quien le pisó la giieya... Ja, ja, ja, ja...

Se sentía alegre tras el susto pasado.

—Y sepan cará, que yo no creo en brujerías. ¡Ahi ta!

Benavides decía a uno de sus compañeros junto a las balsas ya preparadas y viendo reír al hombre:

—Ejte ej un montuvio der tiempo pasao...

El cholo que se fue pa Guayaquil

Demetrio Aguilera Malta

—Guayaquil...

Tal que voz de mujer amada y lejana. Tal que machetazo que parte el corazón. Tal que cosa deseada e inalcanzable. Le brincaba en el oído y en el alma. Le hacía penosa la vida. Le hacía odiar las islas, las canoas y el mar.

—Guayaquil...

Le bían hablao de la gran ciudad. Dizque era enorme. Enormísima. Diz que tenía casas de todos los colores. Llenas de gente. Dizque auque lloviera —los crestianos usaban unas cosas raras pa taparse— naide se mojaba. Dizque llegaban a ella —quién sabe de dónde— barcos negros. Que echaban humo. Como cigarros que fumara la boca de dientes innumerables del río Guayas...

—¡Guayaquil!...

Le bían hablao de sus mujeres y de sus hombres. Las mujeres buenas y bonitas. De pechos macizos y caderas elásticas. Los hombres bravos y fuertes. Leales y generosos.

—¡Ah! ¡Guayaquil!... ¡Guayaquil!...

Y...

Cuando menos lo pensaba. Cuando la vida monótona y triste de las islas lo bía atrapao —tar que una atarraya hecha con cuerdas de acero—. Cuando un horizonte gris y uniforme le bía tirao humo o comején en los ojos y tucosde mangle en el alma. Cuando bía orvidao que ar buen crestiano... Sobre el estero. Iras de la última vuelta. Surgió una balandra, la *Mercedes Orgelina*. Y la vela creció. Se hizo golpes de realidad en el tórax perla del ambiente. Se empinó en mangle copudo. Los demás se agacharon. Hubo frío. Unas cuantas sinbocas corrieron asustadas.

En la balandra salió Tomás Leiton. Dejó —con un gesto de pena— las viejas islas verdes grises. Se enroscó a su garganta la rabo de hueso de la angustia. Tuvo miedo. Quiso gritar. Deseó arrojarse por la borda. Hundirse en el mar. En ráfaga de recuerdo se le apretó el corazón...

Pero... Allá... En su cerebro primitivo. La guitarra del deseo. La eterna canción. —¡Guayaquil!... ¡Guayaquil!...

Y llegó. La visión de balandras innúmeras —millar de agujas tejiendo el blanco vestido de las nubes— fue su primera visión. Tal que un borracho se arrastró por la orilla. Con pasos vacilantes. Fastidiado. Porque se sentía un extraño. Porque le molestaba el terno planchado y recién puesto. Porque le dolían las botas indomables que antes no había llevado nunca. Y se llenó de dolor cuando se comparó con lo que le rodeaba. Y se sintió pequeño y miserable. Indigno de esas mujeres y de esos hombres que soñó, sobre un brusquero de ñangas enredadas.

Pero —cholo al fin— se decidió. No volvería más a las islas. Quedaríase en la ciudad. Trabajaría como un burro. De noche y de día. En cualquier cosa. Y pudiera ser... Como ar crestiano...

Y trabajó. Haciendo de todo... Cargando en la plaza. Vendiendo carbón. Sacando leña. Se le vio en la orilla y en el centro. Subiendo y bajando a las casas de los blancos. Sin detenerse nunca. Sin amigos y sin amores. Encerrado siempre en sí mismo.

¡Ah! ¡Guayaquil! Cómo se le adentraba. Cómo se le metía en todo el cuerpo y en toda el alma. Deleitábase en contemplar sus calles y sus edificios. Emborrachábase de placer ante los millares de ojos vivos de las lámparas eléctricas. Mascaba en silencio —tal que sabroso manjar— el aire, el ambiente. Chupaba tal que el mejor puro de Daule una mirada de mujer o el cielo de una tarde de verano. ¡Ah! ¡Guayaquil!

Y él, que poseyó con la brutalidad de su carne insatisfecha. Él, que fue bravo y fuerte como nadie. Él, Tomás Leiton. El cholo de los músculos de acero. El cholo dominador de olas bravas y de catanudos en celo... Él... Un buen día lloró... ¡Maldita la vida!

¡Ah! Pero es que le había pasado lo que a nadie. Lo que no podía pasar ya más. Él, Tomás Leiton, se había enamorado de Guayaquil. Y se había enamorado como de una hembra. Como de la más bella hembra que hubiera conocido...

Deseaba poseerla. En una posesión extraña y estúpida. Ser dueño de ella. Dominarla. Golpearla si fuera preciso. Y, al darse cuenta de lo imposible, al darse cuenta de que eso no llegaría jamás... Se hizo a la vela. Se lanzó al mar.

Ar buen crestiano... Cómo le sonaba a ridículo y a hueco la frase humilde. Ar buen crestiano... ¡Ja, ja, ja!... Adentro —no sabía dónde— pero adentro de él mismo. Cómo le bailaba el recuerdo. Cómo le mordía la angustia.

¡Ah! ¡Guayaquil! ¡Guayaquil!...

El tren

Enrique Gil Gilbert

I

Ellos los veían trabajar todos los días. Eran hombres venidos de la ciudad y gringos de sombrero alón, pantalones de montar y pipa en la boca. Iban a ver cómo trabajaban. Pasaban horas y más horas contemplando cómo rompían la tierra con sus picos o echaban cascajo encima del relleno para poner unos palos acostados.

—Es el tren que va a venir.

Explicaban. De entre ellos algunos, que habían estado por arriba, lo conocían. Era un carro enorme que corría más duro que un parejero y parecía animal. Arrastraba rabiatados un porción de carros. A veces gritaba «como un chico llorón». Cuando avanzaba sobre los rieles —contaban los que lo conocían— nada respetaba. Por allá arriba había matado cuanto chivo y borrego encontraba. ¡Y nadie les pagaba nada! Así decían. Los otros escuchaban absortos. Pero los gringos decían que iban a traer la civilización. ¿La civilización? ¿Y qué sería eso? Todos discernían y cada cual emitía su opinión.

—¡Er tren! ¡Er tren!

Ya sabían el nombre. Por lo pronto era bastante. Los que sabían algo explicaban a los que recién venían, atraídos por la novedad.

Y los picos seguían rompiendo. Habían traído unos aparatos... ¡«más fregaos»...! Eran unos tubos que los ponían sobre unas cosas de tres patas, largas como gallaretas. Por ahí aguaitaban... ¿Qué verían? ¡Ah! Pablillo había visto. Era para aguaitar unos palos colorados y blancos que los ponían para verlos. Pablillo se reía de los gringos. ¿No tendrían qué hacer? ¿O serían locos? ¿O brujos? Una vez se le había ocurrido aguaitar y un gringo alto le había dado un sopla mocos que no le dejó más ganas. Solamente de lejitos iba a ver.

II

—¿Qué te parece a vos?

—Pa mí questo ni me va ni me viene...

—¿No te han quitao nada e tu terreno?

—He oído argo de eso. Izque lo van a aspropiadás.

—Despropiadás, hombre.

—Güeno, yo qué sé.

—A mí ya me hicieron eso.

—¿Ajá y cómo jue?

—Vinieron cuatro gringos con un pilo e blancos...

—Ajá.

Y me pereguntaron cómo me llamaba.

—¿Pa qué?

—Yo qué sé... Y yo les dije... Que a quien le había comprao esto... Yo les dije que era e mi mesmo taita ya finao, que mi dejunto agüelo se lo había dejao, que me lo había dejao pa mí, que era eredasión...

—¡Qué preguntones!

—Después, que qué más tenía... Yo les dije que mi mujer y mis hijos y se rieron toditos... Entonces me digieron que qué animales y qué propiedás... Tuve que decisjles todito... ¡Se pusieron a hablar y habla que habla! Después di un ratisísimo salieron dándome unos papeles y diciéndome que estaba despropiedao y que cobrara en la gobernación. Si yo no quiero vender —les dije, porque eso era lo que más mejor arroz me daba. Si es pa bien de ustedes, me digieron y se jueron sin hacesme caso. Lo necesitamo, dijo un gringo y se jue dejándome con los papeles.

—¡Gringos desgraciaos! Abusan porque son gringos.

—Sí, compadre.

—Si viera lo trabajosísimo quésj er papel pa cobrá. Si hay que pagar un pilo e cosas pa podés cobrá.

—Así son: cobran pa pagar.

—¿Y todo eso pa que venga un tren con cevilización?

—¿Y cómo será eso?

—Dende ahora que a mí no me gusta.

—Como ha empezao...

III

Pasó algún tiempo. Los trabajos avanzaban. Las expropiaciones continuaban y el tren no venía. Habían colocado las líneas. Al fin un día dijeron que ya iba a llegar.

—¡Ya viene! ¡Ya viene!

Salían todas las mañanas a mirar por si acaso viniera. Pero no venía. Un día... Vinieron unos señores elegantemente vestidos con un cura y bastantes señoras. Hubo fiesta.

—La inauguración —les explicaron—.

—La naguración —se decían unos a otros—. Esto es la naguración... Y se quedaban como si no les hubiesen dicho nada.

Pero a los pocos días ya no trabajaban. Las mujeres pusieron el grito en el cielo. Ya no había trabajadores sedientos que consumieran la chicha preparada por ellas. Ya iba a llegar el tren. Una curiosidad por ver algo que no habían visto se apoderó de todos poseyéndolos con furia.

Seguían desgranándose los días y el tren no venía. La espera había engendrado la duda y estaba a punto de nacer la incredulidad. ¿Cuándo vendría? Salían a ver cómo las paralelas a modo de dos largos brazos de un ladrón desconocido se tendían sobre los terrenos que les habían obligado a vender. Contemplaban el sendero interminable con una angustia tonta. Se preocupaban más de lo que debían por conocer aquella máquina. Era una espera igual a la de los chicos en la nochebuena.

—¡Ya viene! ¡Ya viene!

Se oyó un rugido espantoso. Los terneros balaron y huyeron. Los toros se miraron espantados. Las vacas quedaron clavadas en el pasto. Los caballos tras un relincho galoparon. Los chanchos gruñeron de susto. A las serpientes se las vio pasar rápidas, como una lengua que lamiera, asustadas, asustando a la gente. Los hombres sintieron el temor innato que se siente ante lo desconocido. El rugido furioso apostrofó el silencio de la montaña cultivada. El carro de hierro, negro, inmenso, arrollador, pasó tosiendo bulla y estornudando humo.

—Cuánta gente si ha tragao...

Todos sintieron la caricia de viento que dejaba tras de sí. Los viejos contemplaban con los ojos desorbitados tamaña cosa.

—¡Eso esj cosa er diablo!

Cuando pasaron el tren y el estupor vieron...

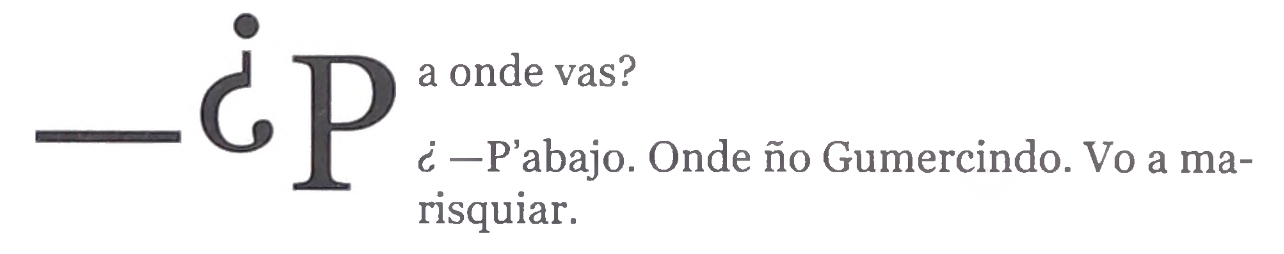
...Querían ver con serenidad... Y no querían creer lo que veían..

Al fin... Como saliendo de un sueño... Un harapo... Un estropajo, un despojo... ¿No sería la defecación del monstruo? Se acercaron más y más. Un hombre se adelantó. Tocó: estaba ensangrentado. Era carne. Carne humana. ¡Por Dios! ¿Podía ser? Era un muchacho. ¿Cómo estaba allí?

—¡Pablito! —gritó una mujer— ¡Pablito, mijito! ¡Mira a tu mama!... ¡Oy!... ¡Pablito!...

El cholo de las pata e mulas

Demetrio Aguilera Malta



—¿Pa onde vas?

¿ —P'abajo. Onde ño Gumercindo. Vo a marisquiar.

—Ajá. Mordía el viento —tal que un tiburón— el rostro prieto de ambos. Las canoas se unían. Grito de mar latigueaba de lejos el ambiente. Los mangles se dirían una extraña fila de centauros.

—Todoy hei cogío la atarraya. Y no hei hecho nada. Paece que las lisas me huyeran. Ademá son tan chocorronitas.

—¿Entonce?

—Ej que vo a marisquiar. Vo a coger pata e muía. Me gusta más que la concha prieta y er mejillón. Estas son muy pequeñas. Con ellas no hay pa parar la olla. Si no se coge batantísimo.

—Ajá.

Gritaba una vaca de agua. Roncaba un tambulero. Sobre el agua —tal que lagartos innumerables— salían las figuras sepia grises de los bajos.

—Ta bien, pué. Ta luego.

—Taluego.

Agil. Tal que lisa de pechiche. Brincaba la canoa. Domando las olas atrevidas. Desafiando al viento y desafiando al sol. Pensó: ¿Y si le huyeran las pata e muías? ¿Y si abriendo sus valvas poderosas se arrastraran sobre la arena de los bajos? ¿Y si su canalete y su ojo avizor no lograran nada en la búsqueda afanosa? Río. Pata e mula. Pobre animal pegado —sin estarlo— al sitio donde nació. Imponente animal. Solitario animal. Fruto de inmovilidad del árbol extravagante del barranco... Pata e mula.

Onde ño Gumercindo, con la marea baja. Cuando el viento sopla menos y es más transparente el mar. Cuando salen los cangrejos a celebrar sus raras fiestas nupciales. Cuando los ostiones se ponen tristes. Cuando los mangles inclinan sus frondas venerables. Tal que si pensaran. Onde ño Gumercindo.

—¿Qué es de la Nica?

—Ta planchando.

—Ajá.

La Nica. La chola amada... Recordábala. Prieta, dura, hermosa. Cómo le brincaban los senos y las nalgas. Daban ganas de morderla. ¡Ah! ¡La Nica! ¡La Nica! Y como la Nica taba planchando... Volvió a su canoa y empezó a bogar...

Muy a la orilla. Pa que no se espantasen. Silenciosamente. Su vista de flecha punteaba la superficie del agua. Sorbía el horizonte marino. Tal que una taza de café. Y al divisar a la pata e muía, lanzábale el canalete. Y después —hundiendo la mano bajo el agua— la sacaba.—¡Ah! Pero la Nica...

Y —sin poderse contener— volvió. Onde ño Gumercindo. Oscurecía. Se empinaban los mangles. Callábanse las islas. Mordía el anciano sol —con sus últimos dientes dorados— la ensalada extraña del estero.

—¿Qué es de la Nica?

—Ta ocupaa po arriba.

—Ajá.

—¿Querés decirle argo?

Se turbó.

—No... No... Solo quería ejarle ejta pata e muía quei cogío.

—Ajá.

Elevó:

—Nicaaa... Nicaaa...

—Mandeee...

—Aquí ta Mamertooo...

—Ajá. ¿Comotá don Mamerto?

Tenía rabia. Rabia contra sí mismo. ¿Por qué era tan bestia? ¿Por qué? Oscurecía... Mardita sea... Oscurecía más y más. Las manchas grises de los árboles confundíanse en las manchas grises de las nubes. Gris el cielo. Gris el agua. Todo gris.

Y esa noche —sobre el cuerito e venao— recordó: Claro. De la Nica. Biala conocío po arriba. Una vez que barquiaban madera. Y

la bía conocío bañándose. Desnudita. Medio oculta por un brusquero de ñangas. Se bía acercao. Despacito. Conteniendo la respiración. Tar que un borracho. ¡Ah! Cómo era de linda la Nica. Cómo le bailaba toitita la carne. Cómo al echarse agua con un matecito parecía irse pa dentro el estero. Hubiera deseado saltar. Brincarle encima. Tirarse sobre ella y sobre el mar. Pulsarla como guitarra de carne. Hacerla vibrar. Hacerla sonar. Pero allá. A diez pasos de distancia taba er viejo. Que jalaba er fierro como naide. Que lo hubiera clavao ahi mesmo en er mangle. Y esto quizá le hubiera importao poco. Pero... ¿Y si la Nica le cogía odio? ¿Si solo iba a gozar de ella un momentito? ¿Por qué puej entonce no esperar? Día llegaría...

Y esperó. Esperó varios años. Desnudándola con los ojos cada vez que la veía. Sorbiendo un poco del aire que ella sorbía. Ardiendo bajo el sol que a ella quemaba. La bía rinconao varias voces. La bía dicho:

—Nica ¿sabés vos?

—¿Qué?

—Yo te quiero.

—Ajá. ¿Y qué?

La miraba intensamente. La cogía de un brazo. Trataba de besarla.

—No, no. Suérteme.

—Es que...

—No. No me diga naa.

—Pero Nica.

—No sea así don Mamerto.

¡Mamerto! ¡Mardito nombre! ¿Por qué se lo bían puesto? ¡Mamerto! ¡Sonaba a salivazo! ¡Mamerto!

—Ta bien pué, Nica.

—¿De deveras don Mamerto?

Y nunca. Nunca lo dejó terminar. Esa mañana el otro lo despertó.

—¿No sabés vos?

—¿Qué?

—Que la Nica se ha largao...

—¿Largao?

Fue como si le machetearan el cráneo. La sangre le brincó. Todo le dio vueltas.

—¡Largao!...

¡Ah! Si fueran las mujeres tar que pata e muías. Que les coge er primero que las desea. ¡Ah! Si fueran tar que pata e muías. Sobre todo pa ér. Pa ér que las divisaba dende lejos. Que solo tenía que meter la mano en el agua. Mamerto: pobre cholo amasao con tragos de aguardiente.

El cholo que se castró

Demetrio Aguilera Malta

I

—Tenés que ser mía...

—No.

—¿No?... Ja, ja... Ta bien...

Saltó —tal que un mono— sobre cubierta. Corrió. Hacia la proa. Desapareció entre los dedos fríos de la noche negra. Sonaba el mar sus castañuelas. Gritaba el viento, tal que un roncador. Chirriaban las maderas soñolientas.

—Tenés que ser mía...

Ah. Lo vio otra vez. Con algo en la mano. Algo como una blanca lengua luminosa.

—¡Desgaciao!

La lengua se hizo roja. Una extraña lengua que avanzó por la ramada. Que se prendió en la cubierta. Que se arrimó a las velas y a los mástiles. Que se irguió desafiante sobre la soledad del mar.

—¡Desgraciao! Le habís pegao fuego...

La arrinconó. En la popa. Casi envueltos en el vestido rojo de las llamas. Ella gritó. Corrió. Trató de arrojarse por la borda. Pero... El *desgraciao* se acercó más. El *desgraciao* la cogió. La apretó a su cuerpo. El *desgraciao* le clavó dos ojos que eran dos machetazos...

—Tenés que ser mía...

Por odio —casi a pesar suyo— por odio le escupió en el rostro la palabra cortante:

—No.

—¿No? Ja, ja... Ta bien...

El humo la ahogaba. El humo la hacía perder noción de todo. Tornábale fiesta nupcial, la llamarada de muerte. Los brazos de él entre tanto la acogían propicios y potentes. Las llamas extendían sus labios rojos para besar sus cuerpos duros de mangle.

Saltó con ella al mar. Tal que bufeo nadó. Brincó sobre las crestas de las aguas violentas. Puso en sus labios la risa irónica del domador. Pensó en los tiburones, en los catanudos, en las tintoreras. Rio. Miró a la chola inconsciente que su nervudo brazo sostenía. Rio otra vez.

—Tenés que ser mía...

La balandra incendiada era apenas un punto luminoso en el horizonte.

Ya en la playa la chola volvió en sí. La miró intensamente. Profundamente. Sonrió.

—¡Desgraciao!

—Tenés que ser mía... ¿No verdá?

La chola se acomodó mejor en la arena de la orilla.

Y...

Nicasio Yagual, hombre joven y fuerte. Nicasio Yagual, domador de mujeres y canoas. De atarrayas y tiburones. Nicasio Yagual saludó a la mañana con la clarinada de su risa triunfal. Nicasio Yagual tenía sed.

II

Tirado en el cuero de venado. Con dolor de recuerdo. Lo que no tuvo nunca. El pasado —tal que luz en neblina— se arrinconaba en su pobre cerebro. El pasado... El mar reía. Los mangles se empinaban. Las tijeretas parecían querer cortar el vientre de la mañana indolente. Ah. El pasado...

¿Cómo fue? Pue, dende chico... La canoa. La canoa rápida. Incansable. Tendida como una caricia al horizonte. El olor a pescao. El vestido de humo. La zarpa luminosa del sol. Fiesta de arroz y de lisas en el cotidiano devenir. Agitación de nada que se alarga en los esteros... Encanto de inconsciencia. Ceguera triunfal de no iniciación en los secretos de la carne. Y un día... Fruta en sazón al fin, el latigazo de esa carne. El temblor de la caricia ignota. La mujer, la primera canoa de verdad. Para el violento estero de la vida.

Fue su prima. Que un día arrinconó en una ñanga. Que un día abrazó brutalmente. Que un día tumbó sobre la playa. Tras un

jirón de rocas soñolientas. Tal que un machetazo sonó un grito. Unas chaparras corrieron asustadas. El viento se llevó el secreto. El secreto ya propio de Nicasio Yagual.

Pero una tarde. En el mismo rincón acogedor. Con la prima fragante. Bajo un sol de caricia. Surgió el viejo de ella. Y —claro— saltaron los machetes. Florecieron en relámpagos. Chocaron. Gritaron. Rugieron.

—¡Desgraciao! Tenés que casarte...

—No seas... No mei de casar con naide...

—Ya veremo e que te cuerguen las tripas...

—Ja, ja...

La chola vibraba como un machete de carne. Las ñangas se empujaban. Las rocas parecían caminar.

Porque le abrió el cráneo al viejo. Porque lo buscaron por todas partes. Porque le dijeron que de noche el muerto lo andaba buscando en los manglares solitarios. Nicasio Yagual se fue po arriba.

Ah. Po arriba... En visión de relámpago, se vio sobre potros y sobre mujeres. Tirando el lazo y el machete. Desyerbando al arroz u ordeñando al ganado. Más hombre que siempre y que nunca.

—Pero...

¡Mardita sea! La mujer der patrón. La blanca fuerte y joven, lo mareó. Pal que el mejor guarapo del río Daule. Y como ella no lo quería. Como ella ni siquiera lo miraba. Como ella lo trataba

con desprecio... Esperó... Días, meses, años... Pero al fin —una tarde— el patrón le dijo:

—Nico acompaña a la señora: va para «Dos Revesas».

—Ta bien patrón.

Iban en silencio. Muy juntos y muy despacio. Atravesando los enormes matorrales. Viendo de vez en vez la negra veta del carbón en formación. Espantando los puyones fastidiosos. Faltaba algo todavía. Acaso una hora o más. Él —de pronto— habló.

—Patrona...

—¿Qué? Hombre.

—Usté es linda.

La blanca lo miró. Se echó a reír.

—¿De veras?

Él agachó la cabeza. Y casi entre dientes:

—Por usté... Todito... Dende la vida...

Ella rió más. Los caballos aligeraban. Los tamarindos venerables parecían escucharlos y ofrecían sombra amiga...

No recordaba bien... Acaso él intentó poseerla. Acaso ella protestó. Acaso él la tiró del caballo. Acaso la golpeó. La golpeó demasiado. Acaso alguien le hizo daño después... Acaso. Pero. Lo cierto es que lo buscaron. Para matarlo. Para guardarlo en la cárcel. Para quién sabe qué. Porque a la blanca la encontraron medio muerta. Bajo la sombra amiga de un enorme tamarindo.

III

Tal su pasado. Su pasado de don Juan de las islas. ¿Ahora? La tranquilidad. La paz. El refugio bienhechor del cuerito e venao. El silencio. La más preciada voz del que luchó. Pescaría. Cogería lisas y parbos, roncadores y chaparras, corvinas y cazones. Tendería las redes —en abrazo brutal— sobre la carne móvil de las aguas vibrantes. Donde nació moriría. Su amada cano —en marcha veloz— llevaríalo a los recovecos más oscuros de las ñangas. Ah. Nicasio Yagual...

Pero... ¡Mardita sea! De po arriba. Nacida ríos adentro. Extraña. Brava. Dominadora. Riéndose de mujeres y de hombres... Llegó una mujer. La Peralta... Que diz que manejaba el fierro como naide. Que diz que se había comido a varios. A varios de po arriba.

Y —es claro— Nicasio Yagual brincó. Olvidó sus pescados y sus redes. Su silencio y su paz. Exploró —con ojo avizor— la selva monocorde de las ñangas. Se introdujo tal que anzuelo de angustia en las agallas grises de las islas.

Y la encontró. Sola. En su canoa de pechiche. Tal que una aparición. Regadora de cromos y de ruidos. Pegábale el viento los vestidos tenues al cuerpo triunfal. Los pechos saltones parecían sonreír. Las caderas opulentas tenían desdenes de dominación,

—¿Querés que te acompañe?

—No.

Las canoas se unían. Aunque ella tratara de evitarlo.

—¿Quién eres vos?

—Nicasio Yagual.

—Ah. ¿Nicasio Yagual? ¿Er que ha fregao a too er mundo por este lado?

—Sí.

Lo miró intensamente. Explorándolo.

—Bueno. Ta bien. Me largo...

—No. No te largas.

—¿No? Cuidao.

—¿Cuidao qué?

—Te va a pasar lo que ar defunto Banchón...

—¿Qué le pasó?

—Lo encontraron muerto en su canoa.

—¿Dedeveras? Ta bien... Pero no te vas.

—¿No me voy? Ya verás...

Se echó a pique. Rápida. Violenta. En su mano vibró el fierro. Ágil y luminoso.

—¿No me largo?

—No. No te largas... Pero espérate. Quiero ecirte argo...

Se acercó. Casi a tocarla. Le miró en los ojos.

—¿Sabés vos? Tú manejas er fierro mu bien. Yo lo mesmo. Hagamo un trato. Démono ar fierro. Y si tú ganas hacés lo que quieras conmigo. Si yo gano serás mía.

La chola a su vez rió.

—Ta bien...

Se abrieron. Los pies en los bordes de las canoas agitadas. Con algo de sol en los ojos y de viento en los brazos... Los machetes arrojaron serpentinas de fuego. Tal que extrañas campanas latiguearon el ambiente con sus sones.

—Vas a probar Nicasio Yagual... Vas a ver cómo es una hembra e po arriba...

—Sí. De que te tenga en mi tordo. Y te haga gritar...

—Ja, ja... Te vo a quitar lo que te cuelga...

—¿De verdá? ¿Y entonce qué dejas pa vos?

—¡Desgraciao! Tápate este gorpe...

—Yastá.

Rojos los cuerpos vibrantes y los machetes brincadores. Rojo el cielo. Rojo el mar. Rojo el sol.

De pronto Nicasio se hizo atrás. Ella saltó. Le echó el machetazo. Pero perdió el equilibrio. Sintió un golpe en la frente. Todo le dio vueltas. Cayó... Volvió en sí. Tirada estaba al plan de la canoa. Nicasio al pie de ella la miraba. Casi inconsciente se tocó la cabeza. Nicasio rió.

—No hay nada. Solo fue un planazo.

La Peralta medio se levantó.

—Me habís ganao... Yastá... Me quedo.

Nicasio la miró. Se inclinó. Le cogió los brazos: Y con una voz extraña. Un saber cómo. Tal que borracho.

—¿Sabés vos? Tei ganao... Pero te vas... Yo hei ffegao a too er mundo. Mei tirao a las mujeres quei querío. Hei macheteado a too er que se atravesó en mi camino... ¿Pero vos? Yo quiero que te largues... No quiero verte más.

La chola lo miró asombrada. No. No me voy. Me iré con vos... Onde quieras... Pa lo que quieras... Nicasio saltó. Bogó. Bogó. Bogó con rabia. Sin mirar hacia atrás... Los mangles se reían a carcajadas. Y las olas diminutas y perleras tenían un gesto irónico al paso de la canoa triunfante...

Pensó. ¿Qué sería? Dábale asco a él mismo. ¿Por qué no la tumbó como a tantas otras? ¿Por qué no le sorbió media vida sobre los pechos macizos y los muslos elásticos? Ah.

Algo le gritaba adentro, no sabía dónde. Algo le volvía un estúpido. Lo amarraba a la imagen de esa mujer. Lo inmovilizaba en la prieta canoa de pechiche. Lo hacía rodar como una ola más entre la fiesta de las olas chilladoras. Lo hacía huir ante la Peralta que lo andaba buscando... Y es que sabía que —para él— esa no era lo mismo que las otras. Que la deseaba de una manera distinta. Con deseo perenne, extraño. Un deseo que no tuvo jamás... Pero... La Peralta lo arrinconó en un brusquero de ñangas. Se le acercó temblorosa. Aunque el otro quiso huir...

—¿Qué te pasa Nicasio Yagual? ¿Acaso te han capao?

—No. Lo que pasa es que no me gustas...

—¿No te gusto?

Con gesto violento se rompió el vestido. Y se acercó más... Nicasio cerró los ojos. Vio remolinos de soles... Tembló. Pero. Sintió que un cuerpo ardiente y duro lo arropaba como una llamarada. Hizo un esfuerzo más. Quiso apartarla. Inconsciente golpeó. Pero... Sintió una mano atrevida que le exploraba partes íntimas... sintió que su carne le hacía traición. Sintió que los soles se le adherían por todo el cuerpo... Incendiándolo... Y no pudo más... Abrió los ojos...

—Ta bien, pue.

Se dijera que los mangles bailaban en la orilla. Las canoas parecían ayudar.

Pensó...

Él era bueno. Ahora que se buscaba a sí mismo —sin saberlo— lo había conocido. Creía en Dios, en la Virgen, en todos los santos... Creía que se iría al infierno... Claro... Así le había enseñao su padre... Y así había de ser... Pero había algo que lo había mandado. Que lo había obligado a ser malo. A volverse un tiburón del mar de la vida. A matar hombres y a fregar mujeres. Intentó rebelarse muchas veces. Pero todo fue en vano. Ese algo lo dominaba, lo poseía, lo arrastraba... Ah. Pero se vengaría... Se imaginó a esos cerdos que pérdida su potencia viril, solo piensan en comer y dormir.

—Ja, ja, ja...

Se vengaría.

La mañana vibrante y luminosa. El sol como una mano de oro tocando en las guitarras blancas de las nubes... Un cholo en la playa. Y un machete en la mano del cholo... De pronto hay un relámpago. Hilos rojos tejen enredaderas de angustia en el

inmenso vientre de la orilla... El cholo corre con su trofeo inútil en la mano...

Corre.

Corre.

Corre.

Hasta que vacila y cae...

Una jaiba se acerca perezosamente. Un camarón brujo parece reír. Allá a lo lejos silba —con su aleta cortante como un puñal de carne— la tintorera audaz. La Peralta ha encontrado el cadáver mutilado de Nicasio Yagual. Y no comprende —ni podrá comprender nunca— la tragedia del pobre cholo que se castró.

La salvaje

Joaquín Gallegos Lara

¡La salvaje! Viviña tenía ganas de conocerla. Se burlaba de todas las historias sin creerlas. Esta le daba el atractivo del incitante sensual: la salvaje raptaba a los hombres. Se los llevaba al monte. A tenerlos de maridos. ¡Los otros cuentos eran nada! El descabezao. La gallina e los cien pollos. ¡El ventarrón der diablo! ¡Bah! No temía a los muertos. En cuanto a los vivos los había probado. Cuando peleó con Toribio al machete. Por un pañuelo e la Chaba. Le rompió las costillas y delante de todos que gritaban:

—¡Cójanlo! ¡Cójanlo!

Lamió la negra hoja cubierta de coágulos. Su ociosidad lo hacía vaguear. Acostumbraba irse a domir al monte. Y se iba a Güerta Mardita. Sin importarle una guaba la penación del moreno que estaba allí enterrado con la mujer y los hijos, a los que mató. Los que la cruzaban de noche decían que oían salir gemidos de bajo la tierra. Viviña oía únicamente el silbido del machete del viento tumbando ramas viejas y matas de plátano secas. Las congas haciendo huecos en los palos podridos. Y la noche caminando.

Oía tanto de la salvaje. Muchos guapos le confesaron:

—Si juese más alentao... Palabra que me iba pa dentro a buscasla...

La describían con una mezcla de temor y de procacidad:

—¡Es güeña caracho! Izque le relampaguean los ojos pior que ar tigre. ¡Tiene unos pechotes! Y es peludisísima. Pero er crestiano varón que cae en sus manos no vuerve más nunca pa lo poblao. Y ej imposible seguisla er rastro: tiene los pieses viraos ar revés...

Viviña se reía por dentro y contestaba:

—Ajá.

Y un día se marchó al monte. Compró unas chancletas serranas de cabuya. Se ciñó el crucerito. Y caminó p arriba por las huertas interminables. Atravesó sabanas y bejuqueros. Rodeó las últimas haciendas. Hizo tres jornadas comiendo frutas, ardillas y conejos; bebiendo agua arenosa de los ríos. Dormía enhorquetado en los árboles altos. Buscando los que no son vidriosos para no ir a derrumbarse en medio sueño. La obsesión de la salvaje lo seguía. De día nerviosamente la buscaba tras todos los brusqueros. O metida en el hueco del tronco de los gigantescos higuerones. De noche soñó dos voces con ella. Velluda y lasciva. Con su carne prieta que imaginaba igual a la leña rojiza de los figueroas. Tan vivamente soñó que al despertar —poniendo un poco en ello de su burla de siempre— se acarició solitario.

—Bará que se mi ha parao. ¿Qué haría la sarvaje trancada con este pedacito?

Con furia. Como en el tiempo en que se metía debajo de la escalera a aguaitar bajo las faldas de sus hermanas. Cuando era muchacho. El árbol se estremeció. Cuando Viviña se sintió marear

—«Ar fin casi es lo mesmo que er sapo de ellas...», —una lechuza graznó. Follaje arriba su cabeza.

Al cuarto día cruzó un río. Ríoverde —pensó—. Era un canalón de verano. De invierno se llenaba. Ahora estaba medio de agua lamosa. Cubierto de una capa de baba pestilente. Del otro lado estaba la montaña. Bejuco. Bejuco. ¡Qué arbolazos! Y el silencio negro debajo. Viviña había estado allí sacando madera. Pero no solo. ¡Ahora le pareció un brusquero enorme y cerrado! Donde no le daban muchas ganas de penetrar,

—¡Ahí tarvez ta la sarvaje!

Se quedó en la orilla de Ríoverde. Poda su vida se acordaría de la tarde que pasó allí. Sentado en un tronco caído. En una playita. El silencio le daba miedo. La quietud del brusquero gigante tras el cual había quién sabe qué... Toda la gente tan lejos. El agua verde acostada con los brazos abiertos. Se aclimataba al prodigio... o enloquecía. ¿Con quién hablar?

De noche oyó rugir al tigre. La bestia lo olía. Viviña lo olió también. A verraco. A perro sarnoso. A meao podrido. En casa ajena no se hace bulla. Y allí se estuvo. Quedito. Sin palabras. Con la lengua seca y la boca salada. El matapalo de muchos troncos era espeso y rumoroso. Quizás eso lo salvó. El tigre se contentó con un mono. Un mono alto, alto, que estaba agazapado más abajo de Viviña. Un mono igual a un negro. De barbas temblorosas. Y que del miedo gemía como un niño. Saltó el tigre. El bultazo rompió el ramaje. Le pareció grande como un chumbóte o un burro. A la madrugada lo despertaron gritos de pájaros que no conocía. Empezaba a temer la montaña. Cuando clareó bajó al suelo a beber. El agua inmunda le dio asco. No había otra cosa. ¡Y el susto da sed!

¿Y la salvaje? Nada. Cada vez creía más que todo era un cuento. Rompió el bejuco a machete. Se cansó. Pisaba con temor la hojarasca: «por siaca una rabo e güeso...». Avanzaría sin abrir camino. Deslizando su cuerpo ágil. Entre las enrevesadas atarrayas vegetales. Desayunó zapotes que sabían a verba. Comió guabas y cauges. Al mediodía de un garrotazo mató un armadillo. Encendió una candelada y lo asó en su misma concha. Pensó que no pasaría otra noche como la anterior expuesto al capricho del tigre. Encendería fuego y pasaría despierto.

¿Cómo se durmió en tierra? ¿Vino el sueño del olor agreste de las frondosidades de los árboles desconocidos? ¿Fue solo el cansancio? Allí estaba. Caído como un tronco más. Rotas las raíces. Tumbado de espaldas en las hojas secas. Inmóvil. Y al despertar...

¡La salvaje!

Unos brazos. ¡Qué brazos duros y blandos a la vez, como el caucho! Una boca. Un caimito succionante y pegoso, que chupaba activo y de repente cesaba; se dejaba; parecía nada más ya que la pulpa dulce de una rara guanábana sin pepas. Y un peso encima. Se iba dando cuenta. Los pechos —era verdad lo que contaban— eran redondos y tibios. A Viviña le recordaban los de una longa criada en el pueblo y que fue suya. Se notó echado de espaldas. Apoyados los riñones en una raíz de higuerón. Ese vientre en movimiento. Y la sensación chupante y ruda del centro de esos muslos que lo envolvían con avideces de culebra.

Y vino el mareo del amor.Pero entre esas caricias cada instante más multiplicadas y feroces, que en el extremo vibrátil de su ser le dolían y las gozaba, ¿qué sentía? ¡Ah! ¿Por qué? Los brazos amantes le apretaban el cuello. Se ahogaba. Había tenido todo

el rato los dos ojos de «ella» negros y llenos de luz llameante frente a los suyos. En la angustia los vio borrarse y perderse en el apretón.

—No. Suerta... No.

Las palabras no sonaron. Tabletearon como martillazos dentro de su cerebro. Ya no se defendió. Ella encima, cálida, lo envolvía. Se le entretejía con brazos y piernas. Por los besos entraba en él el jugo de la montaña. Y todo, todo, se le volvió confuso, turbio. Menos la palabra extendida, inacabable, que le retumbaba dentro:

—¡La salvaje!

NOTAS:

[1] La edición de *Los que se van* de 1930 estaba precedida por una aclaración y un epígrafe que nos ha parecido pertinente incluirlos al final de esta selección:

Este libro no es un haz de egoísmos.
Tiene tres autores: no tiene tres partes.
Es una sola cosa.
Pretende que unida sea la obra
como fue unido el ensueño que la creó.
Ha nacido de la marcha fraterna de
nuestros tres espíritus. Nada más.

Los autores.

Los que se van

Porque se va el montuvio. Los hombres ya no
son los mismos. Ha cambiado el viejo corazón
de la raza morena enemiga del blanco.
La victrola en el monte apaga el amorfino. Tal
un aguaje largo los arrastra el destino.
Los montuvios se van p abajo der barranco.

Joaquín Gallegos Lara

[2] La edición de 1930 usaba la conjunción copulativa «i» (latina). «Montubio» (del latín: «montis», del monte; y del griego: «bios», vida). De la Cuadra la hizo derivar del latín «vita» y la transformó en «Montuvio».

José de la Cuadra

Los Sangurimas (1934)

Fragmentos

Primera parte

El tronco añoso

Capítulo I:

El origen

Nicasio Sangurima, el abuelo, era de raza blanca, casi puro. Solía decir:

—Es que yo soy hijo de gringo.

Tenía el pelo azambado, revuelto en rizos prietos, corno si por la cabeza le corriera siempre un travieso ciclón; pero era cabello de hebra fina, de un suave color flavo, como el de las mieles maduras.

—Pelo como el fideo «cabello de ángel» que venden en las pulperías, amigo. ¡Cosa linda!

Las canas estaban ausentes de esa mata de hilos ensortijados. Por ahí, en esa ausencia, denotaba su presencia remota la raza de África.

Pero don Nicasio lo entendía de otra manera:

—¿Pa qué canas? Las tuve de chico. Ahora no. Yo soy de madera incorruptible. Guachapelí, a lo menos.

Tras los párpados abotagados, enrojecidos, los ojos rasgados de don Nicasio mostrábanse realmente hermosos. La pupila era verdosa, cristalina, con el tono tierno de los primeros brotes

de la caña de azúcar. O como la hierba recién nacida en los mángales.

Esos ojos miraban con una lenta dulzura. Plácidos y felices.

Cuando joven, cierta vez, en Santo Domingo de los Colorados, una india bruja le había dicho a don Nicasio:

—Tienes ojos pa un hechizo.

Don Nicasio repetía eso, verdadero o falso, que le dijera la india bruja, a quien fuera a buscar para que lo curara de un mal secreto.

Se envanecía:

—Aquí donde me ven, postrado, jodido, sin casi poder levantarme de la hamaca, cuando mozo hacía daño... Le clavaba los ojos a una mujer, y ya estaba... No le quedaba más que templarse en el catre... ¡Hacía raya, amigo!... Me agarraron miedo... ¡Qué monilla del cacao!... Yo era pa peor...

Donde mejor se advertía la raza blanca de don Nicasio era en el tinte de la tez y en la línea regular del perfil.

A pesar del sol y de los vientos quemadores, su piel conservaba un fondo de albura, apreciable bajo las costras de manchosidad, como es apreciable, en los turbios de las aguas lodosas, el fondo limpio de arena.

Y su perfil se volteaba en un ángulo poco menos que recto, sobre la nariz vascónica al nivel de la frente elevada.

—Es que soy hijo de gringo, pues; ¿no creen?

—¿Y cómo se llama Sangurima, entonces, ño Nicasio? Sangurima es nombre montuvio; no es nombre gringo. Los gringos se mientan Juay, se mientan Jones; pero Sangurima, no.

—Es que ustedes no saben. Claro, claro. Pero es que yo llevo el apelativo de mi mama. Mi mama era Sangurima. De los Sangurimas de Balao.

Gente de bragueta

—Gente brava, amigo. Los tenían bien puestos donde deben de estar. Con los Sangurimas no se jugaba naidien.

Fijaba en el vacío la mirada de los ojos alagartados, melancólicos, como trayendo un recuerdo perdido.

E insistía:

—Gente de bragueta, amigo. No aflojaban el machete ni pa dormir. Y por cualquier cosita, ¡vaina afuera!

Imitaba el gesto vagamente.

—Eran del partido de García Moreno. Siempre andaban de aquí pa allá con el doctor. Cuando la guerra con los paisas de Colombia ahí estuvieron.

Los amores del gringo

Si ño Nicasio estaba de buen humor, se extendía en largas charlas acerca de los amores de su padre con su madre:

—Mi mama era, pues, doncella cuando vino el gringo de mi padre y le empezó a tender el ala. A mi mama dizque no le gustaba; pero el gringo era fregado, y no soltaba el anzuelo...

—Su señora mamá querría no más, ño Nicasio. Así son las mujeres, que se hacen las remolonas pa interesar al hombre.

—Mi mama no era así don cojudo. Mi mama era, de otro palo. De a de veras no quería. Pero usté sabe que la mujer es frágil.

—Así es, ño Nicasio. No monte a caballo.

Pe este jaez continuaba la narración, interrumpida por las observaciones del interlocutor, que colmaban de rabia al anciano.

A lo que este contaba, el gringo aquel de su padre apretó tanto el nudo que al fin consiguió lo que pretendía.

—Y ahí fue que me hicieron a mí. Y bien hecho, como usté me verá.

—Así es, don Sangurima.

—Claro que así es.

—Claro.

Cuna sangrienta

—Pero ahí no paró la vaina... Cuando mi papá aprovechó de mi mama, ninguno de mis tíos Sangurimas estaban en la finca. ¡Andaban de montoneros con no sé qué general!... Eran igualitos a mi hijo Ufrasio... Al primero que vino, le fueron con el cuento.

—¿Y qué pasó?

—Nada. Mi tío Sangurima se calentó. Buscó al gringo y lo mató. Mi mama no dijo esta boca es mía. Nací yo. Cuando nací, mi mama me atendió como pudo. Pero, en cuanto se alzó de la cama, fue a ver a mi tío. Lo topó solo. Se acomodó bien. Le tiró un machetazo por la espalda y le abrió la cabeza como coco. Nada más.

—¡Barajo, qué alma!

—Así es, amigo. Los Sangurimas somos así.

—¿Y no siguió más el asunto?

—Habrá seguido; pero el papas de mi mama se metió de por medio, y ahí acabó el negocio... Porque lo que el papas de mi mama mandaba, era la ley de Dios...

Capítulo II:

Leyendas

De ño Nicasio se referían cosas extravagantes y truculentas. En las cocinas de las casas montuvias, a la hora del café vespertino, tras la merienda, contábanse acerca de él historias temerosas. Los madereros de los desmontes aledaños encontraban en los presuntos hechos del viejo Sangurima tema harto para sus charlas, reunidos en torno a la fogata, entre el tiempo que va de la hora de la comida a la hora de acostarse, cara al cielo, sobre la tierra talada. Los canoeros, bajadores de fruta desde las haciendas arribeñas, al acercarse a la zona habitada por los Sangurimas, comenzaban imprescindiblemente a relatar las leyendas del abuelo. Pero donde más se trataba de él era en los velorios...

Amistad de ultratumba

El cadáver estaba tendido sobre la estera desflecada, más corta que el cuerpo muerto, cuyas extremidades alargadas sobresalían en las cañas desnudas del piso. Reposando en la estera que antes

le sirviera de lecho, el difunto esperaba, con una apropiada tranquilidad de ultratumba, la canoa donde sería embarcado para el gran viaje. El ataúd lo construían abajo, en el portal, unos cuantos amigos, dirigidos por el maestro carpintero del pueblo vecino. Circulaban por la sala las botellas de mallorca, para sorber a pico.

Decía una vieja, comentando la broma de uno de los asistentes:

—¡Vea que don Sofronio es bien este pues!

Con eso significaba una multitud de adjetivos.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Bien este pues...

Otra vieja, tras la profunda chupada del cigarro dauleño, sabroso como un pan, musitaba, aludiendo al muerto pacífico:

—Veo como se ha muerto, pues, ño Victorino...

Terciaba otra vieja:

—¡Lo que sernos!...

Se generalizaba la conversación.

—¡Tan fregado que era ño Victorino!

—Así es, pues.

—Y ahora, con la cara josca...

—Es que la muerte enfunde respeto.

—Así es, pues.

La viuda, llorosa, intervenía:

—¡Lo que le gustaba al difuntito el agua de coco!

—¿De veras?

—Sí. Antes de morir, pocos días no más, hizo que Juan le bajara una palma. El finadito mismo quería subir... Ahora, a la palma le ha caído gusano. Giraba otra vez la charla hacia la seriedad de la muerte.

—¡Y vean ustedes! ¿Saben lo que hizo Sangurima, el viejo, una vez en Pechichal Chico?

—No.

—Cuente.

—¿Qué hizo?

—Se le había muerto un compadre, Ceferino Pintado; ¿se acuerdan?

—¡Ah! ¿Ceferino? ¿Ese que decían que vivía con la misma mama?

—Ese... Era bien amigo con ño Sangurima... Juntos se emborrachaban.

—Claro; un día, en Chilintomo...

—No interrumpas. Deja que cuente ña Petita. Ña Petita proseguía:

—La tarde que se murió Ceferino llegó al velorio ño Sangurima. Estábamos en el velorio bastantísima gente. Porque Pintado, a pesar de lo malo que era, era bien amiguero. Y llegó ño Sangurima. «Salgan pa ajuera, que quiero estar solo con mi compadre», dijo. Y agarramos y salimos. Se quedó adentro en la sala y cerró las puertas. Entonces oímos que se empezaba a reír y a hablar despacito. Pero eso es nada. De repente oímos que Ceferino también hablaba y se reía. No entendíamos nada.

Bajamos todititos corriendo, asustados. De abajo preguntamos: «¿Qué pasa, ño Sangurima?». Él se asomó a la ventana. Tenía al lado al muerto, abrazado. El viejo nos decía: «No sean flojos. Suban nomás. Ya voy a ponerlo en la caja otra vez a mi compadre. Estábamos despidiéndonos. Pero ya se regresó adonde Dios lo ha colocado. Vengan pa explicarles cómo es eso. Hay pa reírse». Subimos, ño Sangurima abrió las puertas. Cuando entramos, Ceferino estaba en su canoa. En la cara tenía una mueca como si todavía se estuviera riendo... ño Sangurima se despidió de él, apretándole la mano: «Hasta la vista, compadre. ¡Que te vaya bien!». Tiró por su caballo y se fue... Yo me creo que estaba jumo...

—Jumo estaría.

Alguno de los contertulios murmuraba:

—La que estaría juma sería ña Petita. Ahora mismo el mallorca la ha mariado.

—Así es, pues.

El capitán Jaén

No faltaba quien narrara de seguida otra historia del viejo:

—Pero la que dizque hizo en Quevedo, no la hizo jumo. Bueno y sano estaba.

—¿Cómo fue esa?

—No Sangurima era liga del capitán Jaén, ¿se acuerdan?; y la montonera de Venancio Ramos tenía preso en un brusquero lejísimo a Jaén. Querían matarlo, porque Jaén era de la Rural y les metía a los montoneros la ley de fuga como a los comevaca.

—¡Bien hombre, Jaén! ¿No?

—Ahá... El viejo Sangurima supo y rezó la oración del Justo Juez. «Ya verán cómo se les afloja Jaén», dijo. Después sacó el revólver y disparó al aire. Se rió. «Esta bala le ha llegado al corazón al pelado Ramos»... Al otro día llegó a Quevedo el capitán Jaén... «¿Cómo te zafaste, Jaén?». «Ahí verán, pues, ni yo mismo sé». «¿Y qué es del pelado Venancio?». «Gusanera. Una bala que salió del monte lo mató». No Sangurima preguntó: «¿Dónde le pegó la bala?». «En la noble, me creo que el corazón habrá sido». No Sangurima se golpeó la barriga de gusto. «Todavía tengo buena puntería, carajo», dijo.

De esta laya eran las historias que se referían en torno a la persona de ño Sangurima.

Capítulo III:

El Pacto Satánico

Los montuvios juraban que ño Nicasio tenía firmado pacto con el diablo.

— ¿De veras?

— Claro.

_ Eso sucedía en un tiempo antiguo. Ahora ya no pasa.

— Pero es que ustedes no saben. Ño Nicasio es viejísimo.

— ¿Más que la sarna?

—¡No arrempuje!... Pero más que el matapalo grande de los Solises.

— ¡Ah!...

Alguno aludía hasta al instrumento del pacto:

— Mi abuelo, que fue sembrador de ño Sangurima en la hacienda, lo vido. Estaba hecho en un cuero de ternero que no había nacido por donde es de nacer.

— ¿Cómo?

— Sí, de un ternero sacado abriéndole la barriga a la vaca preñada... Ahí estaba... Escrito con sangre humana.

— ¿De Ño Nicasio?

— No, de una doncella menstruada.

— ¡Ah!

— ¿Y dónde lo tiene guardado el documento?

— En un ataúd. En el cementerio del Salitre, dicen. Enterrado.

— ¿Y por qué, ah?

— El diablo no puede entrar al cementerio. Es sagrado. Y no le puede cobrar a ño Sangurima. Ño Sangurima se ríe del diablo. Cuando va por su alma, le dice: «Trae el documento pa pagarte». Y el diablo se muerde el rabo de rabia, porque no puede entrar al camposanto a coger el documento. Pero se desquita haciendo vivir a ño Sangurima. Ño Sangurima quiere morirse pa descansar. Ha vivido más que ningún hombre de estos lados. El diablo no lo deja morir. Así se desquita el diablo...

—Pero ño Sangurima está muerto por dentro, dicen.

—Así ha de ser, seguro.

El precio

Algún curioso interrogaría sobre el precio de la venta.

—¿Y cuánto le dio el Pática a ño Sangurima por el alma?

—¡Uy! Tierra, plata, vacas, mujeres... Cualquier montuvio viejo intervendría, entonces:

—Ustedes conocen cómo es ahora la hacienda de ño Sangurima: «La Hondura». Vega en la orilla, no más. Pa dentro, barranco alto todito. Terreno pa invernar. Lomiales. Más antes no era así.

—¿Y cómo era?

—Mi padre contaba que, cuando él era mozo, eso no era más que un tembladeral grandísimo. Por eso la mentaban «La Hondura», que le ha quedado de nombre.

—¡Ah!...

—Cuando ño Sangurima se aconchabó con el Malo, compró el tembladeral... ¿saben en cuánto?...: en veinte pesos... Pa disimular, él dice ahora que se lo dejó la mama... Pero no es así... Y en seguida empezó a secarse el pantano y a brotar tierra sólita... mismamente como cuando cría carne en una herida. ¿Han visto?

—¡Barajo!

—Fue por arte del diablo.

—Así tiene, pues, que ser.

—Dizque cuando se muera ño Sangurima, se hundirá la tierra de nuevo, y saldrá el agua, que está debajo no más, esperando.

—Así ha de ser, pues.

—Así ha de ser.

El entierro

Había otra leyenda de riquezas llegadas por causas extraordinarias. Aquí se trataba de un entierro que ño Nicasio habría descubierto.

—Claro que fue cosa del diablo también, como todo.

—¿Y cómo fue eso?

—Verán. De que ya firmó el pacto malo, ño Sangurima podía hablar con los muertos. Vido un día que en una mancha de guadúa ardía una llama. Entonces fue y le dijo a la candela: «¿Qué se te ofrece?» La llama se hizo un hombre y le dijo: «Yo soy el mentado Riguberto Zambrano, que viví por estos lados hace un mundo de años. Tengo una plata guardada, que es para vos. Sácala». No Sangurima dijo que bueno, y le preguntó que qué había que hacer. El muerto le pidió que le mandara a decir las treinta misas de San Gregorio y las tres de la Santísima Trinidad. No Sangurima se conformó. «¿Y qué más señor difunto?», le averiguó. Y entonces fue lo gordo. El mala-visión le dijo que para sacar el entierro había que regar la tierra encima con sangre de un niño de tres meses que no hubieran bautizado.

—¿Y qué hizo ño Sangurima?

—Se puso a buscar un chico así. Dizque le decía a la gente: «Adiós, véndanmelo, yo les pago bien. Más que por un caballo de paso». Pero la gente no quiso.

—Claro. Entonces ño Sangurima dizque agarró y dijo: «Tengo que hacerlo yo mismo al chico». Él no tenía ni hijos ni mujer todavía. Estaba mocito, dicen.

—Ahá.

—Entonces fue y se sacó a la melada Jesús Torres, que era muchacha virgen, y la hizo parir. Parió un chico mismamente.

Y cuando el chico tuvo tres meses, ño Sangurima lo llevó donde estaba el entierro. Le clavó un cuchillo a la criatura, regó la tierra y sacó afuera el platal del difunto. Dizque era un platal grandísimo, en plata goda...

—¡Ah!

—¿Y la melada Jesús Torres, qué hizo?

—Cuando supo se volvió loca, pues. La llevaron a Guayaquil. En el manicomio murió, hace años.

—¿Cuántos?

El narrador quedaríase pensativo. Voltearía en blanco los ojos. Y balbuciría, a la postre:

—Según mis cábulas, a lo menos cien...

El más crédulo de sus oyentes fijaría el colofón indispensable:

—Así ha de ser, pues.

Capítulo IV:

Rectificaciones

Cuando se le averiguaba a ño Nicasio Sangurima por la melada Jesús Torres, advertíase en su rostro un gesto de contrariedad.

—A usté le han contado alguna pendejada, amigo. Yo no sé qué tienen los montuvios pa ser tan hablantines. De veras les taparía

la boca, como a los esteros pa coger pescado. Igualito. Todo andaría más mejor.

Sonreía limpiamente, con un mohín pueril.

—Y vea usté. Algo hay de cierto en eso. Pero no como dicen.

—¿Y qué hay de cierto, ño Nicasio?

—Yo me saqué a la melada Jesús, que era hija de un padrino mío de por aquí mismo no más, y le hice un hijo. El chico era enfermón bastante. Una noche le dio un aparato como que se iba a quedar muerto. Yo lo agarré y corrí pa llevarlo a la casa de mi compadre José Jurado, que era curandero. En el camino estiró la pata el angelito, y así fue que lo regresé donde la mama. La melada que vido al chico muerto, lo mancornó y no quiso soltarlo. Dos días lo tuvo apretado. No había como quitárselo. El muertecito ya apestaba y tuvimos que zafárselo a la fuerza. Entonces la nielada se puso a gritar: «Dame a mi hijo», que no había quién la parara... Se estuvo gritando un tiempísimo... Y así fue que se volvió loca. Yo la mandé a Guayaquil, al manicomio «Lorenzo Ponce». Ahí rindió sus cuentas con Dios a los tres años de eso.

—Ah...

— Y vea, amigo, lo que cuenta la gente inventora...

—Así es, ño Sangurima.

Mazorca de hijos

El viejo Sangurima se había casado tres veces. Sus dos primeras mujeres murieron mucho tiempo atrás. La última vivía aún, inválida, chochando, encerrada en un cuarto de la casa grande de

«La Hondura». Además, don Nicasio se había amancebado un sinnúmero de veces, y tenía hijos suyos por todas partes. En los alrededores y hasta muy lejos.

—Hasta en Guayaquil tengo hijos. Es pa que no se acaben los Sangurimas. ¡Buena sangre, amigo! ¡Gente de bragueta, con las cosas puestas en su sitio!

—¿Y cuántos hijos mismo tiene, don Nicasio? Si estaba a mano una mazorca de maíz, la mostraba al preguntón.

—Cuente los granos, amigo. ¿Ya los contó? Ese número.

—Barajo, don Nicasio.

Hábitos fúnebres

Don Nicasio conservaba una respetuosa memoria de sus esposas fallecidas.

No había querido utilizar para sus cadáveres cementerio alguno.

—¿Por qué, ño Nicasio?

—¡Las pobrecitas! Ahí que hay tanta gente, a la hora del Juicio, ¿cómo iban a encontrar sus huesamentas? Ellas, que no servían pa nada, ¡cómo iban a poder valerse! Yo tendré que ayudarlas. Probablemente por aquello del auxilio futuro, las tuvo un tiempo enterradas en una colina de «La Hondura», cerca de la casa grande. Luego exhumó los cadáveres y metió los huesos en cajitas adecuadas. Las dos cajitas que contenían los despojos de sus mujeres, las guardaba debajo de su cama, al lado del ataúd vacío que se había hecho fabricar expresamente para él.

Cada fecha aniversaria de la muerte de alguna de ellas, extraía los restos, y los limpiaba con alcohol. En esta labor lo ayudó mientras pudo su tercera mujer. El ataúd que se reservaba para él, estaba labrado en madera de amarillo, y era muy elegante. Lo mantenía aforrado de periódicos.

—De que me muera, no voy a fregar a naidien con apuros. Debajo de la cama tengo la canoa. La sacan, me embarcan, y hasta la vuelta. Es lo mejor. Cuando aseaba las cajas de restos, aseaba también el ataúd con un delicado esmero, y cambiaba el forro de periódicos.

Apariciones

Aseguraban los Sangurimas que sus dos mujeres muertas se le aparecían, de noche, saliendo de sus cajones, y que se acostaban en paz, la una de un lado, la otra del otro, en la cama, junto al hombre que fuera de ambas.

—Oigo chocar sus huesos, fríos, fríos. Y me hablan. Me hacen conversación.

—¿Y no le da miedo, don Nicasio?

—Uno le tendrá miedo a lo que no conoce, pero a lo que se conoce, no. ¡Qué miedo les voy a tener a mis mujeres! No dirá usté que no las conozco hasta donde más adentro se puede... Me acuerdo de cómo eran en vida. Y las sobajeo... ¡Lo malo es que donde antes estaba lo gordo, ahora no tienen más que huesos, las pobres!...

Capítulo V:

El río

La hacienda de los Sangurimas era uno de los más grandes latifundios del agro montuvio. Ni su propietario conocía su verdadera extensión.

—¿Por qué no la ha hecho medir, ño Nicasio? —le preguntaba alguno de la ciudad, ignorante de ciertas supersticiones campesinas.

—¡Y pa qué! Yo en eso, amigo, soy como el samborondeño «come bollo maduro»... Lo que se mide, se muere o se acaba. Es presagio pa terminarse.

—¡Ah!...

En una línea de leguas, «La Hondura» se alargaba sobre el río de los Mameyes. Esa ribera podía considerarse como el frente de la hacienda. El río de los Mameyes es muy poco navegable por embarcaciones de algún calado. Se hace menester, para surcarlo, disponer de canoas de fondo plano y ancho, fuertemente resistentes, de madera gruesa y dura, para que soporte los choques frecuentes con las piedras del lecho y con los barrancos macizos. El río de los Mameyes viene de la altura, rompiendo cauce bravamente. La tierra se le opone; pero él sigue adelante, hacia abajo, en busca del mar. A través de una serie de confluencias, lanza al fin sus aguas, por el Guayas, al golfo de Guayaquil, en el océano Pacífico. En la región de «La Hondura», ya en zona costeña, el río de los Mameyes no pierde todavía sus ímpetus de avenida serrana. Se enreda en revesas y en correntadas. Va por rápidos peligrosísimos. Forma cataratas y saltos anchos. Se encañona. Curva, volviendo sobre su rumbo. Sus ondas caían,

en cierto tramo. No obstante, con alguna habilidad se logra recorrerlos de la casa de la hacienda para abajo, hacia Guayaquil. Los baquianos dicen:

—Es que el que sabe, sabe. Lo mismo pasa con los potros. Si uno no sabe montar, lo tumba el animal. Pero, si sabe montar, no lo tumba. Así mismo es el río. Hay que saber cómo se lo monta. El río de los Mameyes debe más vidas de hombres y animales que otro río cualquiera del litoral ecuatoriano. Durante las altas crecientes, se ven pasar velozmente, aguas abajo, cadáveres humanos, inflados, moraduzcos, y restos de perros, de terneros, de vacas y caballos ahogados. En cierta época del año, para los llenos del Carnaval y la Semana Santa, sobre todo, se ven también cadáveres de nos, de jaguares, de osos frente-blanca y más alimañas de selva subtropical. Sin duda, para entonces, el río de los Mameyes hincha sus cabeceras y se desparrama sobre la selva jana, haciendo destrozos. El río de los Mameyes sabe una canción muy bonita y la va cantando constantemente. Al principio, encanta al escucharla. Luego, fastidia. A larga termina uno por acostumbrarse a ella, hasta casi no darse cuenta de que se le está oyendo. Esta canción la hacen sus aguas al rozar los pedruscos profundos. Parece que esa canción tuviera dulces palabras, que el río musitando...

Viejos amores

Los montuvios relatan una leyenda muy pintoresca acerca de esa canción del agua. En tal leyenda figura una princesa india, enamorada de un blanco, probablemente de un conquistador español. A lo que se entiende, la princesa se entregó a su amante, el cual la abandonó. La pobre india llora todavía ausencias del dueño. Por supuesto, esta leyenda no es peculiar del río de los

Mameyes. En otros ríos de la costa, se cuentan leyendas parecidas. Seguramente, todas estas narraciones no son sino variantes de una sola, con alguna base cierta, cuya exacta ubicación de origen no se encontrará ya más.

Tierra pródiga

A «La Hondura» la cruzan varios riachuelos y pequeños esteros, que se alimentan uno de otro, concluyendo todos por afluir al río de los Mameyes. Gracias a esta irrigación natural, los terrenos de la finca son de una fertilidad asombrosa. Creeríase que se tratara de tierra virgen, donde jamás se hubiera ensayado cultivo alguno y donde las vegetaciones espontáneas se vinieran sucediendo, desde los días remotos, la una encima de la otra. Hay trozos de montaña cerrada, donde abunda la caza mayor. Hay grandes cuarteles para ganado. Huertas de cacao y de café. Sembríos de plátanos. Frutaledas. Y arrozales.

El árbol del muerto

Don Nicasio Sangurima acostumbraba decir, con un íntimo orgullo:

—En «La Hondura» hay partes pa sembrarlo todo. Hace uno un hueco, mete una piedra, y sale un árbol de piedras. Se reía.

—Una vez que enterraron en un bajial a un muerto, al día siguiente lo encontraron parado.

—¿Habría resucitado, tal vez?

—No; se había hecho árbol...

Tornaba a reír.

—El árbol del muerto... ¿No han oído decir? No es un árbol como los otros. Se hizo de un cuerpo difunto. Está ahí, a la vuelta de los porotillos de Poza Prieta. Aquí, a dos horas...

Capítulo VI:

Acuerdos familiares

El caserío de «La Hondura» era nutrido y apretado. Más de una docena de casas tamañas de madera, techadas de zinc, rodeaban el caserón mayor de la hacienda, el cual estaba habitado por el viejo Sangurima. En cada una de aquellas vivía la familia de uno de los hijos legítimos de ño Nicasio, quienes habían sido dieciséis en total. Los demás hijos, si residían también en «La Hondura», habían construido sus moradas por los sitios distantes. Se entendía tácitamente que el habitar cerca del abuelo Sangurima era como un derecho reservado a sus parientes de sangre que legalmente lo fueran.

Empero, se sabía de antemano que todos los hijos, de cualquier calidad, tocarían a la herencia de la tierra. Ño Sangurima había dividido por anticipado la finca en tantas parcelas cuantos hijos tenía. Nada de testamento. La orden, no más, transmitida de palabra al hijo mayor —Ventura Sangurima—, que era un sesentón.

—Papeles, ¿pa qué? Si estuviera vivo mi hijo abogado, bueno. Pero, de no... Este hijo doctor había muerto tiempo atrás en circunstancias horribles.

—Como el pobre Francisco ya no es de este mundo, ¿pa qué papeles? Lo que yo mando se hace, no más... Ya sabes, Ventura...

Cuando yo pele el ojo, agarras y le das a cada uno de tus hermanos, o a las familias de los difuntitos, su pedazo igualito de tierra y un poco de vacas... Yo te diré antes de irme si queda plata, pa que la dividas lo mismo. Tú dejas que la viuda siga viviendo aquí en la casa grande hasta que Dios se sirva de ella... Entonces te vienes tú con tu manada... Más antes, no.

—Está bien, papá.

Esas eran las disposiciones testamentarias del viejo Sangurima.

Añadía en voz baja, casi al oído de Ventura:

—A los que viven amancebados entre hermanos, me les das una parte de todo nomás, como si fueran una sola persona. ¿Me entiendes? Que se amuelen así, siquiera. Porque dicen que eso de aparejarse entre hermanos es cosa criminal... Dicen, a lo menos, los que saben de eso...

La casa grande

La casa grande de la hacienda estaba magníficamente situada a la orilla del río. Era de sólida construcción, con maderas finas escogidas en los bosques mismos de «La Hondura». La obra la hicieron alarifes montuvios, siguiendo las instrucciones del viejo Sangurima. La casa era enorme, anchurosa, con cuartos inmensos, con galerías extensísimas. Las fachadas estaban acribilladas de ventanas. Entraban al interior el aire y el sol con una desmesurada abundancia. Se ocurría, al encontrarse dentro de la casa, como si se estuviera en campo abierto. Pero en las horas calurosas de los mediodías de invierno, el techo de tejas fomentaba un frescor delicioso en las estancias. Solo el piso superior estaba dedicado a habitaciones. En cuanto a la planta baja, eran bodegas para los

granos, o patios empedrados y cubiertos para las cabalgaduras. Al edificio lo coronaba un elevado mirador, donde había también una campana. La campana se llamaba «Perpetua» y tenía una historia tenebrosa, como sucedía con casi todo lo de «La Hondura»: gentes, animales y cosas.

Contemplaciones

Habitualmente don Nicasio subía por las tardes, a la hora de la caída del sol, al mirador, cuando no prefería acodarse en la galería fronteriza que se abría sobre el río. Desde el mirador se gozaba de una vista hermosísima. Veíanse, como un rebaño, agrupadas las casas menores en torno de la casa mayor, y más allá, las covachas de la peonada, pegadas al suelo, disimulándose en los altibajos. Por entre las edificaciones, los árboles frutales ponían sus tonos verdes y sus luces doradas en tiempo de cosecha. Los caminos marcaban sus tintes parduscos. Y monte adentro, los potreros, los potreros hasta perderse en el horizonte ensangrentado por el sol atardecido. Hacia un lado, siempre monte adentro, las manchas cerradas de las huertas...

El viento sobre el río

De ahí venía constantemente un viento sobre el río cantarín. Soplaba, por lo común, en amplias ráfagas, trayendo consigo un caliente perfume de cacao, de café, de mangos maduros. Cuando el viento soplaba desde el río había que tomar cuidado, pues casi siempre se desataba en tempestad y concluía en un maravilloso juego de rayos y centellas, acompañado por lluvias torrenciales. Desde el mirador veíase el río como una lista movediza de plata,

como un camino que corriera. No se distinguían bien los saltos, y el río parecía como si fuera por un plano horizontal. Se escuchaba, sí, su profundo rumor complicado y se advertía la inusitada ligereza de sus ondas, brillantes como lomos de lisas.

Capítulo VII:

Memorias

El espectáculo de la Naturaleza, engreída, vanidosa, en esa zona rural, le producía a don Nicasio Sangurima un plácido efecto.

—Parece como si me hubiera tragado una infusión de valeriana, amigo. ¡Siento una tranquilidad! Además lo ganaba el recuerdo.

En vez del paisaje contemplaba transcurrir allá abajo su vida atrafagada, agitada eternamente, móvil y sacudida como la arena de los cangrejales. Su vida, que era un novelón folletinesco, lamentablemente verdadero...

La mama

Veíase chiquitín, prendido de la mano de la madre: una amorosa garra que se le ajustaba al brazo, para llevarlo, sorteando los peligros, salvándolo y librándolo de todos. Entonces no era así «La Hondura», como ahora... Por supuesto, tampoco era el siniestro tembladeral de las fantasías montuvias. Era una sabana inconmensurable, que hacia el lado derecho del horizonte, contra el río, se arrugaba en unas montañas prietas, oscuras, tenebrosas, donde fijaban albergue las fábulas terribles y las más terribles verdades del campo montuvio. Después de todo la mama venía de

fuga. Temía que sobre el mandato del padre, imposibilitado físicamente ya, saltara la venganza de los hijos del hermano muerto por ella. Se hurtaba a los hombres como una pequeña fiera. Huía de los lugares poblados, buscando soledad agreste, más segura que la compañía humana. Capitalmente, escapaba por defender al hijo pequeñín. Pensaba que sus sobrinos, antes que a ella misma, tratarían de herirla en lo que le era más querido. Conocía las rígidas reglas de la ley del tallón, más de una vez aplicadas entre las gentes Sangurimas...

Este sitio de «La Hondura» lo halló propicio. Aquí ella construyó, con sus propias manos, al pie de aquel algarrobo que todavía extendía en el aire sus brazos sarmentosos, como un monumento, una covachita de caña: huronera y escondite.

Vivió metida allí años tras años. Formó una chacra. De los productos se alimentaba con el chico.

—¡Cómo ha cambiado todo! —murmuraba don Nicasio.

Pasado mucho tiempo se avecindaron en los terrenos aledaños otras gentes.

Le preguntaron a la mujer solitaria:

—¿De quién es esta posesión, señora?

Y ella había respondido enteramente, sin vacilaciones:

—Mía, pues: ¿no ve?, ¿no está viendo? Desde aquí hasta allá, hasta más allá. Se llama «La Hondura». Si quiere, viva no más. No me opongo. Pero, ya sabe, tiene que pagarme el arriendo. En cosecha o como quiera. Pero tiene que pagarme.

—Bueno, señora. Así será.

Arreglado esto, amistaba con los recién venidos. Se dejaba hacer comadre. Iban al pueblo lejano a bautizar a la criatura. Emparentaba así con los vecinos. Cuando fue de confirmar a Nicasio, escogió para padrino al más poderoso de aquellos.

—Esa gente desgraciada creía que mi mama vivía con mi padrino. Pero, mentira... Mi mama era una santa. Al cabo murió la santa. Y su hijo, Nicasio Sangurima, la había sucedido en el dominio de «La Hondura».

Líos judiciales

El viejo Sangurima contaba alguna vez a sus nietos la historia de la propiedad.

—Cuando mi mama me dejó pa irse al cielo, yo era mocetón no más. Pero, claro, era un Sangurima enterito, sin que me faltara un pelo... En seguida empecé a mandar... Dije: «Lo que es en esta posesión, naidien me ningunea». Y naidien me ningunió...

—¿Y cómo fue eso del pleito, papá abuelo?

—Eso fue otra cosa... A los añísimos de estar yo aquí, cuando ya había hecho hasta esta casa misma donde estamos ahora, la junta parroquial del pueblo vino con que era dueña de estas tierras... «Ana», dije yo... «¿Nos entriega a las buenas la hacienda?», me preguntaron... «Vengan por ella», les contesté... Y se la pegaron, y mandaron los delegados del municipio dizque... Cuando llegaron los delegados, les di posada fresca...

—¿Aquí en la casa, papá abuelo?

Don Nicasio soltaba la carcajada destempladamente:

—No; en el río... Seguía, con voz jubilosa:

—Y ahí han de estar todavía, quizá, posando... Una vez, pa una creciente fuerte, vide en la orilla un hueso de pierna. Y dije pa mí, quedito: «Este hueso ha de ser de alguno de los delegados esos». El hueso saldría a asolearse. Y pa que no se insolara, lo tiré al agua de nuevo.

—¿Y el municipio no hizo nada, papá abuelo?

—¡Cómo no! Me metieron pleito. Querían que me fuera a la cárcel y les entriegara las tierras encima.

—Ah...

—Yo bajé a Guayaquil y busqué a mi doctor Lorenzo Rufo, que era un abogado grandote. «Quiero peliar de veras, doctor», le dije. «Por la plata no le haga. Aquí hay plata». Y seguimos el pleito.

—Ahá.

—Mi doctor Lorenzo Rufo se murió después, y entonces yo dije: «No hay que darle de comer a un extraño. Más mejor es que yo haga un abogao de la familia». Entonces hice abogao a Francisco. Pero el pobre era bruto de nación. Casito me pierde el pleito. Al fin otro abogao lo ganó pa siempre.

—¿Y quién fue ese abogado, papá abuelo?

—El billete, pues... A cada concejal le aflojé su rollo de billetes, y con el aceite empezaron a funcionar solitos. Hicieron una sesión en que me reconocieron como dueño y todo. ¿Me entienden?

—Ahá.

—Y por esa mala maña y porque mis cosas están en su sitio, ahora ustedes tienen tierra pa enterrarse con las piernas abiertas, si a mano viene...

—Ahá.

Tercera parte
Torbellino en las hojas

Capítulo I:

Vida patriarcal

A pesar de todo, en el caserío «La Hondura» regía un sistema patriarcal de vida, condicionado por el mandato ineludible del abuelo Sangurima, cuya autoridad omnipotente nadie se atrevía a discutir. El caserío de «La Hondura» era un pequeño pueblo. Una aldeúca montuvia donde el teniente político estaba reemplazado por el patriarca familiar. Varios de los hijos y de los nietos adultos del viejo gobernaban negocios cuya clientela se reclutaba entre la parentela y la peonada. Había así carnicería, botica, pulpería, etc. También había dos cantinas, rivales entre sí: «La Ganadora» y «El Adelanto». En esas cantinas se formaban grandes alborotos los sábados por la noche. La peonada consumía parte sensible de su salario en aguardiente, y se divertía bailando entre hombres o con las hijas de una viuda Sandoya, que era vecina del poblado. Por causa de las preferencias de las Sandoyas, con relativa frecuencia ocurrían riñas cruentas en las cantinas rivales. Salían de eso muertos y heridos. Se procuraba ocultar la cosa o disimularla como mejor era posible. Y todo seguía lo mismo. Cuando la cuestión había sido tamaña, intervenía con su influencia en Guayaquil el viejo don Nicasio. En tratándose

de asuntos de la laya, don Nicasio era muy complaciente. Sin duda recordaba sus propias aventuras, y no se creería llamado a imponer una moral exagerada cuando él mismo la había tenido jamás. En otros aspectos, el anciano era intransigente.

Capítulo II:

Las tres Marías

Cuando llegaron de vacaciones las hijas de Ventura Sangurima al caserío de «La Hondura», cobró el poblado un inusitado aspecto. Parecía como si constantemente se estuviera celebrando una fiesta popular. Las tres hijas de Ventura habían concluido sus estudios en el colegio porteño de monjas; y antes de trasladarse a Quito, donde pensaba su padre internarlas en los Sagrados Corazones, para que completaran la enseñanza superior, las muchachas fueron a pasar unos meses de descanso en el campo, al lado de los suyos. Las hijas de Ventura eran indudablemente atractivas. En nada se asemejaban a su madre, la dauleña «pata amarilla». Físicamente, eran Sangurimas puras, casi tan blancas como el abuelo.

Tenían las tres, como primer nombre, el de María: María Mercedes, María Victoria y María Julia. Debían sus nombres al capricho del padre Terencio, que era padrino colado de todos los hijos de Ventura. El cura solía llamarlas «las tres Marías», con un sentido a veces bíblico y a veces astronómico, según le soplara el viento alcohólico del lado espiritual o del lado materialista. En las muchachas, que estaban en la flor de la edad, la innata gracia campesina se había refinado con los atisbos ciudadanos que pudieron aprender desde el convento cerrado. Además su

instrucción, por mucho que era elemental, les daba un tono de exquisitez si se las comparaba con sus burdos y agrestes parientes. Sobre bonitas, las muchachas eran muy coquetas.

En la lancha que las condujera a «La Hondura» estuvieron coqueteando con el capitán, con el piloto y con los pasajeros; y así que saltaron a tierra, buscaron acomodo amoroso. Sin distinción, todos sus primos solteros, y aun varios de los casados o comprometidos, las pretendieron de inmediato. Pero los escogidos fueron los hijos del coronel Sangurima, que eran los gallitos del caserío. Tan pronto como los tales tenorios rurales comenzaron su asedio, los demás primos levantaron el suyo. Entre los mozos, los hijos del coronel eran respetados y temidos por su matonería.

«Los Rugeles»

Los hijos del coronel Sangurima —Pedro, Manuel, Facundo— seguían las huellas de su progenitor, a quien a menudo acompañaban en sus andanzas, secundándolo en sus hazañas de cuatrerismo. Los muchachos eran valerosos y arrojados, pero con un fondo canalla que se revelaba especialmente cuando estaban en copas, lo que sucedía precisamente cada día. Por parte de la madre, eran Rugel; y se enorgullecían de este apellido, ligado a gentes consagradas de la aventura montuvia... Rugeles, Maridueñas, Piedrahítas. Tanto se prevalecían de la ascendencia que con frecuencia se llamaban a sí mismos y les decían los demás: «los Rugeles». Acaso solo era para distinguirlos de los otros primos Sangurimas. Entre su parentela, se les acusaba ya, a voz mordida, de haber cometido crímenes horrendos. Acaso eso no fuera verdad. Pero ellos no solo no se preocupaban de desmentir la especie, sino que, en cierto modo, la fomentaban con un silencio sonriente.

«Los Rugeles» constituían el más acabado modelo de tenorios campesinos. Poseían todos los defectos necesarios y las gracias que son menester. Sabían bailar como ningún otro en «La Hondura». Tocaban la guitarra. Improvisaban amorfinos. Montaban elegantemente a caballo. Y hasta se vestían con un aire particular la cotona abotonada al cuello y los pantalones zamarrudos sobre el pie calzado de botines o descalzo. Su lema amoroso era, como expresaba uno de ellos, así:

—La mujer no es de naidien, sino del primero que la jala. Mismamente como la vaca alzada. Hay que cogerla como sea. A las buenas o a las malas.

Niños mimados

«Los Rugeles» eran los engreídos del viejo Sangurima, quizás porque el coronel, su padre, era el hijo predilecto de don Nicasio. El viejo Sangurima había hecho por esos nietos sacrificios sin cuento, sacándolos de todos los atolladeros en que se metían. Cualquier acto que para los otros nietos aparejaba una terrible reprimenda, cuando no un castigo corporal, si lo cometían los mimados merecía una sonrisa plácida y bonachona del anciano.

—Ve que estos muchachos son jodidos —decía—. No se dejan de naidien. ¡Bien hecho! Así hay que ser... Donde uno se deja pisar el poncho, está fregao...

Cuando don Nicasio supo de los amoríos de «los Rugeles» con las hijas de Ventura, llamó a éste a capítulo, al alto mirador de sus conferencias.

—Cuida a esas muchachas, «Raspabalsa» —le dijo, sonriendo—; porque lo que es «los Rugeles» te las van a dañar... Y después no te andes quejando...

Ventura no le concedió importancia a la cuestión.

Biblioteca básica de autores ecuatorianos (BBAE)

1. Literatura de la colonia (I)
Fray Gaspar de Villarroel
Juan de Velasco
Eugenio de Santa Cruz y Espejo

2. Literatura de la colonia (II)
Juan Bautista Aguirre
Ramón Sánchez de Viescas
Rafael García Goyena
José de Orozco

3. Literatura del siglo xix (I)
José Joaquín de Olmedo
Dolores Veintimilla de Galindo
Julio Zaldumbide
Remigio Crespo Toral

4. Literatura del siglo xix (II)
Juan León Mera
Manuel J. Calle
Luis A. Martínez
Roberto Andrade
Miguel Riofrío

5. Literatura del siglo xix (III)
Juan Montalvo
Fray Vicente Solano
José Peralta
Federico González Suárez
Marieta de Veintimilla

6. Literatura del siglo xx (I)
Ernesto Noboa y Caamaño
Alfonso Moreno Mora
Humberto Fierro
Arturo Borja
José María Egas
Medardo Ángel Silva

7. Literatura del siglo xx (II)
Enrique Gil Gilbert
Demetrio Aguilera Malta
Joaquín Gallegos Lara
José de la Cuadra

8. Literatura del siglo xx (III)
Gustavo Alfredo Jácome
Jorge Icaza
Alfredo Pareja Diezcanseco
Raúl Andrade

9. Literatura del siglo xx (IV)
Hugo Mayo
Pablo Palacio
Humberto Salvador

10. Literatura del siglo xx (V)
Jorge Carrera Andrade
Gonzalo Escudero
Alfredo Gangotena
Manuel Agustín Aguirre

11. Literatura del siglo xx (VI)
Adalberto Ortiz
Nelson Estupiñán Bass
Ángel F. Rojas

12. Literatura del siglo xx (VII)
Gonzalo Zaldumbide
Benjamín Carrión
Leopoldo Benites
Isaac J. Barrera
Aurelio Espinosa Pólit
Gabriel Cevallos García

13. Literatura del siglo xx (VIII)
Jorge Enrique Adoum
César Dávila Andrade
Efraín Jara Idrovo

14. Literatura del siglo xx (IX)
Pedro Jorge Vera
Alejandro Carrión
Arturo Montesinos Malo
Alfonso Cuesta y Cuesta
Rafael Díaz Icaza
Miguel Donoso Pareja

15. Literatura del siglo xx (X)
Eugenio Moreno Heredia
Jacinto Cordero Espinosa
Carlos Eduardo Jaramillo
Ileana Espinel
Rubén Astudillo y Astudillo
Fernando Cazón Vera

16. Literatura del siglo xx (XI)
Alfonso Barrera Valverde
Francisco Granizo Ribadeneira
José Martínez Queirolo
Filoteo Samaniego
Francisco Tobar García

17. Contemporáneos (I)
Agustín Cueva Dávila
Alejandro Moreano
Hernán Rodríguez Castelo
Fernando Tinajero Villamar

18. Contemporáneos (II)
Iván Égüez
Raúl Pérez Torres
Eliécer Cárdenas

19. Contemporáneos (III)
Rocío Madriñán
Sonia Manzano
Julio Pazos Barrera
Alicia Yánez Cossío

20. Contemporáneos (IV)
Iván Carvajal
Alexis Naranjo
Javier Ponce
Antonio Preciado
Humberto Vinueza

21. Contemporáneos (V)
Jaime Marchán
Francisco Proaño Arandi
Juan Valdano

22. Contemporáneos (VI)
Juan Andrade Heymann
Vicente Robalino
Bruno Sáenz
Sara Vanegas Coveña

23. Contemporáneos (VII)
Carlos Béjar Portilla
Carlos Carrión
Abdón Ubidia
Jorge Velasco Mackenzie

24. Contemporáneos (VIII)
Marco Antonio Rodríguez
Jorge Dávila Vázquez
Vladimiro Rivas Iturralde
Natasha Salguero

25. Contemporáneos (IX)
Oswaldo Encalada
Alicia Ortega
Santiago Páez
Aleyda Quevedo Rojas
Raúl Vallejo

26. Contemporáneos (X)
Carlos Arcos Cabrera
Modesto Ponce
Huilo Ruales
Raúl Serrano
Javier Vásconez

27. Contemporáneos (XI)
Gabriela Alemán
Fernando Balseca
Juan Carlos Mussó
Leonardo Valencia
Oscar Vela

28. Contemporáneos (XII)
María Eugenia Paz y Miño
Juan Manuel Rodríguez
Lucrecia Maldonado
Gilda Holst





Impreso en Ecuador
en septiembre de 2015

Para la portada de este libro se han usado caracteres
A Love of Thunder, creados por Samuel John Ross, Jr. (1971).
En el interior se han utilizado caracteres *Georgia*,
creados por Matthew Carter y Tom Rickner.

Literatura del siglo XX

LITERATURA DEL SIGLO XX (I)
Ernesto Noboa y Caamaño
Alfonso Moreno Mora
Humberto Fierro
Arturo Borja
José María Egas
Medardo Ángel Silva

LITERATURA DEL SIGLO XX (II)
Enrique Gil Gilbert
Demetrio Aguilera Malta
Joaquín Gallegos Lara
José De La Cuadra

LITERATURA DEL SIGLO XX (III)
Gustavo Alfredo Jácome
Jorge Icaza
Alfredo Pareja Diezcanseco
Raúl Andrade

LITERATURA DEL SIGLO XX (IV)
Hugo Mayo
Pablo Palacio
Humberto Salvador

LITERATURA DEL SIGLO XX (V)
Jorge Carrera Andrade
Gonzalo Escudero
Alfredo Gangotena
Manuel Agustín Aguirre

LITERATURA DEL SIGLO XX (VI)
Adalberto Ortiz
Nelson Estupiñán Bass
Ángel F. Rojas

La Biblioteca Básica de Autores Ecuatorianos (BBAE) es un proyecto editorial y académico de la Universidad Técnica Particular de Loja. Su finalidad es presentar una antología de la literatura ecuatoriana en la que se hallen presentes los autores más representativos del pensamiento literario del Ecuador a partir del siglo XVII.

Esta magna tarea fue encomendada a un equipo de reconocidos críticos y estudiosos de la historia de las letras ecuatorianas, quienes, luego de evaluar el aporte de cada uno de los escritores cuyas obras han sido publicadas a lo largo de estos cuatro siglos, elaboraron un listado de nombres y obras que objetivamente se consideran los más destacadas e imprescindibles para entender la evolución del arte literario de nuestro país.

Se trata, por lo tanto, de una visión panorámica de un proceso histórico vasto, complejo y progresivo que muestra la evolución de un aspecto de nuestra vida cultural desde sus orígenes, en los siglos coloniales, hasta hoy cuando prima la búsqueda de una voz propia, testimonio que se aprecia en las nuevas corrientes literarias que triunfan a partir de la década del 30 del siglo XX.

La presente publicación ofrece al público lector (y, en especial, a los jóvenes estudiantes y docentes de los establecimientos educativos), una colección bibliográfica de fácil acceso en la que, a través de sus 28 volúmenes, se pueda conocer a los escritores del Ecuador en sus propios textos, selección que llega precedida de prólogos críticos en los que se comenta la obra y el valor literario de cada uno de ellos.




ISBN-13: 978-9942-08-758-4
9 789942 087584

URL: http://autoresecuatorianos.utpl.edu.ec/